UN THRILLER POLICÍACO DEL FORENSE FOSCO MERRELL

LAS MARCAS DEL PASADO



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Las Marcas del Pasado

Un Thriller Policíaco del Forense Fosco Merrell

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2505251840637

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



Para Juan José.
Por sus consejos como lector beta.

El pasado es un lugar de referencia, no un lugar de residencia.

Dr. Willie Jolley,

Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

REGALO EXCLUSIVO:

Al final de este libro te regalaré la primera novela de mi saga Álex Cortés, ***El Sastre del Diablo,*** El primer thriller del inspector de la policía investigativa, ambientado en Barcelona.

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

INTRIGA CLUB

…A lo largo de los años, he aprendido que las historias no solo viven en las páginas, sino también en quienes las leen, las sienten… y las continúan.

Este libro, que cierra un capítulo importante en el universo de Akeron City, no podría ver la luz sin la energía, la entrega y la pasión de quienes me acompañan en esta travesía.

Hoy quiero dedicar un agradecimiento especial a **Beatriz González Tejedor** y **Silvia Díaz Cañal**, dos integrantes incansables del Intriga Club, cuyas palabras e imaginación encendieron la chispa de esta historia una vez más.

Su participación en la dinámica Operación Marcas del Pasado no fue solo brillante, sino creativa y visionaria.

Gracias por demostrarme que las historias no terminan cuando se cierra el libro… sino cuando alguien más se anima a imaginar qué podría pasar después.

Ese es el fuego que alimenta a los escritores: lectores como vosotros, que no se limitan a leer, sino que sienten, construyen y, sobre todo, sueñan.

Un abrazo literario,

Riccardo Braccaioli

Si tú también quieres ser un intrigólogo, te invito a unirte a la próxima edición que abrirá sus puertas el 1 de septiembre del 2025.

Solo abrimos dos veces al año (1 de abril y 1 de septiembre de cada año) y el cupo máximo es de 50 personas en cada apertura.

Pertenecer a esta comunidad es gratis, pero tienes que ser seleccionado.

Para ser uno de los primeros en recibir información y unirte a esta fascinante comunidad, apúntate aquí: **Aquí encuentras el link para inscribirte.**

O también por un código QR.

¡Espero verte pronto en el Intriga Club, donde juntos iluminaremos

las sombras del misterio!



Bienvenido al Universo Akeron

Este no es un lugar donde estar cómodos.

Akeron es una ciudad en la que nadie viviría por placer, pero muchos necesitan quedarse aquí. Es como una silla de madera con espinas en medio del desierto: si te sientas, es por necesidad.

Tú estás invitado, pero ten cuidado, porque este lugar te atrapará por su misterio y violencia; por sus adversidades y retos.

Aquí la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción. No será un recorrido fácil, pero seguramente será emocionante.

De modo que te invito a entrar en Akeron City, pero recuerda que, una vez que cruces el umbral, no serás la misma persona.

Atención, lector.

Querido lector: advertencia.

Esta novela es la última de la serie de El Forense y, por lo tanto, la cierra. Sus giros inesperados, la evolución de los personajes y su final no se pueden entender sin haber leído las tres anteriores.

Así que no la leas individualmente.

Gracias, Riccardo.

PRÓLOGO (viene del libro anterior)

Un jardín de rosas.

Un barco y luces.

Una mujer y Fosco.

Hablando.

La imagen que tenía delante Olivia le disparó los nervios. Ella, que había removido la ciudad para encontrarlo y cruzado un mar de incertidumbres… para encontrarlo con los Corvino, en son de amistad o algo peor.

Olivia se sintió profundamente defraudada.

—¿Fosco? ¿Qué haces aquí con ella? ¿Te has pasado al bando de la mafia?

—Olivia… —dijo él, desconcertado—. ¿Qué…, qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—¿Que qué hago aquí? He venido a rescatarte de estos criminales asesinos —gritó, apuntando la pistola hacia la mujer.

—¿Asesinos? No, te equivocas, no lo son.

—Claro que lo son. Qué pasa, Fosco, ¿te han lavado el cerebro o qué? —gritó, acercándose.

—No, Olivia, baja esa arma y déjame explicarte.

—¡No! —gritó en medio de una crisis de nervios o de ansiedad, o de las dos a la vez—. Esto no me lo esperaba de ti.

Dønato, que sin su Borsalino, que había dejado en la garita de la policía fluvial, era prácticamente irreconocible, estaba callado viendo el drama.

—¿Olivia? —preguntó la Consejera.

La inspectora arrugó la frente.

—Sí, Olivia Wolf, ¿la conoces? —preguntó Fosco.

La Consejera no contestó.

Entonces, la inspectora sacó unas esposas y las tiró hacia Fosco.

—Pónselas, Fosco. Tenemos que pedir refuerzos y que venga la policía a incautar este barco. Los Corvino hoy van a morir como organización.

—No, no, espera, es que no es como tú te imaginas. Déjame explicarte —dijo Fosco con tono negociador—. ¡Espera!

—¡Quieto! No des más pasos —gritó, y apuntó al forense—. Te han comido la cabeza. Dønato, baja al bote, manda una señal de *mayday*, luego coge el teléfono satélite y pide refuerzos al código 34 de urgencia máxima, y les das las coordenadas.

—¡No! —gritó la Consejera, enseñando las manos a Olivia, intentando mostrarle que no tenía nada que esconder—. Déjame explicarte, Olivia. No es como te imaginas.

—Llámame inspectora —espetó hacia la mujer—. Tú y toda tu organización vais a pagar todos vuestros crímenes y asesinatos. Empezando por el de mi padre —soltó con rabia acumulada.

—¿Tu padre, Olivia? ¿Qué tiene que ver? —preguntó Fosco.

—Mi padre estaba investigando las mierdas de esta gente y se lo cargaron. Dijeron que fue un suicidio, pero fue un asesinato de manual. Los Corvino no querían que siguiera investigando sus negocios sucios, las drogas y todo lo demás. Mi padre fue solo un peón sacrificable de vuestro sucio juego. Hoy es el día que me había propuesto encontraros y hacer justicia, por Akeron y por mi padre.

La Consejera bajó los brazos y se acercó a la pistola que la apuntaba.

—Tienes razón, tu padre murió por investigar la verdad y simularon un suicidio, es verdad…

—¿Ves?, lo sabía, por fin alguien que reconoce sus pecados.

—Pero te equivocas de bando, fueron los Grieco.

Olivia se rio a pleno pulmón, forzada.

—Esto es lo más necio y asqueroso que he oído jamás.

La Consejera negó.

—Te equivocas, es lo más sincero que vas a escuchar en tu vida.

—Imposible, he estudiado los dosieres de mi padre. Hablé con sus compañeros, todos me dijeron la verdad, los Corvino estaban detrás.

—Tu padre era un buen hombre, Olivia. Pero pisó los pies de la gente equivocada y la comisaría norte está corrupta, el comisario lo está.

—¿Qué dices? ¡Basta! ¡Cállate! Estás intentando desviar la atención, estás intentando despistarme.

—No, para nada, Olilì… —dijo la Consejera con acento francés.

Olivia bajó el arma un poco, igual que su mandíbula. Se le heló la sangre. Una ducha de agua fría la alcanzó. Un *flashback* a los años de cuando era una niña.

—Así solo… Mi padre… ¿Cómo? ¿Cómo lo sabes? ¿Lo mataste tú? —exigió mientras la volvía a apuntar con la pistola, esa vez retirando con el pulgar el percutor.

—No, Olivia. Yo no fui. No pude porque yo, en esa época, era una adolescente y cuidaba de ti. Olilì, mi querida niña de rizos de oro —dijo ella con un tono dulce y comprensivo—. Soy Emma, tu canguro. ¿No te acuerdas?

Olivia bajó definitivamente el arma. Dio un paso hacia atrás mientras negaba, cada vez más fuerte.

—No, no puede ser. No es real, no puedes ser tú.

—Sí, la Consejera es una máscara, yo era amiga de tu familia.

—No, no me lo creo.

—Y creo que ha llegado el momento de que lo sepas.

—Que sepa, ¿qué?

Emma, la Consejera, suspiró. Y contuvo las lágrimas.

—Tu padre no ha muerto, lo hemos tenido escondido hasta el día de hoy —confesó Emma, y le alargó la mano—. ¿Quieres verlo?

Olivia miró la mano de Emma, su canguro cuando era una niña, y la cogió para ir a encontrarse con su padre, que no veía desde hacía

una vida.

01

Akeron City.

Algunos meses después.

Fosco Merrell nunca se hubiera imaginado que se sentaría en el banquillo de los acusados.

La sala del juicio estaba repleta de gente. De medios de comunicación, gente común y hombres trajeados.

El ambiente era tenso. Todos los presentes estaban expectantes por ver cómo evolucionaba el juicio.

Nadie en Akeron City se hubiera imaginado que, después de tantos años, la masacre del Stark Arena siguiera abierta.

Una profunda marca del pasado reabierta con un bisturí ardiente, generando de nuevo una herida en carne viva.

Como si el pasado, que había hecho olvidar el caso, lo hubiese vuelto a escupir de nuevo para despertar otra vez el mismo dolor en la sociedad.

Fosco se dio la vuelta y vio caras familiares.

Justo un banco por detrás de él estaba Olivia.

Ella le sonrió. En su rostro, asomaba la amargura y en sus ojos, la impotencia. En su sonrisa, en cambio, estaba el amor hacia la persona que amaba. La que había conseguido encontrar cuando pensó que lo habían secuestrado en un barco mercante transformado en ciudad flotante.

Desde que Olivia lo había rescatado, habían pasado muchas cosas y las consecuencias estaban presentes en aquella sala: Fosco estaba imputado por un delito. El famoso y respetado forense de Akeron City tenía en sus espaldas toda la presión de la justicia. La misma que él tanto había defendido, ahora era él quien la sufría.

Fosco sonrió a Olivia y escaneó por detrás de él quién más había acudido al evento, al patíbulo público que era ese lugar.

Reconoció otros rostros, otros padres y parejas de víctimas que habían pasado por la misma tesitura que Fosco, es decir, la pérdida de un ser querido en la matanza del Stark Arena.

Las cicatrices perduran. Hay gente que perdona y que intenta seguir con su vida; no obstante, hay gente en la que la bala sigue moviéndose dentro de su cuerpo.

Todos esos compañeros de sufrimiento habían ido a apoyarlo. Ya que la policía corrupta de Akeron City no había hecho nada al respeto, fueron a sostener, aunque solo fuera moralmente, la actuación de Fosco. El único que había movido un dedo. El único que actuó y el único que recibió.

Así era Akeron City; un lugar para escapar, no una ciudad para vivir.

Entre las personas que conocía, Fosco se percató de la presencia de hombres trajeados que habían acudido al proceso. No hacía falta ser detective privado para entender que esas personas con trajes ostentosos y cara de descargador de puerto eran esbirros del jefe, el Grieco. En sus rostros, había rabia contenida y sed de venganza. Habían acudido sin pistolas porque, debido al proceso que removió los cimientos de la libertad de la ciudad, en la entrada, había un detector de metales; durante los días que durase el juicio, la seguridad y los cacheos a los asistentes eran más estrictos de lo normal.

A pesar de eso, debido a las consecuencias de los hechos, el juez quiso que Fosco estuviera en una pecera de cristal antibalas. Tres cristales apoyados uno contra el otro, formando una U. Una pistola

de cerámica o realizada por una impresora 3D podía colarse perfectamente. Sabiéndolo, ordenó un extra de seguridad.

Esa vez, el yugo de la justicia colgaba de la cabeza de Fosco.

Cuando la jueza entró en la sala, todos se levantaron, incluido él.

La mujer, una vez sentada, echó una mirada rápida a los asistentes que ocupaban la sala. Entonces hizo un gesto para que también se sentaran.

—Buenos días, veo que hoy estamos hasta los topes —afirmó tras bajar la vista—. Reanudamos la sesión con la comparecencia del acusado, Fosco Merrell. La acusación, liderada por el fiscal general Quentin Roter, y la defensa ya han expuesto sus argumentos. Hoy nos centraremos en el interrogatorio final a Fosco Merrell, imputado por asesinato. Espero que todos los presentes y la prensa que han acudido a esta sesión mantengan la calma y silencio y que no me vea obligada a desalojar la sala como he tenido que hacer en varias ocasiones —afirmó, y miró sus papeles—. Señor Merrell, debido a las medidas estrictas que hemos adoptado en este juicio, no le voy a pedir que venga al estrado, sino que se quede donde está y responda a las preguntas de su letrado y del fiscal general.

La jueza Leine había pasado una temporada en Italia y tenía experiencia con los mafiosos o con los *pentiti*, los exvasallos de mafiosos que se redimían y pasaban al lado de la justicia. Blindados detrás de un cristal, se quedaban frente al juez. De esa forma, el imputado estaba más seguro.

Fosco, detrás del cristal y sin moverse, asintió y se acercó al micrófono que tenía en la mesa.

—Sí, su señoría —afirmó.

Fosco conocía bien a la jueza Fiona Leine. Había testificado en varias ocasiones como experto forense para la acusación o para la defensa de muchos casos de la ciudad. Su reputación y sus informes tenían mucho peso a la hora de tomar una decisión en una sentencia.

—Bien, empecemos. Fiscal Quentin Roter —llamó la jueza.

Al levantarse el rubio, alto y guapo fiscal, todos los presentes se callaron. El héroe blanco de Akeron se acercó al estrado donde estaba la jueza e inclinó la cabeza. Luego, se giró hacia Fosco.

El acusado tenía la cabeza bien alta, desafiante.

Las miradas de los hombres se cruzaron y llegaron a chocar en unos segundos de silencio. Como si quisieran estudiarse en la última partida de ese juego legal que se había activado pocos meses antes.

El fiscal se imaginaba lo que estaba pensando Fosco. Lo que no se podía imaginar era la respuesta a la pregunta que estaba a punto de hacer.

—Fosco Merrell —dijo el fiscal—, solo le voy a formular una pregunta —espetó con todo el peso de la ley en sus palabras—: ¿asesinó usted a la víctima? —preguntó, indicando con una mano la pizarra con las fotos de la víctima y de la escena del crimen.

Fosco tragó saliva. Ya había contestado a esa pregunta y no pensaba cambiar su declaración. Era una persona de la ley y un médico forense. Amaba la ciudad y creía en la ley. Pero cuando la ley no podía avanzar entre la maleza de la criminalidad, se necesitaban otros métodos igual de efectivos, pero que dejaban de lado esa misma ley.

Al final, los héroes no son personas extraordinarias que hacen lo que deben. Los héroes son personas ordinarias haciendo lo que no se debería para el bien de la población. Así son los héroes. Pero, visto desde la justicia, el no castigar a los villanos o a los héroes, según el bando, alimentaría una anarquía total y absoluta.

El fiscal quería la cabeza de Fosco. Por la ley, por él, por la víctima.

Fosco respiró hondo.

—Sí, lo hice. Pero solo por el bien de la justicia.

—¡No! —gritó el fiscal, sobresaltando a todos los presentes de la sala—. No fue por el bien de la justicia. La justicia no es tomarse la ley por su cuenta. Es cumplirla. Recuerdo cuando usted vino a mi despacho para reabrir el caso del Stark Arena. Y lo ayudé. A eso se le llama ley. Se le llama seguir las normas. Se llama libertad. Usted,

avalado por esa misma libertad en la que luchábamos juntos, se ha forjado un escudo y un pretexto para hacer su venganza personal. Eso no es ser un ciudadano modélico. Y lo sabe. Y, a pesar de eso, mató a esta persona de forma calculada y premeditada. Por eso, señoría, pido la pena máxima de este tribunal: cadena perpetua en una cárcel de máxima seguridad, ya que la posibilidad de que el acusado pueda escapar es muy alta.

Fosco bajó la cabeza.

La víctima, a quien defendía el fiscal, era sin duda la primera persona que no había respetado la ley. Pero el acusado solo permaneció callado a pesar de que habría podido decir lo que pensaba. Pero Fosco quería que todo se acabase de una vez y seguir su vida allí donde la jueza dictaminase enviarlo.

—No tengo más preguntas, su señoría —dijo el fiscal.

La jueza Leine asintió y le indicó que se sentara.

—Gracias, fiscal —confirmó ella, miró a Fosco e indicó a su abogado—. Por favor, letrado, puede empezar con sus preguntas.

Este se levantó, se arregló la corbata y se pasó los dedos por el tupé rebelde para que se quedara en su lugar, en la parte derecha de la cabeza.

Avanzó y, al dar el primer paso, tropezó con su maleta. Por poco no cayó al suelo. La colocó avergonzado y se recolocó la corbata y el tupé.

Andrew Jordan llevaba una chaqueta de una talla de más, una camisa blanca con una corbata de cuadros con un nudo finito, un pantalón de pana y unos mocasines. Considerando que como abogado de oficio ese era el caso más importante de su vida, se vistió con lo mejorcito que tenía, aunque la imagen que proyectaba no fuera la más profesional. Sin embargo, no se debería juzgar a una persona por lo que lleva puesto.

—Señor Fosco Merrell, por favor, ahora es el momento de explicar a todos qué pasó esa noche realmente. Qué hizo y por qué lo hizo. Demuestre por qué sus actos fueron los que fueron. Por favor, explíquenoslo desde el principio. Adelante.

En la sala se hizo un silencio innatural. Solo se oía de vez en cuando alguna máquina fotográfica réflex que abría y cerraba el objetivo. El resto estaba en silencio absoluto, casi irreal. Como si Fosco, el abogado y la jueza estuvieran solos en la sala. Pero no era así.

Fosco se aclaró la voz y arrancó después de un suspiro que se extendió por los altavoces repartidos por la sala.

—Todo empezó la noche del 27 de febrero. Sabía que la víctima estaría en ese lugar y me preparé. No fue fácil, pero tuve que hacerlo. Me presenté esa noche en el lugar que me habían indicado y me armé de valor. Y lo hice, tenía que hacerlo…

02

Barco de los Corvino.

Varias semanas antes.

Emma sujetaba la mano de Olivia.

Después de dos impactantes revelaciones, la inspectora bajaba las escaleras para volver a encontrarse con su padre.

Olivia, gracias a la tecnología y a la ayuda de Donati, había conseguido encontrar a Fosco en ese perdido lugar en alta mar: el barco mercante de los Corvino era una ciudad en medio del mar, imperturbable. En aguas internacionales y fuera de toda jurisdicción de Akeron. Un estado flotante, gestionado por un mafioso, Michael Corvo, y competencia de la otra gran mafia de la ciudad, los Grieco.

La zódiac de la policía fluvial del Caronte había conseguido adentrarse, en una noche oscura y de fuerte marejada, hasta el barco, casi quedándose sin gasolina. Cuando vio una luz en el horizonte, no pudo creer lo que veía. Había encontrado el barco que no existía.

Al desembarcar en popa y trepar por una oxidada escalerilla de aros soldados al casco, llegó arriba. La parte donde el barco, en otros tiempos, transportaba contenedores, ahora era un jardín y zonas de ocio para los tripulantes. Le llamaron la atención dos personas, una de las cuales le resultó familiar. Cuando se acercó, vio cómo Fosco estaba hablando con una desconocida. Había encontrado a Fosco y la mujer resultó ser la canguro que su padre y

su madre dejaban en casa cuando se iban a comer los *fettuccine* Alfredo en la ciudad.

Esa misma persona la estaba acompañando por las entrañas de la nave. La seguía paso a paso por las escaleras empinadas.

En esa zona se ubicaban los dormitorios. Como un crucero pero mucho más sencillo. Bajó toda una interminable escalera hasta el último piso del barco.

La puerta era diferente, más bonita, como si dentro estuviera una persona especial. Desde luego que para Olivia lo era.

Emma se detuvo. La miró y la inspectora suspiró.

—¿Estás lista? —preguntó Emma.

Olivia sonrió nerviosa.

—Treinta años sin ver a tu padre pensando que había muerto. Y, ahora, un día, de repente, te enteras de que no es así —respondió Olivia, negando con la cabeza—. No, no lo estoy. Creo que no. Bueno, sí. Pero no lo sé, me da miedo, la verdad.

Emma sonrió. Detrás de la inspectora, estaban Fosco y Donati.

—Creo que este momento es solo para ti, Olivia. Te esperaremos aquí —dijo Fosco.

Olivia asintió con una mueca de gratitud para darse esa intimidad que el tiempo y un motivo que aún no comprendía le habían arrebatado.

Esperó otro puñado de segundos antes de abrir la puerta y entonces, cuando estaba convencida, Emma la detuvo.

—Espera —dijo, rompiendo la concentración de la inspectora.

—¿Qué pasa?

—Tienes que considerar que desapareció cuando tú tenías cinco años. —Suspiró—. Han pasado treinta años desde entonces. Él tenía treinta. Pero viviendo en este barco, que no es tierra firme, con el estrés y todo lo demás, no es un hombre de sesenta años, casi parece que tenga ochenta. Además, la enfermedad…

Esa palabra compungió a Olivia y a los otros dos hombres.

—¿Está enfermo?

—Sí —respondió, lamentándolo.

—Quiero verlo —dijo Olivia.

—Está bien. Ahora puedes —confirmó Emma.

Sin que volviese a interrumpirla, Olivia agarró la maneta y entró en la estancia, dejando atrás a Olivia, Fosco y Donati.

Cerró la puerta.

Era un camarote acogedor. Madera en las paredes, una librería con libros de bonita encuadernación, una luz cálida y alguna planta verde, seguramente, de plástico. Un sofá en un lado y una ventana redonda por la que solo se veía mar.

El viejo Max Wolf estaba de espaldas en una silla de ruedas. Había perdido casi todo el pelo. Miraba la ventana y sujetaba un libro. Se giró lo justo para ver a la mujer por el rabillo del ojo.

Ella se quedó callada y con la boca abierta sin poder articular palabra.

Al no reconocerla, se giró para verla mejor.

Los dos se observaron en silencio, como si ese momento hubiera abierto una puerta al pasado o al futuro. Treinta años habían pasado, pero la mirada seguía siendo la de un padre amoroso y de una pícara niña.

No se dijeron nada, como si, a pesar de no saber bien quién era ella, la energía que desprendía le resultara familiar.

—No puede ser… —murmuró él.

Ella asintió.

—No puede ser —repitió, cerrando el libro—. Eres…

Ella seguía asintiendo, pero con un temor más fuerte que ella misma. Era el miedo a tocarlo, a sentirlo, a volverlo a encontrar. Siempre había deseado que su padre no hubiera muerto, pero, al encarar esa realidad, el pavor la detuvo, la bloqueó, la frenó. Como si quisiera saborear el momento.

—¿Olilì? ¿Eres tú? —preguntó entre sollozos.

Ella se descompuso y comenzó a llorar sin aún haberlo tocado, sin decir nada.

Él dejó el libro en su regazo y empujó su silla hasta donde estaba ella.

Olivia se arrodilló.

Los dos se quedaron un rato así, desahogando la tensión y la emoción.

El padre abrazó la cabeza de la hija. Y ella se dejó llevar por un llanto liberador.

Cuando se recuperaron, ella levantó la vista. La imagen de su padre era la de un anciano consumido por el tiempo. Arrugas, manchas en la cara y demacrado.

La vida les había regalado una segunda oportunidad, pero no había perdonado envejecerlos.

—Habías muerto, papá. ¿Cómo puede ser?

—No había muerto, amor mío. Es una larga historia.

—Pero todos te creían muerto. Mamá vio tu cadáver en la morgue —dijo Olivia con un tono entre enfadada y sorprendida—. Te hicimos un funeral.

—Estoy muerto. Bueno, como puedes ver, a punto de morir. Creo que es el mejor regalo que he podido tener. El de volver a verte, aunque sea una sola vez más. Mírate qué guapa eres. Y tu madre…

—Está muerta. Muerta de pena —gritó ella, y se levantó.

Las lágrimas se habían evaporado y las había sustituido un estado de profunda rabia y frustración.

—Nuestra vida cambió radicalmente sin ti. Y ahora me entero de que estás vivo, aquí, la mar de bien. Por favor, papá. Esto es lo más egoísta que he visto en mi vida.

Su rostro que, a pesar de la enfermedad y la edad se había encendido al verla, se apagó enseguida. Como una vela después de soplarla.

—¿Cómo puedes decirme todo esto? Lo hice por vosotras, por nosotros.

—¿Por nosotras? —espetó, refiriéndose a ella y a su madre—. Mi madre tuvo que trabajar el doble para pagar una habitación en un edificio mucho peor que en el que estábamos. Pensábamos que te habías muerto. Y no, no rehízo su vida, no se casó, no tuvo otro

esposo, porque solo tú eras su hombre. No quiso. Siguió llevando la alianza hasta que murió.

—Lo siento, Olivia. Lo siento en el alma, pero no podía vivir si quería que vosotras vivierais. No es egoísmo para nada. Ven y te explico.

—¿Qué quieres explicarme?

—Todo lo que pasó. Sin excusas, solo la historia, y, al final, tú decidirás si lo que hice estuvo bien o no. ¿Te parece?

Le dio la espalda a su padre y, sin decir nada más, caminó los pocos pasos hasta la puerta. Cogió la maneta con la más que decidida intención de salir.

A Olivia se le había derrumbado un mito. Su padre, la persona que más apreciaba y echaba de menos en su vida, se había convertido en una persona por la que estaba sintiendo un profundo odio y rencor. Quería irse, lejos, muy lejos. Maldijo el impulso de encontrar a Fosco. No hubiera imaginado nunca que, para salvar al hombre que amaba, despertaría las marcas del pasado. Ese hombre en la silla de ruedas no era su padre. Su padre había muerto. Su padre jugaba con ella y era un inspector modélico. No podía ser ese impostor. No, si su madre lo hubiera visto, lo habría linchado después de todo lo que había pasado.

Olivia apretó la maneta.

—Espera, sé lo que sientes, eres una Wolf. Sientes un ardor dentro. Como una presión en el esternón y un ácido que te recorre el esófago. Solo comparable con beber lejía. Sientes impotencia y tus hombros sujetan una fuerza que te aplasta. Sientes la presión de la injusticia. Sientes el peso de la injusticia que quieres soltar. Pero te voy a decir una cosa, si sales por esa puerta y te vas de este barco, no volverás jamás. Esto no te lo digo yo, es la norma de Michael Corvo. Quien se va, no regresa —explicó el padre con un tono casi de súplica mientras la advertía de lo que podía pasar—. Si sales por esa puerta, te arrepentirás de no haber escuchado de mi boca la verdad. No te hablo de lo que dijeron los periódicos o lo que te contaron mis corruptos compañeros de la comisaría. No, nada de

mentiras, solo tú y yo, Olilì, solo tú y yo, como los viejos tiempos. Solo la verdad. Porque te quiero más que nada en este mundo de porquería —afirmó, y dejó que ella diera el siguiente paso.

Pasaron muchos segundos mientras ella tomaba una decisión.

Olivia seguía sujetando la maneta empujada hacia abajo. Le pasaron las más cruentas palabras para definir esa situación y a su padre, pero, al final, soltó la maneta.

Se dio la vuelta y se sentó enfrente de su padre, en el sofá.

—Gracias.

—Lo voy a hacer por mi madre más que por mí —dijo excusándose.

Él sabía que no era verdad, pero aceptó la evasiva.

—Tenemos que volver a la noche en la que yo, oficialmente, morí. Te preguntarás por qué sobreviví. Había seguido la pista de un camello que vendía la mierda más mortífera que había visto, el *potter*. Lo seguí hasta la vieja harinera de nuestro barrio.

—Esa harinera ya no existe, ahora es un edificio de viviendas de protección oficial —comentó en tono tajante.

—Pues cuando aún existía la harinera, seguí la pista hasta el centro de operaciones de John Grieco; lo que me ofreció no me gustó y a él no le gustó mi respuesta. Así que le ordenó a Freddy que me matara. Esto es lo que pasó…

03

Vieja harinera del distrito sur.

Treinta años antes.

Esa noche, John Grieco dictaminó la sentencia a muerte de Max. Pero habría más sorpresas inesperadas que no esperaba el policía. Y que no se esperaba el jefe de la mafia.

Max había entrado en la vieja harinera del barrio sur de Akeron. Había seguido la pista de un camello que vendía *potter*.

El padre de Emma, la canguro, la había obligado a robar y a conseguir una moneda de *potter* para esa misma semana. Ella tuvo que hacerlo y Max la pilló.

Juntos comenzaron a tirar del hilo. De un camello a otro hasta encontrar la matriz, la fábrica de la mierda que inundaba las calles y mataba a la gente de la ciudad. Los efectos de la droga eran devastadores para las personas y para su entorno, incluso aunque no tomasen esa droga. El cuadro de efectos pasaba por varias fases, desde la euforia y el placer hasta la paranoia y la persecución. Los consumidores llegaban a suicidarse o matar a su alrededor, sin motivo aparente.

La salud pública estaba en jaque y la policía no hacía nada. Cobraban de la organización del Grieco: cerraban un ojo y dejaban que se trapicheara y se consumiera a la luz del sol.

El comisario, jefe de Wolf, le prohibió seguir investigando. El último caso que había ocurrido, un abogado que mató a su mujer

embarazada y a sus becarios en un parque, el comisario lo atribuyó a una locura del jefe y no a un efecto de la droga.

A pesar de tener en contra a su comisario, Max Wolf quería el bien de la ciudad, de su comunidad. Así que decidió seguir investigando por su cuenta, haciendo horas extraordinarias y sin que se enterara su mujer.

Y una noche, después de muchas pistas falsas y vigilancia en vano, encontró la fábrica.

Era una harinera abandonada. ¿Cómo se podía fabricar droga en un lugar, aunque fuera abandonado, y no llamar la atención?

Eso le dio igual a Max, siguió y se atrevió a entrar en esa cueva de serpientes, solo, sin refuerzos.

O eso creyó.

Cuando Freddy, el esbirro del Grieco, lo pilló husmeando, lo llevó a la fuerza hasta el despacho del jefe.

John Grieco en persona le entregó un cheque en blanco.

Max contestó que no estaba a la venta. Que librar a la ciudad de escoria como él no tenía precio.

Así que prefirió morir antes que cubrirse de oro y entrar en la lista de policías corruptos de la ciudad.

El mafioso le advirtió que quien entraba en ese lugar no volvía a salir. Así que solo le quedaba una solución: irse de allí como un fiambre.

Max prefirió eso antes que aceptar ser un corrupto.

Freddy sabía qué hacer y, a punta de pistola, le indicó que se levantara.

Salieron del despacho del jefe. Atravesaron la fábrica donde hombres con mascarillas y gorras preparaban las monedas de *potter*.

Sintió Max, al pasar otra vez por ese lugar, una sensación de impotencia y de injusticia. No tanto por ir a morir, sino por haber tenido la posibilidad de desmantelar ese lugar y no conseguirlo.

—¿Qué miras?, sigue caminando —espetó Freddy, empujando a Max con el cañón de la pistola.

—Está bien —respondió Max.

Cruzaron una pasarela que bordeaba la producción. Entraron por una puerta que daba a un vestíbulo, tal vez donde cargaban los sacos de harina antaño.

Max pensó que en Akeron City tenía más cabida una fábrica de drogas que una de harina para hacer pan o dulces.

A lo mejor era el destino que se merecía la ciudad, pensó.

—Tiene que pagarte muy bien tu jefe —comentó Max.

—Mucho más de lo crees.

—No sientes culpa por esos inocentes. Que tu sueldo venga de personas a las que matáis.

—No, te equivocas. No matamos a nadie.

—¿No, seguro?

—No.

—¿Y por qué me da la sensación de que a mí sí vas a matarme?

—Porque tú eres un poli y no quieres jugar con nosotros —dijo Freddy.

Max entendió que ese hombre alto, corpulento y que acataba órdenes de Grieco debía tener un coeficiente intelectual básico, muy básico. Pero, aunque le asombrara, no era su principal problema.

Saliendo del polvoriento vestíbulo, se encontraron fuera del edificio.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, poli? —preguntó el sicario.

Max se lo pensó. Demasiado. Hasta que el otro hombre le presionó la pistola en la espalda.

—¡Habla!

—Con mi coche. Allí —dijo, indicando fuera del perímetro de la industria.

—Muy bien, pues venga, a seguir —dijo, y volvió a empujar a Max con el arma.

Max buscaba una salida posible a esa situación. Pero cuanto más pensaba, menos la veía.

Cruzaron la verja por un agujero que había en ella, el mismo lugar por donde se había colado el camello.

—Sabes que tengo mujer y una hija pequeña.

—Me da igual.

—Podrías tener un poco de piedad y no matarme, por ellas. No lo hagas por mí, por ellas —suplicó.

—Ni de coña. Sigue caminando y no pierdas el tiempo. Te voy a matar como a un cerdo —espetó con un tono que rozaba el sadismo.

Max seguía pensando. En la academia Lombroso no te explicaban cómo reaccionar para salvarte cuando tenías un sicario en tu espalda, apuntándote.

Aun así, había otro problema. Si conseguía escapar, lo seguirían, le darían caza, y si no lo encontraban, irían a por su familia.

Desistió en el intento de buscar una solución.

Cuando estuvieron delante del coche del inspector, él lo abrió con la llave.

—Entra. Tú conduces.

Max se lo quedó mirando con las cejas enarcadas.

Tragó saliva y entró. Al cerrar la puerta, por el lado del copiloto, se sentó Freddy, siempre con la pistola apuntando.

—¿Adónde vamos?

—Arranca. Nos vamos. Ya te lo diré.

Max metió la llave en la ranura y arrancó el coche.

Antes de moverse, se puso el cinturón de seguridad.

El acompañante rio como si hubiera hecho algo muy divertido.

—Claro que sí, Max, ponte el cinturón. Eso te salvará la vida, claro —dijo riéndose.

Movió la palanca de cambios y el coche comenzó a moverse. A los pocos metros, volvió a preguntar.

—¿Adónde vamos? ¿A la fosa común que tenéis para todos los muertos que dejáis a vuestro paso?

—Sigue conduciendo, maldito poli. ¿Es que no sabes callar y hacer lo que te dicen?

La verdad era que la respuesta era que no. No era el tipo de hombre que ejecutaba órdenes. Era un espíritu libre y solía hacer lo que le parecía bien. Y, hasta ese momento, no le había ido mal.

Cuando llevaban un par de minutos en silencio y un par de desvíos por calles concurridas, a Max se le ocurrió algo.

—Me gusta ir en este coche. Te da importancia. Todos saben que si vas en un Frontier Titan eres un poli —dijo, levantando la barbilla orgulloso, casi como si fuera un coche lujoso o un descapotable caro.

—Ningún gilipollas de esta ciudad se compraría un Titan si no es un poli. Se compraría otro coche, hay que ser memo.

—Pero hay agente que lo compra, si no, la marca Frontier, ¿cómo sobreviviría?

—Bobadas, poli. Este es un coche de poli y siempre se le quedará pegada esta idea. Déjate de hostias.

—Lo que tú digas.

Las indicaciones del sicario los habían llevado primero por unas calles que pasaban por la zona urbana y luego, de nuevo, por la periferia abandonada. Una zona de edificios de drogadictos y zonas sometidas a la ley del más fuerte.

Max nunca habría imaginado entrar en esa zona. Nunca. Nadie de la poli había entrado en años. Gente por las calles veía pasar el atrevido Titan por la zona. Alguno por la calle levantaba el pulgar e índice, simulando una pistola, y hacía como si estuviera disparando al conductor.

—Gente amable y hospitalaria por estos lares —dijo el poli.

—Claro que sí, gente legal, gente de la nuestra, no de la tuya, poli —afirmó el sicario—. Gira por allí.

—¿Qué tienes en mente? Aquí nadie encontrará mi cadáver.

—El comisario recibirá una llamada anónima y vendrán a recuperarte, no te preocupes.

Max pensó que era el momento de hacer algo, era ahora o nunca. Y peor que recibir una bala en la cabeza no podía ser.

Así que vio su objetivo y aceleró sin temor a nada. Aceleró hacia su futuro para cambiarlo.

04

El coche cogió velocidad.

Ya no podía detenerlo.

—¿Qué haces? —gritó el sicario—. ¡No tan rápido!

El pie del inspector pisaba el pedal del acelerador hasta el fondo. No podía quitarlo. Rezó para que fuera bien y, sin escuchar los gritos del sicario, dio un volantazo y fue directo contra una columna de hormigón.

El impacto cogió por sorpresa al sicario que, aunque se activó el airbag, fue catapultado a través del cristal unos diez metros hacia adelante. Dio volteretas como un saco de patatas hasta que se detuvo. El humo del motor destrozado salía del capó abollado y arrugado. Max, dolorido, se había salvado gracias al cinturón.

El impacto había sido importante, pero no había sufrido más que unos rasguños.

El parabrisas se había destrozado en miles de pedazos.

Se desabrochó el cinturón y bajó del coche. Miró a su alrededor. No había nadie. O, por lo menos, si algún yonqui había visto el accidente, se habría refugiado para no ser visto.

Luego, se acercó al cuerpo malherido del sicario y le cogió la pistola.

Estaba en el suelo quejándose, gruñendo y lamentándose. Su rostro era una máscara de sangre. Irreconocible. Emitía quejas, seguramente, por alguna hemorragia interna o huesos rotos.

Ahora dominaba la situación, pero, de todas formas, no quedaban muchas escapatorias a su condena a muerte por el Grieco. Ese cambio solo era una distracción, había ganado tiempo. Nada más.

Se pasó las manos por el pelo y miró a su alrededor: un sonido le llamó la atención. Arrugó el ceño y lo siguió.

El ruido se convirtió en una queja y más cerca resultó ser una súplica de ayuda.

Max miró el maletero.

Parecía como si alguien estuviera ahí.

Max se colocó delante y escuchó mejor sin dejar de apuntar.

Eran gritos de auxilio.

¿Quién demonios se había colado en su maletero?

¿Y por qué?

Entonces dio un par de golpecitos en la chapa.

—¿Quién hay en mi maletero?

—Max. ¡Ábreme! Soy Emma.

Max, asombrado, bajó la pistola.

—¿Emma? ¿Qué haces en mi maletero?

—Me duele un brazo y esto está muy estrecho. Ábreme, por favor —gritó desde dentro.

El inspector cogió la llave que aún estaba en el contacto. Abrió el maletero y apareció la joven vecina.

—¿Por qué diablos estás aquí? ¿Es que no sabes meterte en tus asuntos?

—No te enfades, Max, solo quería ayudar.

—Pues no, no estás ayudando. ¡La has fastidiado, por Dios! —gritó mientras hacía un gesto con la pistola.

—Baja esa arma, ¿o quieres hacer daño a alguien? —dijo ella mientras se sujetaba un brazo con la otra mano.

Max guardó la pistola en su cinturón. No podía estar más disperso y desorientado. Todo se había fastidiado a tal punto que no sabía qué hacer. Él, el inspector más perspicaz de la comisaría, se

había quedado sin ideas. Además, estaban en un lugar perdido, lleno de criminalidad y en plena noche.

Pensó en su mujer, que a esa hora ya estaría durmiendo o pensando en por qué no regresaba. Seguro que ella ya estaba sintiendo que algo no estaba yendo bien.

—¿Te has hecho daño?

—Sí, no sé cómo conduces. ¿Cómo has podido chocar con el único poste de toda la calle? —espetó, enfadada.

El golpe la había aplastado contra los asientos traseros, pero por dentro del maletero. Tuvo suerte, porque el inspector no usaba como almacén el enorme maletero, sino que lo tenía siempre impoluto y vacío.

—Tenía que liquidar a un asesino.

—¿Un asesino? —preguntó, asombrada.

Max no contestó. La acompañó hasta donde yacía el cuerpo malherido del hombre.

Ella, al verlo, se asustó y soltó un grito.

—¿Quién demonios es este tío? Está herido, hay que llamar a una ambulancia.

—A este no le hace falta una ambulancia, sino un cura.

—¿Un cura? —preguntó sin entender.

—Sí, para una extremaunción.

—¿Por qué?

—Quería matarme. Es un sicario del Grieco. Estaba en la harinera donde hacen las monedas de *potter*; han intentado sobornarme.

—¿Y qué ha pasado?

—Le he dicho que soy un policía legal, no soy como el resto.

—¿Así que este tío tenía que matarte por no aceptar entrar en la organización del mafioso?

—Exacto.

—Bueno, pues ya lo tenemos. Te has salvado —dijo ella sonriendo.

—No es tan fácil —respondió Max, y fue a sentarse en el bordillo de la acera, donde podía ver si venía alguien por la calle, aunque el

tráfico de coches era inexistente, y por si el esbirro se movía.

Ella se sentó a su lado.

—¿Te duele mucho?

—No, dime. ¿Qué pasa, Max?

Max la miró con intensidad. Le había cogido cariño a la muchacha. Veía la fuerza en sus ojos y la compasión, valores escasos en la ciudad. Los mismos que había intentado inculcar en Olivia. Comenzaba a experimentar en su joven mirada, pero nunca se la volvería a ver.

—¿Por qué te has metido en mi maletero? Todo sería más fácil si no estuvieras.

—Déjate de hostias, Max. Dime qué pasa.

—No me he salvado. Al no aceptar la oferta del Grieco, me acabo de situar en la zona más alta de los enemigos más importantes. Cuando sepa que no estoy muerto, vendrá a buscarme. Me matará.

—Entonces, escapa. Vete.

—No conoces al Grieco. Me encontrará donde esté. ¿No sabes cómo funcionan las mafias? Nunca perdonan. Y si no me encuentra, matará a mi familia. Y ellas no merecen nada de todo esto. Ni escapar ni esconderse ni lo peor. No se lo merecen. No.

—Pero la policía tendrá un sistema de protección de testigos, Max.

—No. Bueno, sí lo tiene. Pero no sirve para nada.

—¿Por qué?

—Porque el comisario mismo es el más corrupto, el que encabeza la lista de los policías con doble sueldo.

—¿Qué es el doble sueldo?

—El de la policía y un sueldo extra de la mafia. ¿Me entiendes?

—Sí, entiendo. ¿Y qué piensas hacer, Max?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes, inspector? —preguntó con un tono pícaro—. Yo sí sé qué hacer.

—¿Cómo dices? —respondió Max, mirándola con asombro.

Ella sonrió de forma malévola.

—Creo que tengo una solución y creo que es buena. Ahora te la explico.

05

Emma siempre había sido una chica muy espabilada.

Sus únicos problemas eran dos: nacer en una familia con un padre abusivo y drogadicto y vivir en los suburbios del distrito sur de Akeron.

Para el resto, Emma era una buscavidas. Se las ingeniaba. Hacía de canguro, trabajaba en mil cosas que le aportaban dinero para seguir alimentando a la familia. Pero nunca con ataduras, sin contratos, todo en negro.

Era una anguila que vivía entre el barro y la porquería.

Una superviviente, una reina de corazones entre alambres de púas.

A Max lo sorprendió que tuviera una idea. Pero no daba crédito a que fuera buena y menos que pudiera ser realmente una solución a esa situación tan complicada.

Emma explicó la idea. Los dos estaban sentados en la acera, con el coche que echaba humo del motor por la ruptura del radiador. El sicario seguía quejándose en el suelo. La zona de pisos abandonados, que parecía que se hubieran salvado de las bombas de una guerra, estaba en un silencio anormal, artificial, como si estuvieran expectantes a lo que iban a hacer esos tres foráneos.

—Paso uno: tenemos que eliminar de la faz de la Tierra el cadáver de ese hombre.

—Pero Freddy está vivo.

—Ese no es nuestro problema. Ojo por ojo —afirmó sin piedad—. Luego, has dicho que hasta que el Grieco no sepa que has muerto, no te dejará en paz. Entonces, tendrás que morir. O, por lo menos, que todo el mundo crea que has muerto.

—¿Y entonces? —preguntó Max, desbordado por todo aquello.

El cerebro del inspector funcionaba al revés, desde la perspectiva de la víctima. Respondía a las preguntas que le enseñaron en la academia: ¿quién es? ¿Dónde ha muerto? ¿Cómo ha muerto? ¿Quién lo ha matado?

Sin embargo, nunca había hecho el ejercicio al revés. Cómo matar, cómo no dejar las pistas que no llevasen a una hipótesis. Nunca había desarrollado la visión de un asesino y cómo se desenvolvía esa manera de ver lo mismo, pero desde un prisma opuesto.

A pesar de que a una parte de él lo fascinaba, a otra, lo horrorizaba.

—¿Cómo hacemos para que parezca que he muerto? Lo único es que yo muera —dudó Max.

—No —aseguró ella, apoyando una mano en su hombro—. Tú no tienes que morir, claro que no. Tan solo el muerto se tiene que parecer a ti.

Max arrugó el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Tan solo? ¿Te parece poco? Y, sobre todo, no pienso dejar que nadie muera por mí.

—No, por supuesto; no vamos a matar a nadie que se parezca a ti —dijo, y acabó levantando una ceja—. Sino alguien que ya haya muerto o esté a punto de morir.

Max entendió que se refería al sicario. Lo señaló extrañado.

—¿Él? No colará, ese hombre es el doble que yo. Nadie se lo va a tragar, es demasiado fácil.

—No. Está claro que no, ese hombre es una mole, no os parecéis en nada.

—¿Entonces?

—Estamos en el maldito parque de atracciones de los muertos. Esto es la cuna de los muertos o casi muertos. Das una patada en el suelo y, al levantar una piedra, encuentras uno.

Max miró a su alrededor; en efecto, Emma, bajo un cierto punto de vista, tenía razón. Esa zona abandonada y olvidada de la ciudad era una mina de dolor y muerte.

¿Cómo conocía esa chica la zona?

Max se dio cuenta de que Emma, a pesar de su corta edad, sabía más de la vida de lo que él se imaginaba.

—Tenemos que buscar a una persona que se parezca a ti.

—Ya, pero esto no es un supermercado en el que elijes el sabor del yogur que quieres.

Ella sonrió otra vez con esa malicia que solo ella tenía. Se colocó la capucha de la sudadera negra y dijo:

—Tú confía en mí.

Y se dirigieron hacia el hombre que había volado desde el coche del policía. Ya no se quejaba. Max le apoyó dos dedos en la yugular.

—No tiene pulso.

Luego, acercó el reloj y se lo colocó en la nariz. Al cabo de unos segundos, no se formó vaho.

—Está muerto —dictaminó él.

—Mejor, así lo tenemos más fácil —dijo ella, le dio la vuelta y lo cogió de los pies.

—Lo he matado…

—¿Qué dices, Max? Lo ha matado la velocidad y no llevar el cinturón.

—Eso da igual.

—Déjate de idioteces, no pareces tú. ¿Quieres estar aquí todo el día? Venga, cógelo de los brazos.

—¿Adónde lo quieres llevar?

—Tú sígueme.

Max hizo lo que decía la chica, ella era quien llevaba la batuta. Él estaba demasiado enfrascado en el problema como para ver una solución.

Con enorme esfuerzo, entraron en el edifico más cercano que había, justo al lado de donde se había producido el accidente.

Subieron unos escalones y entraron en el portal del edificio a medio construir. Se había quedado a medias a raíz de alguna de las muchas burbujas inmobiliarias que había sufrido la ciudad. Cuando se abandonó el proyecto, como muchos en la zona, se tapiaron las puertas de acceso y las ventanas de los primeros dos pisos. Cuando Emma y Max entraron, la pared que tapiaba el acceso había sido derruida.

—Esto no me gusta —susurró Max.

La primera estancia era un vertedero de bolsas de basura. Seguramente, tiradas por inquilinos okupas que habían vivido allí.

El olor a putrefacción, meados y excrementos humanos o de animales era insoportable.

—Esto es nauseabundo —dijo él.

—Es perfecto. Aquí nadie lo encontrará —replicó con los dientes apretados.

Una vez recorrida la estancia, ella no pudo más y soltó a Freddy en el suelo.

—¿Estás bien, Emma?

—Dame un segundo —respondió jadeando.

—No me gusta este sitio.

—Da igual, nos sirve. Lo más importante es que tienes una pistola. Si no la tuvieras, estaría preocupada.

—Si tú lo dices.

Ella se quedó respirando con ansia por unos segundos, recuperando fuerzas para seguir.

Duró poco el descanso y volvió a coger por los pies el cadáver y lo levantó con toda su fuerza.

—Ahora nos queda lo último y lo más duro —afirmó ella.

Él lo cogió por los brazos y lo levantó.

—Freddy, te pasaste con los bombones, tío —dijo el inspector.

El trozo más complicado era justo lo que les quedaba delante: una rampa de unos seis metros que llevaba a un descansillo. Desde

allí, empezaban las escaleras y los ascensores.

—Los escalones más duros de mi vida —gruñó ella.

—Venga, que falta poco.

Cuando llegaron arriba, Emma lo soltó de nuevo.

Estaba exhausta. Se le veía en el rostro. Su cara estaba roja como un tomate por el esfuerzo. Pero lo habían conseguido.

Las escaleras eran de cemento y los ascensores nunca llegaron a ponerlos. Solo había un agujero del que no se veía el final debido a la oscuridad.

—OK, tenemos que cachearlo, inspector. Miremos si lleva alguna cosa que nos pueda servir.

Freddy solo llevaba encima un mechero, un paquete de cigarrillos de tabaco rubio y un par de monedas de *potter*. Unas llaves y un fajo de billetes con un valor similar a lo que cobraba un obrero durante un año.

—Este dinero te vendrá bien para tu familia.

—Ni hablar, lo necesitas tú. Yo me quedaré con el *potter* —dijo, y se las guardó en el bolsillo del tejano.

—Te has convertido en una camella.

—Pienso alimentar a mi hermana como sea —replicó, y se guardó la sustancia.

Las botas, que eran de una marca buena y del cuarenta y siete, podía venderlas en un mercadillo, y también se las guardó en la mochila.

—Amigo, lo siento, pero estas botas ya no las necesitas —dijo, y miró a Max, que tenía una cara perpleja—. Venga, coge por allí.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Pues tirarlo al foso.

Emma y Max lo acercaron a la boca del ascensor y, después de bascularlo como un péndulo, lo arrojaron por el hueco. Al cabo de unos segundos, el cuerpo encontró el fondo del agujero. El estruendo se propagó por todo el edificio. Seguro que en el fondo de ese pozo había otro vertedero de residuos de los okupas.

—Listo —dijo Max.

—No, listo no, ahora queda hacer otra cosa. Nunca se sabe las vueltas que da la vida —advirtió ella, y se escuchó un ruido al lado, detrás de una pared absorbida por la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —dijo Max.

Y, sin previo aviso, una figura apareció de la nada y agarró a Emma por detrás. La amenazó con una jeringuilla en el cuello.

—¿Qué hacéis en mi edificio? —exigió el hombre.

06

Le olía el aliento a alcohol y la ropa, a marihuana.

Sujetaba a Emma como si fuera un militar. Apuntaba con la jeringa el cuello de la chica y, al mínimo movimiento, se la podía clavar.

Como acto reflejo, Max sacó la pistola y apuntó al asaltante.

—Suelta el arma.

—Soy de la policía, suelta a la chica.

—Y una mierda. La poli no pisa esta zona desde hace años. No me cuentes mierdas, tío.

—¿Quién eres?

—El dueño de esta pocilga.

El hombre tenía todos los dientes negros y estaba delgadísimo, solo piel y huesos. Se veía que era un alcohólico y un yonqui. Su ropa estaba mugrienta, como ese lugar.

—¿Os pensabais pasar por aquí y no pagar al viejo Ben? Quiero esa pasta y las monedas. El resto, como si os lo metéis por el puto culo —ordenó, y olió el pelo de la chica—. Bueno, a lo mejor me quedo con la chica un rato, te prometo que no le voy a hacer daño, quizá le guste y todo —dijo con una sonrisa pero en serio.

—Estás muerto.

—Suelta el arma, abuelo.

Max arrugó las cejas, era la primera vez que le decían eso.

Entonces vio cómo Emma le hacía señas con las cejas.

No entendió qué demonios quería decir, ni nadie lo hubiera entendido, pero algo tenía pensado. Max le podía volar los sesos en cualquier momento, pero tenía a Emma como escudo y demasiado cerca de la cabeza.

—Te doy las monedas, está bien. No te preocupes. Espera, que las cojo —dijo ella, y se metió la mano en el pantalón.

Su mano entró despacio en el bolsillo. La sola idea de tener sus mugrientas manos encima y ser su juguete sexual la asqueaba. Se le había disparado el corazón mucho más rápido que momentos antes con el peso de Freddy.

Sacó las monedas. Los ojos del maleante hicieron chiribitas.

—¡Dámelas! —gritó con avidez, como si ahora lo que más importara no fuera el cuerpo esbelto y limpio de la mujer, sino ese cartucho explosivo que le devolvería a ese planeta al que solo podía acceder con el *potter*.

Alargó la mano que sujetaba a la mujer para coger la droga, manteniendo quieta la jeringuilla en la yugular.

Ella miraba por el rabillo del ojo la mano del yonqui que avanzaba y, a cada centímetro que lo hacía, ella movía las suyas en dirección contraria, para apartarlo hacia otro lado.

—Dame eso, mocosa —espetó.

—¿Las quieres? —preguntó ella cuando la presión de la punta metálica ya no tocaba su garganta—. Entonces… ¡cógelas!

Al unísono de pronunciar esas palabras, tiró al suelo las monedas. Lo que sería la comida por muchos días de su familia aterrizó en el suelo. Una moneda lo hizo en plano y la otra, en cambio, rodó a cámara lenta hacia el agujero del ascensor.

El yonqui, al verlo, soltó a Emma y se arrojó hacia su tesoro. Aterrizó a cuatro patas encima de la que estaba quieta. Luego, con una prisa desmesurada y afán por cogerla, la siguió hasta el pozo oscuro. Dio un par de pasos a gatas como un niño travieso que corre en dirección contraria a la madre.

Se detuvo en el umbral del agujero, con medio cuerpo hacia él, intentando *in extremis* coger el objeto rotatorio del deseo.

Emma se quedó quieta viendo esa escena surrealista que no se hubiera creído en el caso de que se la hubiesen explicado.

Max, que había seguido al hombre apuntándolo con la pistola, ahora se había detenido. Podía haberle disparado, pero él no era un pistolero, era un hombre de la ley.

El yonqui, que no había dicho nada más, solo sonidos guturales de ahogo mientras se arrastraba por el suelo, regresó a mirarlos.

En sus manos solo había una moneda. Había perdido una. Su rostro no era el del que había conseguido gratis un pasaporte para ese planeta al que tanto estaba enganchado, sino el de que alguien le había arrebatado algo que ya era suyo.

Tenía las cejas arrugadas. Max vio cómo su joven rostro parecía el de un señor mayor, incluso más que él mismo.

Antes de hablar, Max hizo un gesto a Emma, sin mirarla, para que se colocara detrás de él.

—Ya tienes lo que querías.

—Solo tengo una.

—La otra tendrás que buscarla abajo.

—¿Crees que soy tonto?

Max pensó que sí, pero no era el momento de decir verdades. Estaban en un edificio que no conocían y, a lo mejor, detrás de la pared, estaban sus amiguitos a punto de salir, como en un cuento postapocalíptico de zombis.

—Déjanos ir y no te haré nada.

El yonqui guardó la moneda con avidez y empuñó la jeringuilla.

—Déjanos marchar —repitió, dando un paso hacia atrás; el hombre dio uno hacia adelante.

—Ni hablar. Quiero la pasta y la chica —dijo con autoridad, y con el siguiente paso, emitió un grito de guerra y se lanzó hacia ellos.

Max no dudó.

Apretó el gatillo. Una bala salió del cañón del arma de Freddy e impactó en plena cara del individuo.

La fuerza del disparo a bocajarro lo hizo retroceder unos metros y sus pies se encontraron sin piso. Fueron unos segundos muy

breves. Tan cortos que no pudieron cogerlo por la cintura mientras caía por el pozo negro del ascensor.

El inspector y la chica se acercaron al agujero y solo pudieron oír el ruido del cuerpo al aterrizar. El sonido sordo y casi amortiguado del yonqui fue diferente al que se produjo cuando arrojaron a Freddy. Ya que el sicario, al caer, lo hizo sobre escombros y basura. El segundo cadáver lo hizo sobre el primero, mitigando el ruido que se emitió por el espacio.

—No he tenido elección —se lamentó él.

—Has hecho bien. Era o él o nosotros.

—Lo siento por tus monedas.

—No tenía que ser.

—Te daré la mitad del efectivo.

Emma lo miró a los ojos con amor, con respeto, con aprecio.

Se quedaron unos instantes, así, mirándose.

—Tú lo necesitarás más. Te has convertido en un fantasma, Max. Mi vida es una mierda, pero no la cambiaría por la tuya. Aunque no te preocupes, yo te ayudaré —dijo la muchacha, y luego lo abrazó.

Max no se lo podía creer, pero todo lo que estaba viviendo de forma frenética y acelerada le estaba sucediendo a él.

Suspiró y le devolvió el abrazo con fuerza, con desesperación.

Pasó un minuto o algo más, pero para ellos fue un suspiro.

—Tenemos que irnos de aquí, esto tiene pinta de ser un nido de drogadictos —dijo Max.

Ella lo detuvo.

—Espera, aquí no hemos acabado. Nos falta una cosa.

Max la miró con perplejidad.

Emma buscó en la basura hasta que encontró una botella de plástico y un trozo de manguera de la obra.

Luego, se fue hacia el coche y abrió el tapón del depósito. Metió una extremidad de la manguera dentro y aspiró por la otra.

En cuanto sacó la manguera de su boca de labios finos y elegantes, aguantó la respiración y metió el tubo en la botella.

El chorro de gasolina salió como en un truco de magia. Pero antes de que el líquido inflamable tocara el envase, ella sufrió una cadena de golpes de tos. Los gases del depósito habían entrado en sus pulmones, activando el sistema de defensa para expulsarlos lo antes posible.

Cuando se recuperó, la botella ya estaba llena.

Quitó la manguera y cerró con cuidado el tapón del depósito.

Regresaron al edificio y dejó la manguera donde la había encontrado.

Se acercó a la boca del ascensor y Max la detuvo.

—¿Estás segura?

—Están muertos, tenemos que hacer desaparecer el cadáver de ese hijo de perra.

—Pero quemarás el *potter*. ¿No quieres que vayamos a buscarlo? ¡Piénsalo!

Ella se lo quedó mirando con una expresión que Max no supo definir.

—No tenemos tiempo —afirmó sin dudarlo, derramó el líquido por el pozo oscuro y tiró también la botella.

Acto seguido, cogió el mechero de Freddy y, una vez encendido, lo arrojó al abismo.

Apenas tuvieron tiempo de apartarse cuando la llama aterrizó sobre el líquido y provocó un fogonazo de luz. Solo hubo un segundo en el que hubieran podido ver los dos cuerpos tirados uno encima del otro, rodeados de basura. Dos hombres que no se conocían y que, al final, se unieron en unas llamas que borrarían toda traza de su paso por Akeron City. Pero Max y Emma no miraron, porque, durante ese segundo, se habrían quemado.

Las llamas, alimentadas por la gasolina y por la basura, arderían por horas, transformando en un infierno oscuro el lugar. El humo subiría por todos los pisos, colándose por cualquier resquicio para seguir subiendo hacia el cielo. Siendo de noche, nadie se enteraría de esa barbacoa humana. Al día siguiente, cuando todo ya estuviera purificado, ya sería demasiado tarde para encontrar nada.

Todo parecía haberse arreglado, pero solo habían completado la mitad de la misión.

—Vamos, Max. Nos queda lo más importante.

07

Pasaba el tiempo en ese suburbio de Akeron City.

Ya eran las dos de la madrugada y cada minuto que Max y Emma permanecían allí, la probabilidad de no salir se incrementaba.

No tenían más remedio que seguir con el plan a pesar de sentirse observados y en peligro.

A Emma no le daba miedo, estaba acostumbrada a moverse en ambientes como aquel, entre criminalidad y violencia, para vivir, bueno, para sobrevivir.

Su madre le había enseñado a soportar y a aceptar. El padre le había enseñado que tenía que espabilarse y conseguir dinero a base de palizas y vejaciones. En cambio, su hermana le había enseñado la inocencia, que aún tenía cabida en ese mundo la bondad y la esperanza.

Sin embargo, la calle solo le había dado duras lecciones.

Emma no era feliz, pero resistir no consiste en preguntarse lo que uno quiere o anhela, sino en llegar vivo al final del día.

Max fue una luz en medio del camino.

No sabía si su atracción era la de un amor imposible. Solo sabía que tenía que ayudar a ese hombre con el que la vida estaba siendo más dura con él que con ella misma. Y eso era decir mucho.

—Tenemos que ir por allí —dijo ella.

—¿Por qué?

—Confía en mí —insistió, y comenzaron a caminar.

Max seguía con la pistola en la mano. Esa zona, que se asemejaba a una zona de guerra, le transmitía un miedo que hacía tiempo que no sentía. En cualquier momento, podría salir una banda de violentos y arrebatarles todo. No era por su vida por lo que temía, sino por la incolumidad de la chica. Esa belleza joven era un caramelo delante de un colegio.

Solo le quedaban seis balas. Si pasaba algo, solo tendrían la ayuda de esas municiones. En ese barrio, le daba la sensación de que eso y nada era prácticamente lo mismo.

Se preguntó por qué lo estaba ayudando. Esa chica era una mina de sorpresas y una escuela de resolución. Veía en ella una mujer prematura y perspicaz. Se acordó de cuando él tenía su edad, no era ni por asomo tan espabilado como Emma.

Al seguirla, la chica que abría el camino hacia la segunda parte de su idea, daba la sensación de ser una mercenaria urbana vestida de negro y una mochila con mil cosas dentro.

Max, dentro de la desgracia que estaba viviendo, sonrió.

—Gracias.

—¿Gracias por qué, Max?

—Por ayudarme.

Ella se sonrojó ligeramente.

Las farolas iluminaban la carretera y poco se apreció su rostro enternecido.

—Eres buena persona y tú también me ayudaste. Esto es lo de menos.

La respuesta lo decepcionó.

—¿Solo por devolverme el favor?

—¿Qué quieres decir, Max?

—Si no te hubiera ayudado yo primero, ¿no me ayudarías hoy?

—No me vengas con discursos filosóficos. Te ayudo porque quiero, porque creo que en la vida tenemos que ayudarnos para seguir. Si no nos ayudamos nosotros, no sé quién lo va a hacer.

—Espera —dijo él, y, cogiéndola de un brazo, la detuvo y la miró a esos dulces ojos iluminados por la luz tenue y amarillenta de una

farola—. Dime que lo harías de todas formas. Déjame creer que no es solo porque te sientes en deuda conmigo.

Se quedaron mirándose por unos instantes.

Sus ojos respondieron.

Él entendió qué había en el fondo de esa mirada. Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Había entendido el magnetismo que sentía por ella.

Vio proyectado en sus pupilas la escena de cuando corrió detrás de ella, la primera vez bajo la lluvia, y la atrapó. Recordó cuando iba a su casa para cuidar de Olivia, siempre con tejanos negros y ceñidos; su pelo esponjoso y con movimientos que rozaban el coqueteo. Movimientos que no había interpretado nunca hasta ese momento. En el fondo de sus ojos y bajo esa farola, lo entendió. No eran casualidades y movimientos estériles y vacíos, era el comportamiento de una muchacha que presumía de su femineidad ante un hombre mayor que ella.

Eso cambió por completo su percepción. Una adolescente se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una mujer.

Su magnetismo lo envolvió y lo atrajo hacia ella, sin moverse.

En otras circunstancias, se habría apartado, se habría opuesto a sus ojos. Pero esa noche no pudo. Esa noche, su vida había tenido muchos giros inesperados, pero aún quedaba uno reservado para él.

Emma se acercó y se levantó ligeramente de puntillas.

El calor de su respiración calentó los labios de Max, sin tocarlos. Ella le miraba la boca y los ojos como si esperara que hiciese el primer movimiento o dijera algo.

Cuando apoyó sus suaves labios en los de Max, fue un beso dulce y rápido. Como un roce robado, sabiendo que los dos iban a contracorriente.

Él no dijo nada ni movió músculo alguno del cuerpo.

Ella apretó los labios, queriendo saborear el beso tan anhelado. Entonces abrió la boca y soltó el aire contenido por los nervios, con miedo, casi como si hubiera sido un sueño.

—La respuesta es sí. Lo habría hecho igualmente, Max. Una y mil veces… —dijo con un tono sensual y amoroso—. Por ti.

Él pestañeó sin poder articular ni una palabra.

Ella suspiró, envuelta en un aire decepcionado, como si en realidad no hubiera sido como mil veces había imaginado en sus sueños más íntimos; se giró y siguió caminando.

Max la siguió.

Tuvieron que caminar bastante antes de que volvieran a encontrar las ganas y las fuerzas de hablar.

La noche era un tsunami y había arrollado por completo a Max.

—¿Adónde vamos, Emma?

—A buscar a alguien que se te parezca.

Max se pasó la mano por el rostro.

—¿Puedes ser más concreta?

—Vamos hacia la zona donde se concentran los yonquis del *potter*.

—¿Y qué piensas encontrar allí?

—¿En serio tengo que repetirlo, Max? Uno que se te parezca.

Max dio un par de pasos más rápidos para ponerse a su lado.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Ya he venido aquí en busca de monedas para mi padre.

Max asintió.

—Está bien. Pero no quiero matar a nadie…

—Ya lo sé, ya me lo has dicho, Max. No tendrás que hacerlo, ya verás —aseguró Emma, que ya había superado el anterior momento embarazoso.

Llevaban casi media hora caminando hasta que ella dijo:

—Es allí, tenemos que girar a la derecha.

Al doblar la esquina, se abrió la caja de Pandora, un mundo dentro de otro mundo. Como solo existe en las películas de ciencia ficción donde recrean mundos distópicos y de futuros invadidos por zombis o muertos vivientes, da igual cómo llamarlos.

Emma siguió caminando, pero Max necesitó detenerse un segundo.

Lo que veía era aterrador.

Delante de él estaban las consecuencias a la enésima potencia de los efectos de la devastadora droga que estaba haciendo estragos en la ciudad.

—Lo sé, no es un buen espectáculo —dijo ella.

—Ahora entiendo por qué tenemos vetada la entrada a este barrio. No por peligroso, sino para que no veamos esto… —murmuró Max.

En sus ojos estaba la desesperación y, frente a él, lo que había temido: que el *potter* fuera una calamidad sanitaria más grande de lo que pensaba.

La calle estaba llena de hombres y mujeres de toda raza y edad tirados por el suelo. Algunos, durmiendo, otros, en posturas extrañas, contorsionados sobre ellos mismos, luchando contra la gravedad por no caer. Sentados en bancos y volcados hacia adelante casi tocando con la cabeza el suelo. Metidos en carros de la compra. Caminando a la velocidad de un oso perezoso o basculando sobre sí mismos. Una extensión de cadáveres andantes bajo los efectos de la droga y de sus consecuencias.

—La llaman Avenida Potter, por el espectáculo. También, el Cementerio de los Vivos.

—Es tremendo —dijo Max.

—Ya…

—Y, a pesar de esto, sigues llevando esa mierda a tu padre.

Ella pensó un segundo antes de contestar, luego, lo miró, aunque él no dejaba de observar con asombro lo que tenía delante y sin cerrar la boca.

—Ojalá un día él también acabe aquí y nos deje en paz de una vez.

Entonces Max miró a la chica.

—¿En serio quieres que muera tu padre?

—Nunca has vivido en mi casa, no te imaginas qué es eso —dijo ella con nostalgia, pero cambió enseguida de tercio—. Venga,

tenemos trabajo. Dame un billete de veinte del fajo que te he dado antes.

Max sacó el dinero y le dio uno de cincuenta.

Ella lo miró y, después de habérselo pensado, rectificó.

—OK, dame uno de veinte también.

Él obedeció sin replicar.

Emma cogió el billete grande y lo escondió en el bolsillo de la chaqueta, arrugó con la mano el de veinte.

—Los que están en el suelo sin moverse están muertos, Max. Uno de esos nos servirá —dijo Emma como si estuviese hablando de plantas o de un armario abandonado en medio de la calle—. Busca uno que se te parezca físicamente —ordenó mientras revisaba las decenas de personas en el suelo y sin vida.

A los dos minutos de entrar en la calle, el olor a putrefacción de algún cadáver y a todo tipo de necesidades fisiológicas esparcidas era insoportable.

Emma se subió la sudadera para respirar dentro de ella. Max se colocó un pañuelo de tela delante de la boca.

Fueron mirando hasta que Max llamó a Emma.

—Mira, este nos podría servir —dijo, indicando un cadáver.

Emma movió el cuerpo con el pie, pasándolo de posición fetal a bocarriba. Se acercaron y lo miraron con detenimiento.

—Sí, creo que nos puede servir —dijo ella, mirando a los dos, primero, a uno y luego, al otro, varias veces.

Se levantó y, una vez identificado su objetivo, sacó el billete de veinte y lo movió en el aire como si fuera la bandera de la victoria.

—¿Alguien quiere ganar un billete de veinte? —gritó.

Nadie contestó.

Entonces lo movió delante de las caras de los individuos que más se movían. Uno, otro, otro y otro. Nada, ninguno reaccionó.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó Max con un tono que rozaba el de una persona que creía que estaba perdiendo el tiempo.

—Que alguien nos ayude —respondió Emma cuando un hombre que parecía uno más de esos muertos vivientes, con un movimiento

rápido, agarró el billete y se dio a la fuga.

—Gracias —espetó el hombre mientras corría.

—¡Espera! —dijo Emma—. ¿Quieres ganar también uno de cincuenta?

Max disparó en el aire y el hombre se detuvo.

Pensó que solo le quedaban cinco balas, acababa de gastar otra.

08

El hombre se paró en seco y levantó las manos.

El billete, como por arte de magia, ya no estaba en sus manos, ya lo había guardado.

A Max le quedó la duda de si ese hombre se había quedado quieto por su disparo o por la propuesta de la chica.

Mientras el hombre se daba la vuelta, Max siguió apuntándolo. Miraba a su alrededor el infierno de personas semivivas que yacían alrededor. Y, a pesar del disparo en el aire, se quedaron sin inmutarse. Eso a Max lo tranquilizó.

El hombre regresó caminando despacio, como si ese yonqui o ladrón, o las dos cosas a la vez, los estuviera estudiando.

—¿Qué quieres, niña? Eres un poco pequeña para andar por aquí con papi —dijo, indicando al inspector.

—¿Quieres ganar cincuenta más? —dijo ella, moviendo el billete.

El hombre no contestó enseguida.

—¿Por qué debería ayudaros?

—Por el dinero, nada más.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Ayudarnos a transportar mercancía.

—¿Qué tipo de mercancía, mocosa?

—Eso a ti no te importa. Solo tienes que aceptar el trato o no. Si no te espabilas, buscaremos a otro que nos ayude —dijo ella, y, sabiendo que Max lo apuntaba, le dio la espalda como si estuviera buscando a otra persona si él decía que no.

—Está bien, mocosa. Os ayudaré.

Emma se dio la vuelta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Emma.

—¿Yo? Puedes llamarme Billy.

—OK, Billy.

—¿Y vosotros?

Emma miró a Max.

—Puedes llamarnos Zorro y Gato. Con eso tienes suficiente —dijo ella con un tono que daba a entender que el tema estaba zanjado con esa información.

Emma se giró y regresó hasta el cadáver que habían elegido.

—Esta es la mercancía. —Señaló.

Billy miró al hombre del suelo con asco.

—¿Esto?

—Sí, nos tienes que ayudar a transportarlo aquí al lado.

—Ni hablar, yo no toco eso.

—Es nuestro trato. Me has robado un billete de veinte. Y te voy a dar uno más de cincuenta. Tenemos un trato. Más vale que lo respetes o mi amigo te volará los sesos, y te aseguro que lo hará.

—Es lo último que quiero hacer, pero lo haré si es necesario —confirmó Max.

Billy, que llevaba una vestimenta justa, le dio la sensación a Max de que era un ladrón de tres al cuarto. Posiblemente, iba por esa zona a ver qué podía robar a esa gente que perdía la noción de la pertenencia, del tiempo y del ser. Un buscavidas que había encontrado un campo de oportunidades donde otros encontraban su cementerio.

—Qué asco —espetó el hombre.

—Venga, no te vamos a regalar pasta porque sí —dijo ella.

—Coge esto, ¿sabes disparar? —preguntó Max mientras le pasaba el arma con un cierto recelo.

—Mejor que Billy no me ponga a prueba o se va a llevar un disgusto —afirmó ella.

Los dos hombres levantaron el cadáver. Max, por un lado, y el recién incorporado a esa misión suicida, por el otro.

Entre dos, el cadáver era mucho más llevadero. El pobre hombre que vestía un traje, una corbata abierta y unos mocasines con una capa de polvo, habría tenido una vida normal antes de ese momento en que había acabado siendo imbuido en la trampa del *potter*.

Una familia, un trabajo y un futuro evaporados por un puñado de monedas de esa droga.

¿Cuántas personas habrían acabado así en esa avenida, como ese hombre que sostenían?

¿Y cuántas más vidas acabarían así?, se preguntaba Max.

Billy resultó ser una ayuda esencial. Sin él, no habrían conseguido llevarlo hasta el coche.

El pobre Titan había dejado de escupir humo del radiador destrozado. El líquido refrigerante se había derramado por el asfalto, bajando por la cuesta, como un guerrero muerto y expulsando sangre por sus heridas de guerra.

—Déjalo aquí —dijo Emma, indicando el punto exacto donde tenían que dejarlo.

—Mi dinero —exigió Billy mientras miraba a su alrededor.

Se cerró la chaqueta y tuvo un escalofrío mirando la desolación de ese lugar.

—Este sitio me da mal rollo.

—No tan rápido…, falta una cosa.

—Nuestro trato era transportar, nada más —afirmó, molesto—. La pasta, guapa, y aparta esa pistola, me pones nervioso. Una mujer no sabe disparar.

Emma no se lo pensó dos veces. El comentario machista le sentó como una resaca de vodka de garrafón.

Apuntó a su pierna y disparó, rozándole solo el pantalón.

Billy dio un salto y la miró asustado.

—¿Estás loca? Podías haberme dado.

—Cállate. Coge el cadáver y desvístelo.

Max lo entendió enseguida, tenía razón, el cadáver tenía que ser encontrado con su cartera, sus objetos personales y, por supuesto, con su ropa.

Billy desvistió al hombre mientras cacheaba que no tuviera nada de valor o interesante para su mercado negro.

—Esto es muy fetiche, tía —espetó.

Emma, en cambio, se limitó a apuntarlo en silencio hasta que el cadáver estuvo en ropa interior.

—Max, te toca a ti —dijo ella.

—Ya… —contestó, resignado.

Despojarse de su vestimenta fue como un paso más hacia el abismo, un paso más hacia su futuro y, por supuesto, hacia el anonimato. Quitarse su ropa para ponerse la de otra persona no era otra cosa que dejar atrás su identidad.

Aguantó una lágrima que quería escapar de sus ojos. La tristeza del no retorno se presentó ante él como si fuera un personaje de ficción, de repente, hecho realidad.

Suspiró mientras se quitaba los pantalones y se ponía los del otro.

Cuando se hubo cambiado, Emma indicó a Billy que vistiera al cadáver con la ropa del inspector de policía.

Una vez vestido, entre los dos hombres, lo metieron en el coche. Le abrocharon el cinturón de seguridad para que se quedase quieto y Emma dio el billete al ayudante.

—Esto último no estaba en el trato. Estáis muy mal de la cabeza los dos, ¿sabéis? —dijo el individuo.

—Espera —dijo Max—, toma esto.

El policía le acercó otro billete de cincuenta, además del que habían pactado.

Billy no dio las gracias como haría una persona normal. Solo chasqueó la lengua e inclinó la cabeza. Eso fue todo.

Y el hombre desapareció por detrás de una esquina y nunca más supieron de él.

Justo después de esfumarse, Emma y Max se miraron a la cara.

—Ahora toca lo último —dijo ella.

—Lo suponía. Pero esto mejor que lo haga yo.

Ella le alargó la pistola y dejó que se encargara él, a fin de cuentas, era su vida y su responsabilidad.

Max cogió de nuevo la pistola de Freddy. La policía no disponía de armas de ese calibre. Eran más mortíferas y más caras; automáticas indestructibles que daba igual si caían en el agua, arena o polvo, siempre funcionaban.

Se colocó delante del cadáver y levantó la pistola.

Delante de él hubo una secuencia de fotogramas, como cuando se mira a la cara a la muerte y ves toda tu vida pasar.

Max Wolf, el brillante inspector, estaba a punto de ser oficialmente asesinado.

Tardó unos segundos en disparar.

Le costó más de lo que se imaginaba. Disparar también era declarar en paradero desconocido para siempre al cadáver de ese hombre. Su familia no le daría una sepultura ni un funeral. Tragado por el *potter*.

Ese hombre, que llevaba una corbata y un traje modesto, estaba a punto de ser olvidado por el tiempo.

Apuntó y se decidió.

La bala impactó en la cara del hombre y se produjo lo que habían planificado.

La deflagración dejó el rostro irreconocible, pero solo por un lado.

Emma se acercó.

—Otro por el otro lado.

A Max le resultó más difícil el segundo disparo que el primero, pero se decidió y anuló los signos faciales del otro lado también.

Emma recogió los casquillos y se los metió en el bolsillo, aún calientes.

—Ahora nos queda solo una cosa, Max —dijo ella con voz de comandante—. Esconderte y que el tiempo se encargue de todo lo demás.

Max asintió y dejaron atrás la escena del accidente. El fuego en el hueco del ascensor, aún vivo, solo manifestaba su presencia por el olor a carne quemada. Las nubes oscuras mitigaban el humo.

Se fueron y Max no miró atrás por miedo a rectificar el plan que habían orquestado.

09

Olivia había pasado por varias etapas al escuchar la historia de su padre.

De la rabia más profunda a la compasión, luego, de nuevo a la cólera.

No podía creer que ese hombre fuera su padre. Le costaba digerirlo, comprenderlo. Supuso que necesitaría tiempo antes de hacerse a la idea.

Ese hombre en silla de ruedas era el espectro de su padre o, por lo menos, del hombre fuerte y recto que vivía en sus recuerdos.

Cuando iban por la mitad de la historia, Emma solicitó entrar.

En un primer momento, Olivia no quiso, pero su padre le pidió que la dejara pasar.

Emma, la canguro, era el cerebro de una mafia de Akeron City. Y su padre, el hombre más leal que conocía, se escondía en la bodega de un barco transformado en ciudad flotante.

—Esta es la historia, Olilì.

—Por favor, no me llames así. Solo una persona me ha llamado así.

—Pero es que esa persona soy yo.

Olivia negó.

—No sé quién eres.

—Te he explicado quién soy y qué pasó en realidad —afirmó Max.

—No hay más, Olivia —dijo Emma.

—Hay muchos cabos sueltos en tu historia.

—¿Por ejemplo? —preguntó el padre.

Olivia bajó la mirada, rebobinando todo lo que le había explicado y lo que le había llamado la atención que no cuadraba. Había estudiado y reestudiado el caso de su padre. El informe policial, la zona donde se había encontrado el cuerpo, la autopsia. Todo. Y había problemas con esa teoría.

—El comisario dijo que fue un suicidio, no que te ejecutaran. Nos dijeron que te habías suicidado, ¿entiendes? —preguntó con un tono de incomprensión.

—Lo sé, pero yo estaba oficialmente muerto. No podía volver para decir que estaban mintiendo.

—El comisario me aseguró que te metiste una sobredosis de *potter*. Vi las analíticas de tu sangre y estaba llena de esa mierda.

—Pues no, lo siento. Hicimos lo que te he explicado para que tu madre pudiera cobrar la pensión de viudedad, pero ese malnacido lo manipuló todo para que pareciera un suicidio. Por eso no pudisteis cobrar ninguna pensión —respondió con los dientes apretados por la rabia y por la tensión.

—Mi madre tuvo que trabajar por dos para sobrevivir.

Él arrugó el ceño, casi a punto de romper a llorar.

—Lo sé —dijo, y bajó la cabeza, sabiendo que le había fallado—. El comisario era el más corrupto de todos. Cogió el cadáver de ese pobre yonqui e hizo lo que quiso. Manipuló y mintió sobre el caso.

—No nos dejaron ver el cadáver.

—Lo sé. Yo estaba allí.

—¿Allí?

—Sí, estuve en el funeral, en tu graduación, en muchos momentos de tu vida. En la esquina contraria, mirándote a través de unas gafas negra y un sombrero. Entre la gente, sin poder hablarte, ni mirarte a los ojos, sin poder tocarte ni abrazarte, para que no me reconocieras.

—Podrías no haber hecho eso. Habríamos escapado juntos.

Max sacudió la cabeza.

—No, no quería que vivieras esa vida, mi querida Olivia —dijo con amargura, pero con más cariño.

—Tu padre ha sufrido igual o más que vosotras —intervino Emma.

—Tú no sabes nada, siempre has sido una espectadora, nunca has sufrido.

—Olivia, ella me ha ayudado muchas veces. No digas esto. Sin ella, no habría sabido qué hacer. Me ayudó en los días siguientes, me salvó la vida —afirmó Max sonriendo a la Consejera.

Para Olivia, aquello no era lo que le hubiese gustado escuchar sobre la mujer que casi se había besado con Fosco, o eso le había parecido.

—Hay otra cosa. Si ese lugar era un distrito abandonado y sin tráfico y sin gente que pasara por allí, ¿cómo encontraron el cadáver? —preguntó Olivia.

Los dos se miraron.

—Al cabo de unos días, llamé yo. Cuando consideramos que el fuego ya había convertido en cenizas los cadáveres de Freddy y del yonqui, llamé a la policía de forma anónima. Ellos, por el coche y el resto, lo dedujeron —dijo Emma.

Olivia escuchó lo que le decía ella con atención.

No tenía más ganas de permanecer allí. Quería salir de esa estancia, estaba agobiada y, después de las horas que había pasado escuchando, necesitaba una pausa.

Se levantó.

—Si no te importa —dijo Olivia sin decir la palabra padre—, seguimos mañana. Hoy no puedo más. Demasiada información por un día.

—Claro, hija —dijo, y miró a Emma.

—Yo la acompaño a un camarote que esté libre. No te preocupes. Descansa, Max.

Olivia fue hacia la puerta y esta se abrió antes de que ella lo hiciera.

—¡Consejera! —exclamó un chico joven—. El capitán necesita hablar con usted.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emma.

—Viene una tormenta, y es de las fuertes —afirmó el chico.

10

Esa noche las olas llegaban casi a cubrir el barco.

Lo que hacían, de forma excepcional en esas ocasiones, era encender las luces y navegar en contra de las olas. No podían quedarse quietos o el mar se los tragaría.

Todos debían quedarse en sus camarotes hasta nueva orden.

Emma les asignó uno doble a Fosco y a Olivia.

Para Fosco, lo que tenía que ser una estancia rápida y resolver un crimen, resultó ser más larga de lo esperado. Incluida una visita que no hubiera imaginado nunca.

A su lado, mientras las olas los zarandeaban con violencia, Olivia no podía dormir.

Sus ojos miraban fijamente un punto que estaba a medio camino entre el techo del camarote y el infinito.

Su mente daba vueltas a todo lo que había averiguado pocas horas antes.

Incapaz de dormir ante ese descubrimiento en su vida, sacó brillo a sus recuerdos más antiguos, a cuando aún su padre vivía con ellas.

¿Ese hombre era su padre o un impostor que se hacía pasar por él? Podía ser él, le decía una parte de su interior. En esos ojos cansados, veía algo que no había visto en nadie, su propia mirada. Como si de un espejo se tratara, los ojos del padre eran una copia de los suyos.

Entonces, entre ola y ola, pensó qué habría hecho ella en la misma situación.

Si se hubiera encontrado en la misma tesitura con el Grieco, ¿habría reaccionado del mismo modo? ¿Se habría escapado? ¿Habría optado por el plan de cobertura para los arrepentidos o los colaboradores de justicia?

Criticar a los demás siempre es fácil hasta que uno se encuentra en las mismas situaciones. Cuando las cosas le pasan a uno, entonces el «yo lo habría hecho así» se acaba.

—¿Te apetece hablar? —dijo Fosco en medio de la noche, sin girarse.

Él sentía el calor de su cuerpo. La había echado de menos en esos días. Además, inquieto, porque no había podido hablar con ella y no había podido decirle que estaba bien, que no se preocupara.

—Tengo ganas de irme a casa.

—Ya… imagino cómo te sientes.

—No, no te lo puedes imaginar, Fosco. Tú no has encontrado a mi edad al padre que había muerto por sobredosis de *potter*.

—Es verdad, pero he pasado por lo mío, y no sé qué es peor, te lo aseguro —espetó él.

Ella entendió enseguida a qué se refería.

—Lo sé…

—No, no lo sabes. No sabes qué es que se te mueran tu hija y tu mujer.

—Puedo imaginármelo.

—Entonces, si puedes imaginarlo, entenderás que yo te diga que comprendo qué es este estado de confusión, de irrealidad, de desorientación que estás viviendo. Pero con una diferencia. Tú lo has encontrado, yo las perdí.

Ella no respondió. Se dio la vuelta hacia él y pasó su mano por el vello de su pecho.

Se miraron a los ojos y ella apoyó los labios en los del hombre.

Fue rápido, solo un gesto de cariño. Un mensaje que venía a decir que tenía razón, que lo entendía, pero lo que no le dijo era que

todo lo que les pasa a los demás siempre es algo inferior a lo que uno está sintiendo.

—Por cierto, Olivia, gracias por haber venido a rescatarme.

Ella rio.

—Ya ves, venía a rescatarte y me he quedado atrapada en este barco.

—No, no te has quedado atrapada en el barco, sino en tu pasado.

La idea no le gustó, pero era lo que realmente había pasado.

—¿Tú sabías que estaba aquí mi padre?

—No tenía ni idea, lo supe cuando te lo dijo a ti —dijo él, y después de pensar, siguió—. Si mañana salimos a cubierta, ¿hablarás de nuevo con tu padre? —preguntó Fosco—. Creo que aún tenéis mucho que deciros.

Ella se lo pensó durante unos instantes, mirando sus ojos y escarbando en su pecho. Le gustaba su vello, ya más gris que negro.

—Buenas noches, Fosco —dijo, y seguido le dio otro beso—. Intenta dormir.

Ella se giró, dándole la espalda, e intentó dormir. Aún tenía muchos misterios que entender y descubrir en esa ciudad flotante de los Corvino.

11

El oleaje amainó parcialmente.

Fosco se despertó primero. Ya se había levantado el sol, pero, al otro lado de la puerta, el barco seguía durmiendo.

En el poco tiempo que llevaba allí, había observado que por la mañana ese barco era un hervidero. Personas que corrían por los pasillos, carros y ruidos de todo tipo.

Esa mañana solo se escuchaba el crujir del casco, que parecía que en cualquier momento se rompería. Aunque por la noche esos gritos metálicos que emitía la ciudad flotante eran más terroríficos, por la mañana, seguían con vigor.

Al sacar los pies de la cama, Olivia se despertó.

—¿Adónde vas?

—A buscar un café —respondió Fosco.

Se enfundó un tejano y una camisa por fuera.

—Ahora vuelvo —dijo antes de darle un beso.

Ella lo miró con una cierta perplejidad.

Se acercó a la puerta y salió. El pasillo estaba vacío. La duda de por qué estaba vacío le duró muy poco. Sin previo aviso, todo le empezó a dar vueltas y un fuertísimo mareo lo invadió. Pensó que vomitaría. Pero consiguió retroceder sobre sus pasos y se tumbó de nuevo en la cama. Ya era demasiado tarde, necesitaría un buen rato antes de que ese tremendo mareo se le pasara.

—¿Qué te pasa, no ibas a buscar café? —preguntó ella con tono de mofa.

—Esto es insoportable.

—¡Hombres! No aguantáis nada —afirmó, y se levantó.

Al escuchar la palabra café, se le había despertado el mono del líquido negro.

Se levantó y, después de vestirse, salió por la puerta. Se encontró el mismo escenario: un pasillo desierto que fluctuaba al son del vaivén que marcaba el mar.

Recorrió un par de pasillos. Olivia era inmune al mareo. Daba dos pasos, recuperaba el equilibrio, y vuelta a empezar.

Otro pasillo y otro, sin gente, solo cartelitos.

Le preguntó a la primera persona que encontró.

—Está buscando el desayuno, ¿verdad? —preguntó el hombre, que parecía un camarero.

Ella sonrió confirmando su teoría.

Lo siguió por medio barco cruzándose con poquísima gente.

—¿Dónde están todos? —preguntó ella.

—Órdenes. Cuando hace este tiempo, todos tienen que estar en sus camarotes. Solo funcionan los servicios básicos —dijo él con tono de profesor.

Cuando llegaron a destino, delante de ella había una puerta de dos hojas de madera maciza.

El camarero la abrió.

Una habitación clara se abrió delante de ella. Casi tuvo que cerrar los ojos para ver el espacio.

Cuando sus iris se adaptaron a la luminosidad presente, vio que no era el comedor del personal.

La mesa, delante de una ventana enorme con vistas al océano, estaba ocupada por un solo comensal.

—Pase, señorita Wolf —pidió una voz profunda y segura.

Ella entró, perpleja.

Supo que ese lugar no era de fiar y que el hombre con traje que acariciaba un gato encima de su regazo tampoco. Pero ya se sabe, la curiosidad mató al gato.

Avanzó y se detuvo a pocos pasos de la mesa.

—¿Quién es usted?

—Señorita Wolf, sigo sus pasos desde hace tiempo y sé que es muy inteligente. Usted sabe perfectamente quién soy yo… —dijo mientras seguía acariciando y mirando al gato.

—Señor Corvo —afirmó mientras, por reflejo, se tocaba la cintura donde tenía la pistola.

Pero se la habían retirado cuando le asignaron un camarote.

—¿Ve?, no era tan difícil.

—Ya…

—Me encantaría que me acompañara a desayunar —dijo, indicando una silla en la mesa, la más lejana, justo en el lado opuesto.

—Pensaba desayunar con Fosco en el camarote.

—Al señor Merrell lo están aprovisionando de su desayuno y lo han avisado de que usted no acudirá a desayunar con él porque lo está haciendo conmigo.

—Me molesta mucho que me consideren un trofeo.

—Curioso, porque como podrá entender, a mí me molesta aún más que encuentren mi ciudad.

Olivia se sentó.

El camarero le apoyó la servilleta y le sirvió pan caliente. Ese trato lo había visto solo una vez cuando una amiga de la academia se casó con un ricachón de Akeron y la invitaron a la boda en uno de los mejores hoteles de la ciudad.

—¿Para qué ha venido, señorita Wolf?

—Para recuperar a Fosco.

—Pues se lleva una buena noticia, ya es todo suyo.

—Eso parece.

—Pero tiene un problema; quien sube a mi barco, no baja así como así… —advirtió mientras el gato apoyaba su cara en el antebrazo del mafioso.

Luego, se sirvió mantequilla y la untó en el interior del bocadillo caliente, fundiéndose. Añadió un poco de mermelada roja y empezó a cortarlo con los cubiertos en trozos muy pequeños.

—A pesar de vivir en un barco, tiene usted todos los lujos posibles —comentó ella con un tono sorprendido.

—Intentamos hacer lo que podemos. Cuando este molesto temporal —dijo, indicando con el cuchillo hacia la ventana, donde las olas se estrellaban con locura como si quisieran entrar y arrasar todo lo que había en la estancia— se haya acabado, verá que somos casi autosuficientes.

—No me importa su barco ni que me restriegue lo buenos que son o lo que consiguen hacer aquí en medio de la nada. Son criminales y fugitivos. En cuanto acabe este temporal, quiero regresar a tierra con Fosco.

—Antes tendremos que discutir varios flecos usted y yo.

—¿Flecos?

—Usted es policía, una inspectora muy apreciada en su trabajo, no por todos, pero apreciada. Sabe hacer su trabajo. Un ejemplo claro es que nos ha encontrado. Su modo de hacerlo ha sido rudimentario pero eficaz, desde luego. Pero ya hemos puesto remedio para que no se vuelva a repetir.

—¿Cómo sabe de qué forma los hemos encontrado?

Michael Corvo la miró fijamente, dejando de comer. Estuvo pensando si decírselo u ocultárselo.

—Donati es un hombre que tiene muchos vicios y es muy fácil sacarle información…

—Donati. ¿Qué le habéis hecho? —espetó mientras se levantaba de la mesa.

12

El ambiente, en el camarote más lujoso del barco, se había tensado.

Olivia estaba en el momento más importante de su carrera, aunque ella no lo supiera. Estaba delante del famoso mafioso Michael Corvo. Y en su guarida.

Tenía un cuchillo y podía haberlo cogido por el cuello y amenazarlo con rajarle como a un cerdo si no hacía lo que le proponía. Coger un bote salvavidas y pedir auxilio. La guardia costera habría tardado, pero llegaría a tiempo. Después, se habría dirigido al fiscal Quentin Roter y se lo habría entregado en bandeja de plata. Habría sido la heroína de la ciudad, seguro.

Estuvo a punto de hacerlo, pero algo no la dejó saltar como un muelle. Algo que no quería confesarse, algo más fuerte que la ley, que el sentido de pertenencia y que la responsabilidad ciudadana. Algo más profundo y arraigado en su interior, algo familiar.

A pesar de tener el cuchillo entre las manos y apretarlo tan fuerte como para ver sus nudillos de color blanco, decidió no hacerlo.

No lo sabía, pero su plan habría durado pocos segundos, porque un gorila de la seguridad de los Corvino estaba preparado para cualquier imprevisto.

Ya se sabe, los planes en la mente son fantásticos y siempre salen bien.

—¡Siéntese, por favor! —dijo Michael, indicando la silla—. Y desayunemos tranquilamente.

Ella seguía respirando algo acelerada, pero soltó el cuchillo y se sentó.

—¿Qué le ha hecho a Donati?

—Nada. Solo le dimos lo que quiso…

Ella pensó en una mujer, en sexo, en drogas o en vete a saber qué más.

—Donati, el detective privado, del linaje de los Donato, al segundo *whisky* soltó cómo llegasteis hasta mi barco. Nada más. Su compañero está bien, se encuentra en su camarote. A pesar de lo que se dice en tierra firme, nosotros somos gente de fiar. Somos una comunidad ajena al resto y controlamos nuestros negocios desde el exilio. Solo una persona nos persigue, un tal John Grieco. Ese hombre nos la tiene jurada a mí y al gobierno de Akeron, al que está desestabilizando.

—No me creo nada de lo que me dice.

—Fosco ha ido y venido un par de veces. Y siempre ha llevado mensajes con información para el fiscal que ni se imaginaba.

—Eso es muy sospechoso. No me lo creo.

—Usted es la pareja de Fosco, debería saberlo. Y me consta que lo sabe —dijo el mafioso, e hizo tintinear el cuchillo en el vaso de cristal. Entró un camarero y vertió café en su taza.

El líquido humeante recién hecho inundó la habitación con su aroma.

—¿Quiere? —preguntó Michael.

Ella asintió y el camarero llenó su taza de café.

Ella fue a olerlo y, sin demostrarlo, se sorprendió del aroma que desprendía.

—Gracias —dijo a regañadientes.

—Cuando quiera más, no dude en llamarme —contestó el camarero.

Olivia dio sorbos al café, sujetando la taza entre las manos, como hacía en su pequeño y modesto piso. Le habría encantado tener esas vistas en su casa. Grande como tres puertas juntas, el cristal

daba al infinito y atrapaba su vista, que se quedaba hipnotizada por las olas.

Se dio cuenta de que la taza era enorme y de que el café era muy poco, ni llegaba a la mitad. Entendió el porqué de esa proporción, ya que ella lo habría llenado hasta arriba para no molestar otra vez al camarero.

Necesitaba tener espacio por el oleaje.

El temporal hacía mover el líquido negro y, si hubiera estado más lleno, se habría derramado clamorosamente.

—Señorita Wolf —dijo el mafioso—, hay muchas cosas que no sabe y que debería saber.

—¿A qué se refiere?

El mafioso, que había terminado la tostada de mermelada, cogió del centro de la mesa un *croissant* relleno de chocolate y se detuvo, antes de morder un bocado, para decirle algo más.

—¿Cuánto hubiera pagado hace una semana si hubiese podido hablar una vez, solo una vez, con su padre? Imagínese un teléfono con el más allá. Imagínese una puerta con el espacio temporal y que yo le hubiese proporcionado la llave para abrirla. ¿Cuánto hubiera pagado? —preguntó, y se comió el trozo de bollo.

Ella se lo quedó mirando. La pregunta le dolió, porque sabía la respuesta.

—¿Adónde quiere llegar? —preguntó ella.

Él interpretó eso como una respuesta.

—Hay mucho más que no sabe de su padre que debería saber.

—¿Como que nos dejó en la estacada? —dijo, cambiando el tono, adoptando el mismo de una adolescente rebelde que no quiere entender nada.

—No se comporte así, señorita, usted es más inteligente. Su padre hizo lo mejor que pudo y hasta yo lo admiro por eso. Y no es mi padre. Ojalá mi padre hubiese hecho la mitad del gesto que hizo él —afirmó, seguro de lo que decía.

Ella negó con la cabeza. No dijo nada, siguió mirando por la ventana y dando pequeños sorbos al café.

—Hay algo que necesita saber, señorita Wolf —dijo llamando su atención—. ¿Me está escuchando?

Ella se giró.

—Sí, dígame.

—Hay una situación que me gustaría que escuchara. Fue hace mucho tiempo y, antes de que usted vuelva a tierra firme, quisiera que supiera.

—¿Qué es?

—Tendrá que esperar a la comida, señorita Wolf.

—¿La comida?

—Sí, he organizado hoy una comida, aquí, con la Consejera, usted, Fosco, su padre y yo. Comeremos de forma distendida y les explicaremos lo que pasó. Cuando usted estudiaba en el instituto y a su padre le ocurrió algo. Además, hay una persona que no se imagina que estaba involucrada, de hecho, ni ella lo sabe. Pero creo que ha llegado el momento de que usted lo sepa.

Ella se quedó mirándolo fijamente, como si la propuesta que le acababa de hacer pudiera ser rechazada.

Lo único que le daba tranquilidad era que Fosco estaría en la misma mesa.

—¿A qué hora? —preguntó ella.

—A las doce. Por favor, sean puntuales.

—¿Me puedo llevar el café?

—¿No quiere desayunar nada más?

—Este temporal me ha quitado el hambre.

—Mejor lléveselo en un envase especial para no mancharse —dijo, y volvió a llamar al camarero.

Ella dio las gracias y se fue con su vaso de café con tapa.

—A las doce, señorita Wolf —repitió el anfitrión, mirando el ventanal—. A las doce.

13

No recordaba bien dónde estaba su camarote.

No le importó.

Necesitaba caminar y dar un paseo a pesar del movimiento lateral del barco.

El famoso mafioso y, según la fiscalía, un exiliado de la ley, se había encontrado con ella. No le dio la impresión de que fuera tan malo. Pero un tirano, a distancias cortas, no puede parecerlo. Hay que esperar, conocerlo, ver qué hace cuando nadie lo ve y qué decide.

Eso no lo podía saber ni quería saberlo, ella quería volver a casa lo antes posible. Esa situación era solo una mera parada técnica.

Tuvo una idea que le sobrevino como una punzada en el costado, ¿hubiera sido mejor no haber descubierto dónde estaba Fosco?

Siguió caminando y, después de varios pasillos que no recordaba, llegó a un lugar donde había una puerta que daba acceso al exterior.

Tuvo el instinto de salir, de tomar una bocanada de aire fresco.

Pero una ola la habría desestabilizado y, con el suelo mojado, podría acabar en el mar y acabarse todos los problemas.

Desistió y miró desde esa ventana redonda lo mismo que veía desde el comedor de Michael Corvo.

Suspiró y dio un trago al café.

No había prisa, no tenía nada que hacer hasta la comida.

Pero una pregunta la atormentaba.

Una pregunta que quiso hacer a Corvo en un primer momento, pero se le fue de la cabeza.

¿Cómo había acabado allí su padre?

Esa pregunta que llevaba toda la noche dándole vueltas no se la había formulado.

A lo mejor, porque no quería saber cómo su padre, un inspector intachable, se había pasado al bando de la organización criminal Corvino.

Eso no se lo explicaba.

Por otra parte, el mafioso tenía razón, aunque le costara admitirlo. Habría hecho o pagado todo lo que hubiera estado a su alcance para ver otra vez a su padre. Y ahora que lo tenía, no estaba disfrutando de la oportunidad.

Orgullosa.

No podía serlo más.

Le costaba admitir que lo echaba de menos y que ahora lo tenía muy cerca.

Sintió lo mismo que cuando uno está enamorado: mariposas en el estómago que dan vueltas.

Cuando era joven y le gustaba un chico, no soportaba la lejanía. Su madre le decía que era tonta. A pesar de querer estar con el chico, ella se hacía la orgullosa. No respondía a los mensajes. Dejaba un tiempo prudencial para responder, incluso quedaba menos de los que podía para que no pensara que era una fácil y que se ganase el tiempo de estar con ella.

Hasta que los chicos se cansaban de esperar.

Sintió un paralelismo.

Su madre ya no estaba para decírselo, para recordárselo. Era solo un rostro que con el paso del tiempo se iba borrando inexorablemente.

Cuando eso ocurría, acudía a los álbumes de fotos familiares para recuperar las facciones borradas. Le pasaba con su padre, con los amigos y con alguna foto escondida de algún chico que pasó de forma fugaz por su vida antes de conocer a Fosco.

Su padre estaba en ese barco y no estaba aprovechando la oportunidad. La voz de su madre retumbó en su cabeza.

Miró el reloj, aún faltaba tiempo para la comida.

Se armó de valor y buscó el camarote que le habían asignado.

Fosco estaba durmiendo. El desayuno estaba sin tocar. No quiso despertarlo. Cerró la puerta y fue en busca del camarote al final del barco, donde residía su padre.

Recordando la noche anterior y mirando los planos que estaban adheridos por las paredes, consiguió encontrarlo.

Tocó la puerta y la voz del anciano se escuchó desde dentro.

—Adelante.

Ella tuvo un segundo de incertidumbre. Una parte de ella no quería entrar. Pero la voz de su madre había sido tan real que tuvo que obedecerla.

Agarró la maneta y abrió.

Todo estaba igual. Su padre, en cambio, estaba en un rincón con la espalda contra una pared para amortiguar los movimientos.

—Hola —dijo ella.

Él no contestó, solo sonrió y le hizo un gesto para que entrara.

Al cerrar la puerta, él le pidió que se sentara a su lado, en el sofá.

Las ruedas delanteras de la silla estaban clavadas por un freno mecánico. En el suelo, había una marca que habían dejado estas a causa de todos los temporales que habían tenido que soportar.

—Gracias por venir —dijo él, y ella sonrió por un segundo—. ¿Cómo estás?

—Algo mareada. ¿Qué miras? —dijo ella, indicando un libro que tenía en su regazo y que cerró al aparecer ella.

Él lo miró como si fuera algo íntimo.

—Creo que no deberías verlo… —murmuró él.

—¿Y por qué?

—Porque entenderías demasiadas cosas… —contestó con un hilo de voz.

14

Olivia arrugó el ceño.

Se giró hacia a su padre y lo miró extrañada.

Al entrar, había cerrado ese libro enorme que parecía un álbum de fotos. No recordaba haber tenido nunca un libro como ese. Ni un álbum con una tapa roja y bordes dorados.

Todos los recuerdos fotográficos familiares los había recibido de herencia y no había ninguno parecido. Ni siquiera cuando era pequeña se acordaba de haberlo visto.

—Esto es lo único que me queda —dijo con un tono apenado.

—¿Y qué es?

Él dudó, no quiso abrirlo enseguida. Olivia sintió que abrir esa cubierta y ojear esas páginas era como violar la intimidad de su padre.

—Si no quieres, no pasa nada.

Él no contestó.

Tomó aire y miró hacia la única ventana de la estancia, un ojo de buey por el que solo se veía mar.

—Es lo más íntimo que tengo aquí dentro. Es lo único de vosotras que me queda. Aparte del regalo inesperado de volver a verte.

—No entiendo…

Entonces él abrió el libro.

Las primeras páginas estaban repletas de anotaciones y recortes de periódicos.

La muerte del inspector Wolf, decía. Un cronista del periódico más importante de la ciudad decía que el hombre que había luchado contra la criminalidad había muerto a causa de la propia arma que intentaba quitar de las calles. Seguía afirmando que el *potter* no tenía fin y que seguiría infectando la sociedad. Hasta los policías, al tocarla, se convertían en yonquis. El artículo finalizaba con una pregunta que ponía en peor situación a Max.

Giró la página y, entre más recortes, apareció el titular del funeral.

En la siguiente, las fotos de la ceremonia. La perspectiva estaba hecha desde los bancos finales de la iglesia. En todas las fotos aparecía ella, una cría, y su madre. Las dos de negro, llorando, desoladas, sin esperanza, miraban el ataúd del padre.

En el asiento detrás de la familia, solo había un representante de la policía, el inspector Jensen. El resto era algún compañero de la academia y que había acabado en otra comisaría y algún vecino. Nadie más. Un puñado de personas y, en los bancos de la derecha, unas ancianas que acudían para entonar unos cánticos mortuorios y hacer bulto.

—Fallé como padre y como policía.

Entonces ella lo entendió.

—Estabas allí —suspiró ella—. Estabas en el funeral.

Él solo pudo asentir.

Las fotos seguían hasta el cementerio y luego hasta casa.

—Nos seguiste…

—Las primeras noches dormía enfrente de casa. Donde estaba el cajero automático. Unos cartones y estaba allí, vigilando que nadie se acercara a vosotras. Luego, os seguía hasta el colegio, a distancia, y me quedaba en los alrededores de la escuela para ver que nadie fuera a buscarte o que nadie te raptara. Era verdad que a mí me habían matado, pero a Freddy, el esbirro del Grieco, no lo encontraron nunca —dijo él con el peso de esas palabras y de la consciencia de haberlo matado.

Ella bajó la vista, esa parte de la historia que no podía saber le estaba perforando como un hierro al rojo vivo.

El padre siguió. Fue un viaje por toda la vida de ella. Escondido entre la gente y entre los sucesos de la cotidianeidad, él estaba para protegerla, como una sombra.

—¿No te acuerdas que un día un señor se te acercó en un parque y te regaló caramelos?

Ella negó.

—¿Debería recordarlo?

—Tu madre se había despistado hablando con la madre de una amiga de tu clase. Siempre os veíais en unos columpios de camino a casa —explicó con la voz prendida, como si en ese momento lo estuviera viviendo de nuevo—. Ese día se acercó un hombre que conocía, no sabía de qué, pero recordé que lo había visto antes. Sacó de su abrigo de pana gris con rayas blancas unos caramelos y te los dio. Primero, tú los rechazaste, pero él insistió y los cogiste. Al comerte uno, pensé en lo peor, pensé que estarían envenenados, pero no lo estaban. Te dijo que lo siguieras con la promesa de mostrarte un perrito. Tú bajaste del columpio. Entonces me acerqué, ¿te acuerdas?

—¡Oh! —se asombró ella, recordando la escena.

—Lo apunté con una pistola y lo invité a dejarte en paz. Te quedaste en el columpio y acudió tu madre cuando nosotros ya estábamos lejos.

Max explicaba la historia reviviéndola.

—Aún recuerdo ese abrigo de pana gris con rayitas blancas —dijo él—. Cómo podría olvidarlo…

—Me acuerdo de ese hombre. Era un hombre con una nariz muy grande. Del abrigo me acuerdo poco, pero pasó, no me puedo creer que fueras tú —dijo ella con el rostro arrugado por la noticia—. ¿Qué le pasó a ese hombre?

—¿Sabes quién era?

Ella negó despacio.

—Resultó ser un asesino en serie de niños y un violador.

—¿Y qué hiciste con él? —preguntó ella con miedo a saber la respuesta.

—Lo maniaté a un árbol del parque y llamé por teléfono a la policía de forma anónima.

Olivia apoyó la cara en sus palmas para cubrirse la cara.

El padre la vio, se atrevió a tocar su cabeza y pasó la mano por su pelo.

—Tienes el mismo pelo de tu madre. Cuando te vi anoche, pensé que estaba muriendo, porque creí que el ángel de tu madre venía a verme.

Ella esbozó una sonrisa circunstancial. No sabía si eso le gustaba o le molestaba. Lo dejó hacer, a la segunda caricia, el padre, prudente, apartó la mano.

—Jensen se obsesionó con la búsqueda de la verdad del caso del Stark Arena. Lo vi en su casa. Su sótano era una biblioteca con un archivador de carpetas del caso.

—Lo sé, lo que no sabes es por qué se obsesionó con ese caso. —Ella sacudió la cabeza—. Está relacionado con lo que quiere explicarte Corvo en la comida. Todo a su tiempo.

15

La ciudad flotante parecía el barco de los misterios.

No soportaba cuando alguien le decía: «¿Sabes qué? Recuérdamelo, que luego te lo digo».

Eso la reventaba por dentro.

Era una mujer de dicho y hecho. Nada de misterios ni secretos, solo verdades. Quizá no le gustara lo que oyera, pero prefería eso a esperar o falsedades.

¿Qué demonios necesitaba saber cuando fueran a comer?

¿No podía adelantárselo él?

El padre se negó, atribuyendo a que se lo había prometido a Michael.

Siguió pasando páginas. Vieron fotogramas de su vida y cómo iba creciendo, la ya no tan pequeña Olivia.

Fotos del instituto, de cuando se veía con algún amigo o iba al cine; se veía ella unas cuantas butacas más adelante.

Luego, cuando se fue a la Lombroso. Varios años allí y la coronación de un sueño, para ella y para él. En la última fila de la ceremonia, el inspector Max Wolf había asistido al acto de graduación como inspectora y la entrega de su placa.

—Recuerdo haber llorado como nunca cuando estuve allí ese día. Fue un día mágico.

—Siempre pensé que fue un día mágico en parte, porque ese día faltabas tú para que fuera perfecto. Pero ahora resulta que estabas.

No me lo puedo creer —dijo ella, casi llorando y sin dejarse ir a abrazarlo.

—Sí, fue duro verlo de lejos y no darte la enhorabuena, decirte que estaba muy orgulloso de ti.

—Me lo imagino —dijo ella.

En medio de ese instante nostálgico en el que los dos corazones Wolf volvieron a latir al unísono recordando, abrieron la puerta.

Emma, al entrar, se sorprendió de ver a Olivia.

—Lo siento, ¿interrumpo? —dijo ella.

—No, tranquila —respondió él.

—Bueno, solo venía a recordarte que ahora vendrán a buscarte para subir al comedor.

—Tranquila, Olivia me acompañará. Gracias.

Emma asintió y cerró la puerta, aún sorprendida por la presencia de la hija en el camarote.

—¿Por qué te han dado esta habitación tan tétrica y no una más soleada como las otras?

Max levantó la vista y con una mano señaló la habitación.

—Después de la habitación de Michael, es la habitación más grande. Es verdad que está al final del barco, pero no está tan mal. Está llena de libros, una planta, una cama, un lavabo habilitado a mis necesidades —dijo, dando una palmada al reposabrazos de la silla de ruedas—. En fin, es mi hogar ahora.

—¿Cómo acabaste en la silla de ruedas? —preguntó ella, que empezaba a preguntar sin tapujos todo lo que le pasaba por la mente y todas esas preguntas que le habían aparecido por la noche mientras no podía dormir.

—Es una larga historia. Es una enfermedad degenerativa, no he sufrido ningún accidente o disparo si es lo que te preocupa.

Ella asintió y él cerró el álbum de recuerdos.

Lo dejó en una mesita y desbloqueó los frenos de la ruedas.

—¿Me acompañas? —preguntó Max.

Ella sonrió. Era la primera sonrisa sincera y cariñosa que veía desde que salió esa maldita noche en busca de la fábrica del *potter*.

Abrió la puerta y lo empujó por el pasillo. Al final del mismo, subieron a un montacargas interno que los llevó hasta la planta donde estaba el camarote de Corvo.

El perfume a comida los estaba esperando. Especias, alcachofas y algo de pescado era lo que se percibía.

Michael estaba en el mismo sitio donde Olivia lo había dejado desayunando. Contra la pared de cristal, estaba Fosco, al lado de una silla vacía. Por el otro lado, un espacio sin silla y unos cubiertos. Emma, la Consejera, estaba sentada justo en la silla opuesta a Corvo.

El mafioso le señaló el lugar a su izquierda, donde no había silla.

—Deje aquí a su padre. Se puede sentar al lado de Fosco —indicó en un tono de autoridad.

Olivia dejó a su padre en el lugar previsto y luego se sentó en la silla al lado de Fosco, donde Corvino había designado. Él le sonrió y movió los labios, como si dijera un «hola» mudo.

Cuando todos estuvieron sentados, Michael Corvo cogió el tenedor y repicó en el cristal para que viniesen los camareros.

Dos hombres vestidos como pingüinos aparecieron y sirvieron un brócoli al vapor con salsa de *tahini*, acompañado de arroz y un trozo de pescado a la plancha.

Mientras, otro camarero servía un vino tinto en todas las copas.

—Lo siento, pero no podemos disponer de vino blanco, así que nos tendremos que conformar con el tinto —dijo con el tono que usaría el anfitrión en una comida oficial—. Bien, podemos empezar a comer.

Olivia miraba a su alrededor. Le gustaba esa estancia tan marinera y tan lujosa en un barco mercante transformado. Hubiera preferido estar al lado de la ventana y ver las olas, aunque ya empezaban a amainar. El temporal estaba pasando y con él estaba llegando el momento de irse, o eso quería ella, y esperaba.

Primero, el mafioso probó el vino. Se colocó la servilleta y, cuando fue a coger el tenedor, se detuvo, cambió de idea. Apoyó el codo en la mesa y esperó.

Levantó la mirada y la pasó por cada uno de sus invitados, deteniendo un segundo su atención en cada uno.

Una vez acabado el carrusel, regresó a Olivia.

—Me alegro de que haya hablado con su padre. Creo que tienen muchas cosas pendientes.

Olivia le devolvió la mirada y el padre la miró a ella.

—¿Qué es lo que quiere decirme? —replicó ella.

—Los rumores son ciertos; una mujer a la que le gusta ir directa al grano —respondió Corvo.

—No sabe cuánto, y persistente —intervino Fosco.

Al decir esas palabras, Olivia le regaló un buen codazo.

—¡Ah! Es verdad, eres decidida y segura de ti misma, ¿qué he dicho de malo?

—Señor Corvo… —insistió Olivia, indicando con la mano que siguiera.

El padre miraba a la hija con ojos embobados, como admirando a su criatura, como si nunca la hubiera visto antes. En su mirada había amor contenido. De la misma manera que miraría un pintor un paisaje para quedarse con todos los posibles detalles, sabiendo que dentro de poco se levantaría de ese lugar y dejaría de verlo para siempre. Y, desde entonces, solo podría tirar de la memoria para recordarlo.

—Muy bien, señorita Wolf. Voy a explicarle una historia por la cual entenderá cómo hemos llegado todos aquí.

—Estoy ansiosa por escucharla.

Corvo dio un par de caricias a su gato, que seguía ronroneando en su regazo. Buscó las palabras o el punto por dónde empezar y arrancó.

—Todo sucedió una noche, hace muchos años, cuando aún iba al instituto. Antes de que fuera a la academia Lombroso. Me acuerdo perfectamente, llovía a cántaros. Y una persona necesitaba la ayuda de su padre.

16

Veinte años antes.

La lluvia caía fuerte esa noche en Akeron City.

Los coches circulaban sobre los charcos de los lados, salpicando a los viandantes.

Los muros de la ciudad aún estaban tapizados de carteles de las pasadas elecciones. Muchas caras de los candidatos cubrían muros y fachadas de negocios abandonados.

Había entrado en el ayuntamiento un nuevo equipo y un nuevo alcalde. Las esperanzas de un cambio se habían difundido por la ciudad, pero no en el exinvestigador Wolf.

Max conocía la frase: «Todo tiene que cambiar para que nada cambie», de *El Gatopardo*.

Esa fue su sensación cuando el nuevo candidato, llegado de la nada, desembarcó con su equipo en el poder de la ciudad.

Era una noche como otras para Max. Llevaba años intercalando sus noches durmiendo entre la calle y una residencia para los sintecho del distrito sur.

La mayoría de veces que se quedaba vigilando la casa de su familia estaba en el rincón del cajero automático de la entidad cerrada delante del edificio. Se ponía unos cartones debajo y una manta por encima.

La parte positiva era que desde ahí veía la luz del apartamento donde vivían su mujer y su hija y que, además, estaba a cubierto de

la lluvia.

Había pensado muchas veces en irse. Comprar un pasaporte falso y buscarse un rincón donde rehacer su vida. Pero su familia seguía siendo un imán invisible que no le permitía irse. Una fuerza magnética invisible que no lo dejaba marchar. Ese campo dominador era el sentimiento de culpa.

A pesar de hacer poco todo el día, esa noche los ojos se le cerraban. Parpadeaban lentos, como si se estuvieran apagando lentamente.

Lo mismo le sucedía cuando conducía de madrugada volviendo de una investigación o cuando tenía que ir a ver una escena del crimen. Muchas veces, las guías sonoras del borde de la calzada lo despertaban del sueño. Y en el momento que abría los párpados, se prometía que esa era la última vez, que no podía seguir así, que podía despertar en un hospital o no despertar.

Esa noche lo despertó un vehículo que se detuvo delante de su pequeña guarida.

Sus ojos se abrieron de par en par, espantados.

No era un coche normal, era una limusina.

Pensó que lo habían encontrado, que su tapadera había saltado. Grieco lo había descubierto.

O, peor aún, Grieco iba a ver a su familia para coaccionarla o matarla.

La noche que había cobrado vida en sus pesadillas se estaba materializando.

Se levantó de los cartones.

Y localizó el frío del metal de la pistola que guardaba en el bolsillo de la gabardina.

La tenía lista para lo que hiciese falta.

Su larga barba, su pelo sucio y dejado, su vestimenta improvisada con prendas recogidas de todos lados eran el único escudo que le daba la invisibilidad del anonimato.

Cuando la puerta trasera de la limusina se abrió, Max apretó hacia atrás el martillo. Cargada la pistola, estaba preparado para

cualquier cosa. Llevaba allí innumerables meses a la espera de ese momento.

Primero, apareció un paraguas tan grande que habrían cabido debajo al menos cuatro personas. Luego, le siguió un zapato brillante, elegante, seguramente, hecho a medida.

Y el cuerpo de esa persona apareció delante de Max.

Sus temores, en parte, se esfumaron. La cara del Grieco no se presentó debajo del paraguas. Esa cara de cerdo y llena de granos que se repetía en sus pesadillas no estaba delante de él.

En su lugar, un hombre con un rostro más jovial y sereno.

No parecía un sicario, *a priori*. Pero en Akeron City, los pistoleros no se sabía nunca qué escondían detrás de un rostro limpio.

Tenía poco pelo, una mirada afilada, unos ciento y pico kilogramos por un metro sesenta de alto. Traje y corbata, con pañuelo blanco.

Se quedaron observándose con detenimiento. Sus miradas provocaron chispas.

El individuo se acercó.

Max apretaba cada vez más fuerte el revólver, apuntándolo hacia el hombre, sin que este se percatara.

Como moviera un dedo más de la cuenta, estaría muerto. La bala atravesaría la manta y acabaría con ese hombre.

—Inspector Max Wolf, encantado de conocerle —dijo con tono profundo—. Baje el arma, vengo en son de paz.

Al escuchar esas palabras, Max se quedó perplejo. ¿Cómo sabía que tenía una pistola?

No era muy difícil pensar que un hombre en una calle del distrito sur fuera armado.

—Tenemos una amiga común que está sufriendo unos… problemillas. Suba a mi coche y se lo explicaré.

17

La limusina era más oscura que la noche en la calle del distrito sur.

Se había sentado en el asiento que daba al cristal que separaba al conductor de los pasajeros.

Este estaba cerrado, así que el chófer no podía escuchar la conversación.

En ese interior lujoso, había unos dos metros de distancia entre Max y el individuo, al que le costó un buen rato convencerlo para que subiera.

El hombre sacó de un cajón un puro y lo encendió.

Cuando el hombre se acomodó en el interior, un gato se sentó en su regazo.

Apagó la cerilla y la tiró en un cenicero del reposabrazos.

—¿Quiere uno? —preguntó el hombre.

—No, gracias, no fumo.

—Muy sano, aunque no sé si es peor dormir en la calle o fumarse de vez en cuando un puro.

—¿Qué quiere? —espetó Max—. ¿Y cómo se llama usted?

El hombre dio unas caladas para que la combustión fuera homogénea en todas partes.

—Quiero algo que usted también quiere, exinspector —dijo con tono misterioso—. Como le decía antes bajo la lluvia, nuestra amiga común, Emma, ha tenido un percance. —Max arrugó el ceño—. Hace días que no la ve, ¿verdad?

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? ¿Qué le ha hecho? —dijo, sacando la pistola y apuntándolo.

—Eh, eh. Poli, baje el arma. Lo he dejado entrar en mi coche con ese revólver con la condición de que no lo usaría. Tenemos un trato.

—Quiero saber dónde está Emma.

—Baje la pistola y se lo diré. Usted era un hombre de ley, cumple sus promesas —afirmó el hombre del puro.

Max dejó ir hacia adelante el martillo y se guardó la pistola.

—Emma ha sido arrestada por asesinato.

—¿Emma? ¿Asesinato? ¿A quién ha mata…? —dijo sin acabar la frase.

De repente, su rostro se entristeció y sus cejas se enarcaron hasta casi tocarse.

—No. Aquí está el problema, inspector. Yo creo que Emma no ha matado a nadie.

—¿Y cómo lo sabe? —dijo Max, y entonces levantó la voz—. ¿Pero quién demonios es usted?

El hombre misterioso esperó un segundo antes de contestar. Dio un par de caladas al puro y, viendo que en el vehículo se estaba formando una fina niebla por la combustión del tabaco, activó un pequeño ventilador que expulsó el humo.

—Me llamo Michael Corvo. Represento a los Corvino, una organización con ánimo de lucro. Supongo que habrá oído hablar de nosotros, ¿verdad?

El coche se había detenido. Max había perdido la orientación, pero creyó que tenían que seguir muy cerca de dónde lo habían recogido.

—Usted… es… el mafioso más buscado de la ciudad y viene aquí a rostro descubierto… a mí —gritó, casi jadeando.

El mafioso dio otra calada.

—Cálmese, Max. Usted y yo no somos tan diferentes. Los dos no existimos, nos ocultamos y no hemos hecho nada malo, ¿verdad? —espetó en un tono convencido, muy seguro de sí mismo.

Max no supo qué responder. En su interior, temía que ese hombre, en esa extraña reunión, tuviera más razón de la que creía.

Ese silencio lo tomó el mafioso como una afirmación.

—Bien. Ahora tiene que saber lo siguiente: Emma estaba trabajando para mí. Estaba recabando información valiosa, muy sensible, que a alguien le habría perjudicado mucho.

—¿A quién?

—A alguien que conoce muy bien.

—El Grieco. —El mafioso no contestó—. ¿Qué tiene que ver el Grieco con Emma?

—Lo que le decía, estaba averiguando cosas y supongo que quisieron enviar un mensaje.

—¿Qué le han hecho?

—Por lo que me han dicho mis informadores, la poli la ha encontrado disparando a su padre.

Max sacudió la cabeza.

—¿Qué? Pero si quería a su padre…

Michael se rascó justo detrás de una oreja.

—Bueno, yo diría que lo respetaba, no que lo amaba. O, mejor dicho, lo temía.

—Pero nunca lo habría matado.

—En esto estamos de acuerdo.

—¿Cómo puede ser que hayan encontrado a Emma disparando a su padre?

—Es todo muy confuso. No hay una noticia oficial. Ya sabe, el comisario está en la lista de los sueldos del Grieco y quería meterlo a usted también en nómina —dijo el mafioso mientras Max bajaba la cabeza—. Tiene todo mi respeto. No todo el mundo habría hecho lo correcto.

—Correcto según quién. Pero, entonces, ¿qué pasará con Emma?

El hombre miró al gato y lo acarició. Era como si ese felino estuviera inmunizado de tanto humo que expulsaba su dueño. Pero desde que había activado la ventilación, ya no llegaba al otro lado del vehículo.

—La declararán culpable en primer grado y la sentenciarán a cadena perpetua. Saldrá en veinticinco años con buena conducta.

—Pero eso es injusto.

—¿Usted me lo dice, Max? ¿Qué es justo en esta ciudad?

—¿Por qué ha venido a buscarme? —dijo con ímpetu.

—Porque creo que es el único que puede ayudarla.

—Ya no soy policía.

—Precisamente por eso, ella confiaba en ti.

De repente, el rostro de Max se entristeció. Emma confiaba en él, ¿cómo podía ser cuando ni él confiaba en sí mismo?

Sintió una aguja en el corazón, una presión en el esternón que le oprimía el pecho y el vientre. Emma estaba en apuros. ¿Qué se esperaba de él? ¿Que volviera de la tumba para ayudarla?

Eso era una locura.

—No puedo ayudarla. Ha perdido el tiempo.

El mafioso afinó la mirada y su rostro se iluminó de rojo vivo. Al respirar, las brasas del puro se encendieron, haciéndolo parecer el villano de alguna película.

—Es una lástima, Max. Porque sé que Emma lo ayudó en alguna que otra ocasión. Lo ayudó hace un tiempo con el tema del Grieco. Y ahora que ella necesita ayuda, ¿le da la espalda? Además, seamos sinceros, ¿qué más cosas tiene que hacer en esta maldita ciudad? —afirmó con el puro entre los dientes.

Max pensó que, si Emma estaba vinculada con los Corvino y él la ayudaba, se convertiría automáticamente en un colaborador de la mafia.

Le planteó al mafioso ese razonamiento.

—Bueno, si lo ve así, en cierta manera sería cierto, pero no quiero que trabaje para mí. Solo quisiera que ayudara a una amiga en común. Y, además, si está muerto… —dijo con una sonrisa malévola—, qué más le da con quién está trabajando para sobrevivir.

—A mí no me da igual. Pero si el trato es solo eso, ayudarla, entonces me lo pensaré —afirmó Max, como si él tuviera el control de la situación.

El mafioso movió el índice de un lado al otro.

—No, Max, no tiene que pensarlo. Tiene que hacerlo. El fiambre lleva demasiado tiempo en la nevera. Como se pase de tiempo, las posibles pruebas desaparecerán —advirtió, y se sentó en la punta del comodísimo asiento de piel, alargando un sobre hacia el expolicía.

Faltaba un metro y el mafioso no tenía intención de moverse más.

—¿Qué es?

—Esto es un sobre, lo necesita.

—Estoy en esta situación por un soborno, no quiero su dinero.

—Ya no es poli y esto es una provisión de fondos por su trabajo, además de la documentación de una identidad nueva. Necesita comer, cortarse el pelo, arreglarse la barba si la quiere llevar así para que no le reconozcan. Pero la higiene personal no puede descuidarla. Dúchese, cómprese ropa limpia, tiene mucho trabajo por delante —dijo Michael Corvo, y acabó alargando lo último—. Y poco tiempo.

Max se levantó y cogió el sobre. Se sentó y se lo metió en el bolsillo. Por el peso y la experiencia en la incautación de dinero de las bandas que había capturado, en ese sobre podía haber lo que un agente de policía cobraba en un mes.

De repente, el estómago le habló con un rugido que despertó su conciencia; necesitaba comer lo antes posible.

—¿Cómo me puedo poner en contacto con usted? —preguntó Max.

El otro hombre sonrió.

—No se preocupe, yo le encontraré cuando necesite algo.

18

Al día siguiente, Max no parecía el mismo de la noche anterior.

Distanciaba mucho del Max de antes de morir, pero era mucho más aceptable que el de la noche antes.

Había decidido ayudar a su amiga Emma. Le debía una y, al final, montar guardia delante de su casa esperando a que pasara algo que no pasaría era una pérdida de tiempo.

Solo valía la pena por ver a sus dos mujeres pasar por la mañana para ir al colegio. Nada más.

Había conseguido ducharse, dormir en una pensión y cortarse el pelo. Cenar algo caliente y permitirse el lujo de un desayuno completo: huevos, beicon, pan caliente y un café de primera.

Una vez recuperadas las fuerzas, fue a buscar a la única persona que podía ayudarlo.

La opción de entrar él en la comisaría con un disfraz o una peluca estaba descartada. Por complicado, además de un suicidio. Lo podrían meter en la cárcel y, si se enteraba el Grieco, lo cogería y lo mataría de verdad. Esa estrategia estaba descartada.

Durante la mañana, pensó que solo podía confiar en una persona y que era la única opción que tenía.

Cogió el bus hasta el distrito norte.

Mientras llegaba a su parada, se dio cuenta de que había olvidado el perfume de la ropa limpia y de ir bien duchado. Le gustaba sentirse así de nuevo.

Bajó en una zona que era un polígono industrial y que estaba en la jurisdicción de la comisaría donde él trabajó tantos años.

Caminó por la acera mientras los coches y las furgonetas pasaban a su lado a toda velocidad. Bajó por la carretera principal hasta una explanada donde había un pequeño quiosco de perritos calientes.

A pesar de no tener hambre, el olor de esas guarrerías con cebolla y salsas al gusto le abrieron el apetito.

Esperó más de tres horas. Dio las gracias a la providencia por que ese día Akeron no se había despertado bajo la lluvia.

Vio pasar muchas patrullas de policías que se detenían para comer algo y algunas se iban corriendo con las sirenas encendidas. Recibían una llamada urgente, lanzaban la comida en un cubo y desaparecían dejando solo una polvareda como estela.

Hasta que llegó la persona que esperaba.

Esta bajó del coche. Siempre iba solo. Había ganado unos kilos de más, seguramente, abusaba de ese tipo de comida rápida. Mucho trabajo y poca vida personal.

Se acercó a la barra del quiosco y pidió. A los pocos minutos, estaba comiendo en la barra un perrito doble con todo tipo de guarrería extra. Fue bebiendo el refresco de cola grande mientras consultaba el móvil.

Cuando acabó, pagó y entró en el coche.

Una vez la puerta estuvo cerrada, soltó un eructo de campeonato, total, nadie le oiría.

Arrancó el coche, un viejo Frontier Titan, y metió la marcha atrás.

Miró por el retrovisor y vio la figura de una persona.

Al darse cuenta, soltó un grito.

—¿Quién coño eres? —gritó mientras sacaba la pistola.

La persona se quedó quieta, inmóvil y callada.

El inspector de policía se giró apuntando.

Cuando entendió que esos ojos los conocía, la pistola le tembló. Estaba acostumbrado a tratar con criminales y asesinos, pero con los

fantasmas no. En la Lombroso, no te enseñaban cómo sentirte, cómo dominar ese miedo, qué hacer al respecto.

Los fantasmas no existían, sin embargo, delante de él estaba la figura viviente de Max, su viejo compañero.

Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero no consiguió pronunciar palabra, no sabía si era verdadero o una alucinación.

—¿Cómo estás, Jensen? —preguntó el espectro.

—No puedes estar vivo. Yo fui a tu funeral.

—Me gustaría decirte que he vuelto de la tumba para solucionar un tema, pero la verdad es que nunca he pisado el inframundo —dijo, serio.

—Max, ¡estás vivo! —dijo con incertidumbre, con un tono que variaba entre la tristeza y el asombro, de la felicidad al cabreo—. ¿Estás vivo?

—Guarda el arma, Jensen. Necesito explicarte muchas cosas —afirmó Max—. Vamos a un lugar tranquilo y… —suspiró— te explico qué pasa. Y…

—¿Y?

—Necesito un favor.

—¿Has venido del otro barrio por un favor?

—Más o menos. Arranca, tenemos trabajo —ordenó Max, y el otro inspector arrancó el coche y se puso en marcha.

19

Encontraron un lugar apartado.

Una cafetería de carretera con solo camioneros extranjeros de paso y que no los reconocerían.

Se sentaron en una mesa del fondo, apartada del bullicio de los ruidosos clientes.

Pidieron unos platos combinados generosos y unos cafés.

A pesar de que llevaban una hora hablando, al compañero aún le costaba creerse tenerlo delante.

Max le explicó cómo estaba vivo, a quién habían enterrado de verdad y cómo había sucedido todo.

A Jensen le dio igual haber comido unos perritos calientes, su voracidad demostraba que tenía un buen estómago.

—No me hubiera imaginado nunca volver a verte, pero me gusta.

—Ya, ni yo, Jensen.

—¿Has pensado volver a ver a tu familia?

—¡No! Ellas no saben nada y tienen que seguir sin saberlo. He contactado contigo porque sé que puedo confiar ciegamente en ti. Tienes que prometerme que no les dirás nada, ¡prométemelo!

Al compañero no le gustó esa actitud, esa promesa, esa manera que tenía de hacerlo todo.

—Pero, Max, son tu familia.

—Te lo he explicado, el Grieco… —dijo, y se dio cuenta de que hablaba demasiado alto—. No lo perdonaría, ni a mí ni a ellas.

El policía sacudió la cabeza. No quería escuchar nada de eso.

—No te daré muchas opciones, solo pedirte que me ayudes.

—Sabes que siempre te he ayudado —dijo, resignado.

—Lo sé, por eso estoy aquí. La chica está en apuros. Creo que la han metido en un lío con su padre.

—La tal Emma.

—Sí.

El inspector bajó la mirada.

—¿Qué pasa?

—Conozco el caso.

—¿Qué sabes?

—Nada en concreto, solo que es un caso turbio. Lo lleva el comisario en persona.

Max se reclinó en el asiento y torció la boca.

—Lo suponía. ¿Cómo puede ser que aún siga en su puesto? Ese corrupto hijo de perra —gruñó Max.

—No lo sé. Todo está podrido. Los idealistas como tú ya no existen, se los cargan en menos de lo que canta un gallo.

—No tiene sentido. La gangrena está metida muy hondo en nuestra ciudad. Policías como tú… necesitaríamos más.

—Eso no podemos cambiarlo, pero sí luchar con lo que esté a nuestro alcance —respondió Jensen.

—Necesito que me ayudes a desenmascarar lo que le han hecho a Emma —dijo Max.

—¿Y qué pretendes que haga?

—Necesito que vayas a la escena del delito. Que la observes tú. Y necesitaré ver el informe policial del caso.

—Eso es imposible, tendrías que entrar allí y todos te conocen.

—Por eso tendrás que sacarlo.

—¿Cómo? —espetó Jensen.

—Sí. Aparcarás el coche dentro y subirás a buscar el informe, me lo bajarás al aparcamiento y lo leeré, cogeré apuntes y lo devolverás sin que nadie se entere.

—Eso es más peligroso de lo que parece.

—Lo sé, pero hay que hacerlo y tú eres la única persona capaz.

Jensen se cubrió la cara con las manos mientras negaba con la cabeza.

—¿Por qué me haces esto?

—Yo no te hago nada —dijo, y levantó el vaso de café—. Por los viejos tiempos.

El compañero no estaba muy convencido. Su rostro era el de alguien que acababa de hacer un pacto con el diablo.

Levantó el vaso y brindaron.

—¿Recuerdas aquel caso en el que el único testigo era un loro? —dijo Max.

—Sí, claro. Era el único testigo de un homicidio.

—Que soltaba más tacos que lo que hablaba —afirmó Max.

—Sí y, cuando lo llevé a testificar en el juicio, nos meábamos de risa cuando empezó a llamar gilipollas a los abogados y mamarracho al juez —puntualizó Jensen.

—Viejos tiempos… —dijo con aire de nostalgia Max.

—¿Y te acuerdas cuando te empeñaste en que habías encontrado al más famoso traficante de Akeron y lo perseguimos? Y resultó ser uno de los primeros repartidores de *pizza* de la ciudad.

Los dos se rieron.

—Nos regaló dos margaritas… —dijo Max.

—Pero estaban frías, amigo.

Se quedaron mirándose los dos con una sonrisa tonta alimentada por los viejos recuerdos.

Después de quedarse unos instantes más en silencio, el inspector Jensen bebió el último trago de café.

—Vamos, Max. Tenemos trabajo. Si quieres ver el informe pericial de Emma, tenemos que espabilarnos, ahora es el cambio de turno y el parquin estará vacío.

20

El Titan entró en el recinto policial.

La vieja comisaría de la policía del distrito norte necesitaba unos arreglos urgentes. La futura construcción de una comisaría nueva, más moderna y más grande, podría responder a toda la criminalidad emergente en la ciudad.

—Quédate agachado, Max, ahora pasamos por la barrera de seguridad —murmuró Jensen sin girarse hacia atrás.

—Tu coche es incómodo aquí atrás —susurró el expolicía, cubierto por una manta oscura que lo mimetizaba con la tapicería de falso cuero.

—Es el mismo que tenías tú, amigo, pero creo que nunca te habías sentado en los asientos traseros —afirmó mientras entraba en el parquin subterráneo y los neumáticos chirriaban por la superficie seca.

Mientras que Jensen pensaba que eso era una locura y que lo podían expulsar del cuerpo, atrás, Max recordaba el día que Freddy saltó por su parabrisas. Emma viajó esa noche bastantes kilómetros en el maletero con la esperanza de ayudarlo, jugándose la vida.

Jensen detuvo el coche y sacó las llaves del contacto. Había aparcado en una posición desde donde se veía la puerta de acceso al edificio y lo más alejado de ella, contra la pared opuesta.

—Bien, estamos dentro. Un problema menos. Quieren construir una comisaría nueva, ¿sabes? —comentó mientras miraba hacia delante, donde estaba la puerta de acceso al edificio.

Si alguien lo hubiera visto desde fuera, habría pensado que Jensen se había vuelto majara y que había empezado a hablar solo.

—Bien por vosotros, yo estoy muerto —respondió sin quitarse la manta—. A mí me da igual.

—Dicen que la nueva comisaría tendrá unos sistemas electrónicos y de seguridad de última generación.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que no habríamos podido hacer esto, amigo —concluyó, y abrió la puerta—. Quédate aquí.

Bajó del coche.

Cogió el ascensor para subir al segundo piso. Cuando se abrieron las puertas, la baranda de la comisaría apareció delante de sus ojos.

Jensen fue caminando hacia su escritorio.

Los teléfonos y las máquinas de escribir echaban humo. Había mucho revuelo esa tarde.

Cuando se sentó en su silla, encontró muchas notas de personas que lo habían llamado. No las miró, solo las apartó. No había acudido allí por eso, sino para una misión mucho más peligrosa.

Se quedó pensando cómo demonios hacerlo. Había pensado en el procedimiento, pero no tenía un plan claro.

Así que suspiró y buscó un chicle. Abrió el cajón y, en medio del desorden que había en él, encontró la cajetilla. Eligió uno de fresa y cerró el cajón.

Entonces fue a buscar en el mueble de atrás la carpeta del caso en el que estaba trabajando. Sacó los papeles y los metió en una carpeta nueva, sin nombre. La guardó en el armario y se quedó con la que ponía el nombre del caso que estaba investigando.

Se alegró de que no estuviera su compañero. Este tenía su escritorio enfrente del suyo y lo habría entretenido con preguntas de todo tipo sobre algún partido de fútbol o sobre alguna mujer de aspecto agradable que habría visto esa mañana.

Jensen se levantó y fue a por lo que buscaba.

Entró en un despacho de archivadores con copias de todos los casos. Una copia se depositaba en el archivador y otra la tenía el

investigador que llevaba el caso.

Buscó a paso rápido el archivador según la clasificación que hacían.

Tiró del cajón de casi un metro de largo.

Fue pasando las carpetas, una por una, hasta encontrarla.

Abrió la falsa carpeta que sostenía y metió dentro todos los documentos, dejando en su sitio la carpeta original del caso de Emma. La dejó vacía.

Cerró el cajón y rezó, ahora venía la parte más importante.

Salió del archivador y, en cuanto puso un pie en el pasillo, se encontró de frente a la última persona que quería encontrarse.

—Jensen… —espetó con autoridad mientras lo miraba hasta los pies—. ¿Qué hace aquí? ¿No debería estar con el atraco a la gasolinera que le he asignado esta mañana?

El inspector tragó saliva. Ese hombre era la peor persona de ese lugar y justo se la había encontrado.

Su jefe y la persona más corrupta del edificio: el comisario.

Temible, arrogante y feo.

—He venido a por unos papeles sobre el caso —dijo mientras enseñaba la carpeta.

El comisario miró la portada de la carpeta. En ella ponía el nombre del caso del atraco a la gasolinera. Eso no lo había hecho nunca antes, hablarle fuera del *briefing* o de su despacho, menos aún mirar qué llevaba. Seguramente, ese viejo perro olía el miedo en Jensen.

Al ver el nombre del caso, el comisario continuó por el pasillo sin decir nada más.

Jensen no imaginaba qué le habría pasado si lo hubieran pillado. Él era un tipo serio y fiel, hacer eso era como una traición a la ley.

Suspiró y se sintió aliviado, pero la misión no se acababa allí.

Fue directo a las escaleras y bajó las tres plantas caminando.

Entró en el coche y Max salió de su guarida. Al levantarse, quedó escondido por la cabeza del mismo conductor.

—¿Qué tenemos?

—Casi me pilla el comisario.

—¿En serio?

—Y creo que ha intuido algo. No sé. Date prisa.

—Ese hijo de perra no encontraría su culo ni aunque lo tuviera delante —espetó Max.

Cogió la carpeta, la abrió y empezó a leer con voracidad.

21

Las hojas pasaban mientras Jensen se ponía cada vez más nervioso.

—Lo suyo sería que tuviera una copia de esto.

—Ya bastante con que lo puedas ver —replicó el inspector.

—Creo que me quedaré con unas hojas, esto es más serio de lo que creía.

—¡No me jodas, Max! No tengo tu corazón, el mío es más débil, ¿quieres que me muera de un infarto o qué? —espetó el policía.

Max memorizaba todo lo posible e iba apartando las hojas importantes.

Miraba las fotos del arresto y del cadáver.

Incluso había una copia de la ficha penitenciaria de Emma de cuando entró en prisión.

Había pasado algún tiempo y ya era una mujer. Las dulces facciones de su rostro habían tomado las pronunciadas y anguladas del rostro de la madre. Tenía el pelo largo, rímel en el perfil de los ojos y una expresión abatida.

Sintió la urgencia de ayudarla y de llevársela de donde la habían metido de forma injusta.

—No puede ser que la hayan cogido con la pistola en las manos.

—No sé a qué te refieres.

—El informe dice que la policía entró en la estancia a causa de los disparos y que la encontraron sujetando la pistola.

—¿Justo estaban allí?

—Se ve que sí.

—Todo un teatrillo que ha montado el comisario.

—Shhh, no grites, por el amor de Dios.

—Si han hecho esto con Emma, vete a saber con cuánta gente más.

Jensen se pasó una mano por la cara, en parte por la posibilidad de que esas injusticias fueran algo habitual en el *modus operandi* del comisario. Haberse convertido en un súbdito del mafioso más temido de la ciudad lo hacía un mafioso legal y, en consecuencia, igual o peor que el otro.

—¿Te das cuenta de la gente que puede haber sufrido este tipo de abusos e injusticias? —dijo Max, y siguió con el dedo la línea buscando un nombre—. Los agentes Figo y Hastrich. ¡Cómo no! Los lameculos más lameculos de la comisaría. Estos dos son los perros falderos del comisario. Me apostaría la mano derecha a que el Grieco los tiene en nómina.

—Eso es decir mucho, amigo.

—Cuando todo esto se haya acabado, mira todos los casos que estos dos tipos han llevado y verás que han sido ellos los que hacen el trabajo sucio para el comisario y el Grieco. Me juego lo que quieras.

—Max, no estamos aquí para vengar el mundo. Te he dicho que te ayudaré a resolver este caso, nada más. Tengo que comer de alguna manera. Me gusta mi trabajo y no quiero perderlo —insistió el inspector—. Apresúrate. Tengo que devolver eso.

Max lo miró por el retrovisor y le apoyó la mano en el hombro.

—Gracias, amigo, pero tendremos que ir a ver a Emma.

—¿Qué? —gritó—. ¿Estás loco? Tú no puedes entrar en una cárcel estatal, te van a pillar.

—Esos compañeros, por lo que cobran, yo creo que ya bastante hacen. Ni se van a enterar.

—Ni hablar —se negó, tajante.

Max suspiró, bajó de nuevo la vista a los documentos de la autopsia. Miró el cuerpo, las balas y todo el resto de información. El

informe era escueto. Pocas veces había visto uno así. Rápido y superficial.

Mientras se movía por esas páginas, sintió una vieja sensación olvidada. Ese trabajo, su trabajo, le encantaba. ¡Cómo se había precipitado todo y se había alejado de lo que más le gustaba hacer en su vida! Perseguir ladrones, meter entre rejas a asesinos, estudiar casos y resolver enigmas.

Eso era lo que le gustaba.

Alargó el momento para sentir ese placer que no cataba desde hacía años.

Cuando volvió de nuevo en sí, sintió como que el tiempo se apresuraba. Le había dicho a Jensen que quería ver a Emma, pero antes tenía que hacer una cosa más importante.

El tiempo pasaba y las pistas en un cadáver desaparecen rápido.

—Este informe del forense Sergi Morad no me cuadra.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que buscar un forense que nos haga una autopsia de contraste.

—¿Un forense? —preguntó Jensen—. ¿Dónde está el cadáver?

Max lo buscó en los papeles.

—En la morgue del distrito norte —afirmó.

—Bien, tengo a un contacto si quieres.

—¿Qué contacto?

—Un forense nuevo, parece un buen profesional. He trabajado con él en un par de casos. Es nuevo y tiene ganas de hacer las cosas bien hechas. Bueno, eso me pareció hace unos meses, quizá lo han infectado con el virus Grieco y ya está perdido.

Max se rascó la cabeza y cerró la carpeta.

Se la acercó al inspector.

—Tendremos que jugárnosla —afirmó Max.

Jensen tosió un par de veces.

—¿Y esos papeles?

—No me fastidies, amigo. De esto no se va a dar cuenta nadie. Son importantes, son unas páginas de nada.

—Me van a cortar los huevos.

—Son unas páginas del fichero del archivador que nadie consulta. No me vengas con ideas conspiranoicas. ¡Venga ya!

Jensen cogió la carpeta y refunfuñó algo que Max no entendió. Salió del coche y desapareció detrás de la puerta de acceso.

Max miró las hojas que había guardado. Una era el informe forense, otra, la ficha de Emma. Le gustaba tener su foto consigo. Era como si la tuviera más cerca.

Esperó a que regresara Jensen. En su rostro, se podía entrever que todo había ido bien.

Arrancó el coche y esperó a que Max se escondiera debajo de la manta.

Antes de acelerar, Jensen suspiró.

—Rumbo a la morgue y que Dios no coja confesados —dijo, rindiéndose a lo que se les venía.

22

Jensen aparcó detrás del edificio.

Entró y pidió hora con el forense nuevo, el joven.

Margarita, la recién incorporada secretaria del edificio, se lo quedó mirando.

—Inspector, ¿tiene cita con el forense Merrell? —espetó ella.

El policía tragó saliva y se acercó. Apoyó el brazo en el mostrador de madera negro y se asomó a su espacio de trabajo.

Ella retrocedió, invadida por la visita.

—Déjeme decirle que ha aprendido muy bien de su predecesora.

—No me haga la pelota, inspector Jensen —respondió ella con esa perspicacia que se usa como arma de defensa.

—Se lo digo en serio. ¿Cuánto hace? Poco más de un mes que Loren se jubiló y ya está llevando este centro como si fuera ella. Mi enhorabuena.

—No lo voy a dejar pasar, aunque que me haga la pelota, ¿me ha entendido?

Jensen sonrió mientras sus neuronas, como los electrones que giran alrededor de un núcleo, buscaban una solución.

En ese momento, sonó el interfono interno.

—Margarita, que nadie me moleste, empiezo una autopsia. —Se oyó desde el altavoz.

Reconoció la voz, era justo él.

Se miraron a la cara. En los ojos de Margarita, se vislumbraba el desafío con el policía.

La protectora del feudo de los forenses.

Ya se sabe, cuando alguien joven llega a un nuevo trabajo, tiene más fuerza, ímpetu, ganas de respetar y hacer respetar las normas.

Ella apretó el botón y se acercó al micro que sobresalía, sin dejar de mirar al policía.

—Está bien, Fosco, así haremos —dijo ella.

Pero antes de que soltara el botón del interfono, el policía lanzó un mensaje para él.

—Fosco, necesito hablarte, es importante —dijo, aunque la mitad de la frase no le llegó, porque ella ya había levantado el dedo del botón.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, demostrando rabia.

—¿Pero cómo se ha atrevido! ¿Es que no sabe respetar las reglas, Jensen? —gritó.

El interfono volvió a escucharse.

—Margarita, ¿quién es?

El inspector sonrió e indicó el lugar de donde venía el audio.

—Por favor, conteste o, mejor, ¿me permite responder a mí?

Ella no le dijo nada.

—Es el inspector Jensen, necesita hablar contigo, pero le he dicho que, sin cita, estás ocupado —dijo con retintín.

—Sí, cierto, muy ocupado.

—Es muy urgente, Fosco, solo serán cinco minutos —pidió Jensen.

Margarita llevaba una camisa blanca con un collar de perlas. Se le veía el cuello y un buen escote. Al añadir esa frase Jensen, la vena del cuello de la mujer empezó a hincharse de una forma peligrosa, mientras que su rostro tomaba un potente color rojizo.

—Está bien, Margarita, déjalo pasar.

Ella se alteró aún más.

—Pero, Fosco, que venga otro día, ¿no crees? Tienes que hacer una autopsia.

—No pasa nada por cinco minutos. Si está aquí, que pase.

Ella bajó la mirada y tecleó con fuerza empujando las teclas de la máquina de escribir.

—Ya sabe el camino —añadió sin despegar la vista del folio en blanco.

Jensen dio un paso hacia un lado, pero cambió de opinión. Se apoyó en el mostrador y dijo con voz amable:

—Gracias, es muy importante.

La mujer hizo caso omiso de sus palabras.

Entonces él atravesó el pasillo que comunicaba las distintas salas. Tocó en la número dos y una voz del otro lado le indicó que pasara.

Jensen entró en la estancia oscura. Solo había dos puntos de luz, uno que enfocaba un cadáver en una mesa y otro mucho más pequeño en el escritorio.

Fosco Merrell estaba de pie, esperándolo. Llevaba guantes, una mascarilla y una bata impoluta, o por lo menos así parecía con esa poca iluminación.

—Inspector Jensen, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Fosco.

El poli cruzó la estancia que olía a lejía y fue a darle la mano.

Fosco indicó que llevaba guantes y que no podía estrechársela.

—Perdón —dijo Jensen—. Nunca me acuerdo del tema de la esterilización.

Fosco miró el reloj.

—No tengo mucho tiempo. ¿Qué necesitas?

—Sí, claro. Mira… —dijo, y se rascó la cabeza, sin saber por dónde empezar.

Había pensado cómo arrancar esa discusión de varias maneras, pero no se acordó de ninguna. Titubeó y se puso aún más nervioso al ver que Fosco se ajustaba los guantes.

—¿Qué te pasa, inspector? ¿Ha muerto alguien?

—No. Bueno, sí, pero quiero decir, no de mi alrededor, ¿sabes?

—No, no entiendo.

Jensen respiró hondo e intentó calmarse.

—Vamos a ver, lo que quiero decir es que tengo un problema y necesito explicártelo.

Fosco levantó las cejas y encogió los hombros.

—Te estoy escuchando.

—Bien, gracias. Tengo un amigo que ha tenido un problema.

—¿Un amigo?

—Bueno, no precisamente. No es un amigo.

—No es un amigo —rectificó Fosco.

—No, o sea, sí, es un amigo. Pero…

Fosco empezaba a impacientarse.

—¡Jensen, qué quieres decirme! —espetó.

El policía lo miró con algo de pena, sabiendo que lo que le diría no le gustaría.

—Alguien ha realizado una autopsia amañada y necesitamos tu ayuda.

—¿Dónde? —preguntó, sorprendido.

—Aquí.

—¿En esta morgue?

—Sí.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo?

Jensen se acercó y le dijo casi susurrando:

—Necesitamos que alguien haga una segunda comprobación.

Fosco arrugó la frente y se cruzó de brazos.

—No cuentes conmigo, inspector, no pienso ir en contra de ningún médico de este centro. No quiero enemigos en mi vida.

23

Jensen no consiguió convencerlo después de casi veinte minutos, pero había conseguido algo mejor.

Siguieron el pasillo en dirección contraria a la recepción.

Abrieron la puerta que daba a la zona de carga y descarga del edificio, por donde metían los cadáveres que procedían de una escena del delito o por donde los servicios funerarios retiraban los cuerpos de los muertos.

El tiempo había cambiado de repente, habían regresado unos nubarrones que traían lluvia. Y con la lluvia, se había hecho casi de noche. De la nada, apareció la figura de Max.

Se sacudió la lluvia de su anorak y se presentó a los dos hombres bajo el tejadillo que los protegía de la intemperie. Entró en el halo de luz que desprendía la bombilla de la puerta que facilitaba las maniobras de los operarios.

Fosco miró a los ojos de Max y viceversa.

Se quedaron así unos segundos, sin decirse nada.

Fosco se quitó el guante y le estrechó la mano. Luego, le indicó que pasara.

Regresaron a la morgue número dos en silencio.

Fosco guardó en una nevera el cadáver que tenía en la mesa.

Había un aire misterioso en el ambiente. Entendió que esa situación no le llevaría a nada bueno, pero algo le dijo que tenía que, por lo menos, escucharlos.

—Gracias por atendernos.

—Vayamos al grano, ¿por qué habéis venido?

Max se giró hacia el amigo, pensando que ya lo había informado.

Max no sabía en qué punto de la historia tenía que empezar a explicárselo y con qué grado de confianza. Podía ser un joven idealista u otro policía corrupto en la lista de los que cobraban del Grieco.

No tenía ni idea de las consecuencias que conllevaría esa conversación, pero si Jensen confiaba en él, entonces él también lo haría.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fosco.

—Eso da igual.

Fosco miró al inspector.

—¿Has metido a un criminal en mi casa? Con lo que me ha costado llegar hasta aquí, no quiero problemas.

—No, escúchalo. No es un criminal ni un mafioso, es un ex…

—Soy un buen amigo, tengo una pregunta para ti, Fosco —interrumpió, y dejó a los dos sin palabras—. ¿Cuánto quieres a esta ciudad?

Fosco se calló y arrugó el ceño. La pregunta lo sorprendió tanto que casi las dos cejas se tocaron.

—Soy médico forense, podría haber sido cualquier cosa: cirujano, neurólogo, cardiólogo, veterinario. Pero hago esto por vocación.

Max asintió.

—Me temo que se ha cometido una injusticia en esta morgue. Una injusticia que aleja de donde queremos que esté un día Akeron City. Yo reconozco a los hombres que quieren que este lugar sea mejor. Que sea un lugar mejor para nuestros hijos, ¿me entiendes?

Fosco no se pronunció.

—Los Grieco se están haciendo con la ciudad, ¿en qué bando estás, Fosco Merrell?

—Esto es una trampa, ¿eres de Asuntos Internos? ¿O eres de los Grieco?

—Menuda gilipollez —dijo Jensen, haciendo un movimiento en el aire con la mano.

—Fosco, necesito tu ayuda —dijo Max.

—No me has contestado.

—No —afirmó con decisión.

Entonces, Max sacó los papeles y los dejó en la mesa de un manotazo.

—Esto ha sido un complot, una tapadera, una puesta en escena pagada por los Grieco, y mi amiga ha pagado el pato. Necesitaban un chivo expiatorio y enviar un mensaje. Y lo han conseguido con la ayuda de… —dijo Max, y puso el dedo en la firma— Sergi Morad.

Fosco se pasó la mano por el pelo.

—Sergi Morad es mi compañero, de la morgue uno.

Max estaba atento a todo lo que hacía Fosco para ver si estaba fingiendo o, al contario, era sincero como pensaba Jensen.

—Me temo que sí.

Fosco rio de forma nerviosa mientras lo apuntaba con el índice.

—Es una trampa, ¿verdad? Es la novatada que no me hicieron y que no han parado de avisarme —dijo, y miró por fuera de la puerta buscando a Sergi Morad.

—Fosco, es cierto, necesitamos tu ayuda —insistió Max.

Fosco se dirigió a su escritorio para llamar a la secretaria, pero Max, con dos movimientos rápidos, cogió el teléfono y a él lo levantó dos dedos del suelo agarrándolo por la bata.

—No es una broma, Fosco Merrell. Mi amiga está en la cárcel por ese excremento de la sociedad y eres la única persona que puede ayudarme, ¿me entiendes? —dijo Max con los ojos salidos por el esfuerzo y por la rabia de no ser tomado en serio—. ¿Me crees?

Fosco asintió, Max lo dejó y volvió a tocar con los pies el suelo.

—¿Quién es? —preguntó Fosco tosiendo.

—Es una amiga, se llama Emma —dijo Max, y se acercó a la mesa donde estaban los pocos papeles que pudo quedarse—. Es ella. —Señaló la foto que aparecía en la ficha policial.

Fosco se acercó.

—¿Y qué es lo que te hace pensar que la autopsia no se ha hecho bien?

Max desplegó todas las hojas para que no quedase ninguna solapada.

—Recrea la escena. Una chica vuelve a casa y quiere matar a su padre con una pistola que nunca ha tenido. Dispara y de la puerta de al lado aparecen dos policías que la encuentran con la pistola en la mano y con sus huellas dactilares en el mango.

—¿Está todo aquí?

—Bueno, si te parece poco.

Fosco suspiró y se sentó en un taburete de hierro que tenía cerca de la mesa.

—¿Qué opinas? —preguntó Jensen.

—Es muy poco, ¿no os parece?

Jensen miró hacia el excompañero.

—La chica estaba descubriendo trapos sucios de los Grieco. Y suponemos que fueron ellos.

—Era más fácil matarla y hacer desaparecer el cuerpo —incidió Fosco.

—Cierto, pero era para mandar un mensaje. Nadie nos toca. Y encima quedará el estigma de la sociedad.

—¿Y qué debería hacer yo?

Jensen sonrió y se giró hacia a Max, que seguía con la misma expresión seria y perpleja.

—No quiero que tengas problemas, pero si pudieras comprobar que esta autopsia está bien hecha, me daría por satisfecho.

—¿Nada más?

Max encogió los hombros y levantó las manos.

—Solo eso.

Fosco chasqueó la lengua.

—¡Solo!, dice este. ¿Cómo te llamas? Por lo menos, dime eso.

Max negó y, después de haber cogido la hoja con la foto de Emma, se acercó a la puerta.

—Nos tenemos que marchar. Jensen, dejemos a este hombre que trabaje —dijo mientras indicaba la puerta con la cabeza.

El policía se levantó y junto a Max se fueron hacia la puerta. Max se detuvo unos metros antes al ver un póster colgado en la pared.

Le dedicó varios instantes a esa foto. El inspector ya estaba en la puerta y se dio cuenta de que no lo seguía su acompañante.

—¿Vamos? —llamó Jensen.

Max no contestó, solo apuntó al póster y miró a Fosco.

—Albert Einstein, ¿lo admiras? —preguntó Max.

Fosco, después de arrugar el ceño, muy extrañado por ese forastero sin nombre, se acercó a él. Luego, se giró hacia la imagen, una de las fotos más célebres del científico.

—Mucho, él cambió el mundo.

Max asintió.

—Cierto, ¿sabes que hay teorías que atribuyen sus grandes descubrimientos a su mujer?

Fosco arrugó aún más las cejas.

—No tenía ni idea.

—Mileva Marić. Dicen que fue la artífice de todo, pero en la Europa del siglo pasado, una mujer no podía ser el cerebrito de la familia. Una deshonra.

—No lo sabía —confirmó Fosco—. ¿Hay pruebas de ello?

Max sonrió.

—¿Pruebas? Infórmate sobre este asunto. Lo más clamoroso es que, desde que se divorciaron, Albert Einstein dejó de sacar teorías y conceptos innovadores. ¿Una coincidencia? No lo sé. Creo que no.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

—A que las mujer son mucho más importantes de lo que la sociedad nos quiere vender. Que son la salvación de esta ciudad y de nosotros mismos. Si es que una salvación aún es posible.

—No hace falta que me convenzas más. Voy a hacerlo.

—Gracias —contestó Max, y se dirigió hacia la puerta, pero algo en su mente desbloqueó un recuerdo—. Por cierto —dijo, dándose la vuelta de nuevo—, quizá conoces una frase que dice algo así como: «El mundo no será destruido por aquellos que hacen mal, sino por aquellos que observan sin hacer nada». —Fosco negó—. Pues

también es de este señor. Y la tengo grabada en mi mente, porque debería ser el lema de la policía de Akeron.

Antes de que desaparecieran los dos hombres cada uno hacia la puerta por la que había entrado, es decir, Jensen por la recepción y el forastero por la puerta de atrás, Fosco preguntó:

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Lo sabes mejor que yo: cuanto más se espera, más pistas desaparecen de un cadáver —afirmó Max, y se alejó.

24

Barco de los Corvino.

—No me puedo creer que fueras tú —espetó Fosco.

La historia que estaban contando Max y Michael Corvo dejó sin aliento a Fosco y a Olivia.

Pero cuando Fosco recuperó los recuerdos del pasado, conectó todos los hilos. Sentado en la mesa, junto a Michael, resultó abducido al escuchar esa historia y deslumbrado por todos los flecos que había detrás del telón.

Max asintió.

—No podía decirte quién era, ni siquiera cuál era mi historia. Ese día solo necesitaba eso, que me ayudases.

Fosco negaba despacio, como si un portal al pasado y a un misterio lo hubieran llevado siempre hacia él.

—Fosco, ¿recuerdas cuando fuimos a ver a Jensen? En su sótano, había creado una maqueta y tenía un televisor con vídeo incorporado y todos los ficheros del caso de la masacre del Stark Arena —intervino Olivia.

—Ahora lo entiendo, era para devolverme el favor por esa ocasión —dijo Fosco.

—En parte sí. Jensen era un buen poli y sabía que había algo detrás. Lo sabía. Y por eso quería ir a contracorriente, para descubrir algo. Lo que fuera —confirmó Max.

Los camareros entraron en el camarote lujoso. Mientras el mar iba bajando de intensidad, el servicio se llevó los primeros platos y dejó los segundos.

El servicio, los platos, la comida eran comparables a un hotel de cinco estrellas gran lujo.

Michael dio un sorbo al vino y lo dejó.

—Olivia, por eso he insistido en que conocieras la historia de tu padre. La parte que no conocías de cuando eras pequeña y por qué tuvo que desaparecer. Además, para que veas que es un hombre bueno, un hombre de la ley, incluso fuera de lo que más apreciaba, es decir, de la policía.

Olivia no dijo nada, solo escuchaba. Se le escapó una pequeña y fugaz sonrisa mirando a su padre.

—El famoso Max Wolf vino con Jensen esa noche. Desbarajustaron mi vida por un cadáver en la morgue uno. Me acuerdo perfectamente. Lo tengo apuntado en mis anotaciones personales —dijo Fosco.

—Yo estaba en prisión pasando miedo, pensaba que me quedaría allí toda la vida. Un parricidio en toda regla. Eso era lo que creía todo el mundo —añadió Emma, y se giró hacia la otra mujer, sentada a su lado y al lado opuesto del mafioso—. Querida Olivia, yo te cuidaba cuando eras una niña y después intenté hacerlo con tu padre desde la sombra.

Cuando Emma era su canguro, la diferencia de algo más de diez años era aplastante; una niña con una mujercita, una postadolescente. Sin embargo, en ese momento, los años de diferencia no parecían tantos, casi coetáneas. Dos mujeres a las que la vida había azotado.

Olivia estaba aguantando el silencio y lo que pensaba. Lo más terrible que estaba aprendiendo era que en Akeron City la ambigüedad era una línea mucho más fina de lo que pensaba. La dualidad de las situaciones era espantosa.

Ella, que había nacido en el seno de la justicia e inspectora de formación, solo sabía de una cara de la justicia: la de la policía. No

había en su interior una escala de grises entre el bien y el mal.

El bien era la policía y el mal, los mafiosos, los malhechores, los criminales. Entre ellos, los Corvino.

El blanco, el bien.

El negro, el mal.

Pero desde que había pisado ese maldito barco, todos sus valores, recuerdos y convicciones se estaban tambaleando y desvaneciendo. Cuanto más tiempo pasaba en esa ciudad flotante, más perdía la fe en lo que hacía.

No podía caer en la tentación de creer lo que estaba escuchando. Sus convicciones firmes sobre el bien y la policía eran férreas, pero le costaba mantenerlas así.

En su mente, los mafiosos eran unos criminales.

Pero Michael Corvo no lo era tanto.

Los buenos eran buenos, pero el comisario, no tanto.

Su padre parecía bueno, luego descubrió que seguía vivo y luego, de nuevo, lo que estaba escuchando presentaba que no era tan malo.

No podía negarlo, su sistema de valores había saltado por los aires con una carga potentísima de dinamita.

Pero lo que más la asustaba era que todo eso aún no había acabado.

En su interior, quería seguir, quería saber qué más había y qué más tenían que decirle.

Olivia dio un sorbo al vino, bebiendo de un trago media copa, como lo haría con agua después de un duro entrenamiento.

—Entonces, ¿cómo continúa la historia? —dijo Olivia, girándose hacia Fosco—. ¿Hiciste otra autopsia?

Su padre interrumpió.

—No tan rápido, amigo. Esa es la mejor parte… —dijo Max.

25

Veinte años antes.

Max subió al Titan por la puerta de atrás.

Antes de hacerlo, miró a su alrededor. Miró si lo seguían, si había alguien, y cuando tuvo la suficiente seguridad, entró en el coche.

Nunca se había comportado así antes, pero convertido en un fantasma para la mafia del Grieco, se había vuelto paranoico, meticuloso.

Sentado en el asiento trasero, esperó a que regresara Jensen.

La lluvia se había convertido en una cortina. Se había empapado, pero no estaba dispuesto a renunciar a sus estándares de control para no mojarse. Una lluvia de balas era peor que una de agua.

Cuando regresó, Max se dio la vuelta para ver si había movimiento. En el parquin de la morgue no lo hubo.

—¿Qué te dije de Fosco?, es un buen tipo —dijo Jensen.

—Veremos —respondió en tono escéptico.

—No seas aguafiestas, tío.

—Solo soy precavido.

—¿Qué demonios haces? —preguntó el policía.

—Miro si nos siguen.

Jensen hizo un sonido gutural y un gesto con la mano.

—Eres un paranoico.

—Puede ser.

—En fin, ¿adónde te llevo?

Max se lo pensó.

—Ve hacia el distrito sur. Me dejas cerca de una entrada de metro y ya me espabilaré. No hace falta que me acompañes hasta la puerta de casa. En el sur, a esta hora, no son muy apreciadas las visitas de la policía.

—Como quieras —afirmó, complacido, y miró el reloj—. Genial, así llego para ver el partido de fútbol.

El Titan arrancó y salió del polígono industrial donde estaba la morgue. Se metió en la autovía dirección sur. El tráfico de la noche era imposible en Akeron City. Todos los trabajadores que no se permitían vivir dentro del círculo interno se buscaban domicilios más económicos en las afueras. Así, todo el mundo a esa hora se desplazaba hacia los barrios exteriores y más baratos.

—Menos mal que salimos a la próxima o tendría que escuchar el partido por la radio.

Max no contestó enseguida, interesado en los coches que viajaban a su alrededor.

—Mañana tendremos que ir a visitar a Emma.

—¿Qué? —espetó el policía—. Eso es imposible.

—Invéntate algo, tengo que hablar con ella.

—¿Has perdido el juicio?

—No, necesito hablar con ella. Esto es todo.

—Es una prisión federal, Max —le recordó, y se dio la vuelta para mirarlo a la cara.

—¡No te gires!

Jensen volvió a mirar hacia adelante. Los coches estaban parados y las luces rojas de los mismos iluminaban el parabrisas mojado por la lluvia.

—No te reconozco, Max, nunca me habías gritado ni tampoco me habías tratado mal.

—No te estoy tratando mal. Estoy vigilando por tu seguridad. No quiero que te pase nada. Encima que me ayudas, no quiero que tengas problemas, ¿me oyes?

—Sí, Max, te oigo —respondió el poli de mala gana.

—Tenemos que ir mañana. Sin falta. El tiempo nos apremia.

—Estás como una chota. A mí me van a quitar la placa y a ti te meterán en la cárcel.

—Eso no va a suceder si lo hacemos como te digo. Mañana iré contigo. Les dirás que soy ayudante del fiscal o el ayudante de un abogado o incluso podemos decir que soy alguien en prácticas.

—Una idea mejor que la otra, Max. Con estas ideas, mi teoría se cumplirá.

—No sé, déjame pensar y veremos. Mañana tendré alguna nueva idea. Necesito descansar.

El poli lo miró por el retrovisor.

—Sí, lo necesitas —dijo, y después de pulsar un par de veces la bocina, el tráfico avanzó unos cuantos coches. El Titan bajó por la salida hacia el distrito sur, al Puente Reynolds—. Por fin, ya era hora.

Max se giró y Jensen lo vio.

—¿Todo bien?

—Más o menos.

—¿Dónde te dejo?

—Tú sigue.

—¿Qué pasa? —preguntó Jensen al ver un coche en el retrovisor —. Creo que nos siguen.

—Ese coche lo hace desde la morgue.

—¡Mierda! —espetó—. ¿Qué hacemos?

—De momento, seguir sin acelerar. Conduce normal.

El Titan llegó al semáforo y el coche que los seguía se detuvo a unos metros de distancia.

—Pon el intermitente a la derecha —dijo Max.

—Pero el sur es a la izquierda.

—Hazlo —ordenó Max, y Jensen lo hizo—. Cuando se ponga en verde, lo quitas y giras a la izquierda. A ver qué hace.

Esperaron y cuando la luz verde se encendió, el poli siguió las indicaciones de Max. Cuando apagó el intermitente, un instante antes de girar en la dirección contraria, el coche que venía detrás

puso el intermitente a la derecha y enseguida lo quitó. Como se esperaba Max, cambió de dirección, siguiéndolos.

—Mierda, sigue allí.

—Lo he visto.

—¿Quién puede ser, Max?

El compañero no contestó, los miedos y la improvisación llevaban a cometer errores. No era el momento de averiguar quién era.

Pensó que podía ser un coche del Grieco. O incluso de Michael Corvo. Cuando Max le preguntó cómo se pondrían en contacto, Corvo contestó que él se encargaría.

Pero podía ser de Asuntos Internos. Tal vez habían descubierto que Jensen había husmeado en el archivo de Emma.

«Mal asunto», pensó.

Pero no quiso compartir con el compañero sus ideas.

Quizá era uno de los policías corruptos que fueron avisados y que, al interesarse Jensen por el caso, lo estaba siguiendo.

No podía fallar, se dijo Max.

No debían perder tiempo con inútiles conjeturas que no llevarían a nada. Tenía que resolver esa situación como fuera.

—Tengo una idea, Jensen —dijo Max.

—Más vale que sea buena. Esto no me gusta.

—Era una posibilidad. Pero, tranquilo, ahora lo resolvemos.

El poli se rio de forma nerviosa, casi burlona.

—A ver qué te sacas de la manga, hermano.

«Hermano», se repitió Max. Así nunca lo había llamado, su amigo tenía que estar asustado.

Suspiró y le dijo que bajara la velocidad. Luego, que se pusiera en el carril de la derecha, cerca de los edificios, y esperó a darle la orden de lo que había pensado.

26

Había cambiado el viento.

La lluvia golpeaba con fuerza los pequeños ventanales alargados que la morgue número dos tenía justo antes del techo.

Estaba acabando el vinilo de Vivaldi y, con él, la última autopsia de su turno.

Había adquirido esa costumbre de un profesor de la Lombroso. Este, de gran reputación, fue profesor, mentor y casi padrino.

Tenía una técnica de trabajo asociada a los vinilos. Poseía una selección envidiable en la morgue de la academia. La clasificación no era por categoría o por estilo de música. No. Estaban ordenados por tiempo.

Vinilos que duraban veinte minutos, treinta minutos, cuarenta y cinco y sesenta.

El profesor elegía uno con base en lo que podía durar cada autopsia que lo esperaba.

Schubert, Mozart, Vivaldi, Verdi, ópera, opereta, canto lírico. El surtido era muy amplio.

Fosco estaba creando poco a poco su repertorio. Compraba los vinilos nuevos en las tiendas especializadas y los viejos, en mercadillos. Los elegía, como le habían enseñado, por la duración.

Usaba un mueble con varias secciones y con el tocadiscos encima.

Casi ninguno de los alumnos lo adoptó como hábito de trabajo. La inmensa mayoría de alumnos decía en los pasillos que era una

soberana tontería. Que era mucho mejor el silencio o un buen Compact Disc. Pero Fosco era de seguir las normas y de repetir lo que había aprendido. Una vez que se había acostumbrado, ya no podía soltar esa peculiar costumbre.

Esa noche, se acabó el disco justo cuando colocó el cadáver en la nevera. Se sentó en el escritorio y redactó el informe médico forense.

Mientras estaba con ello, el telefonillo de la mesa sonó.

—Fosco, ¿sigues ahí? —dijo Margarita desde el interfono.

Él dejó de escribir y apretó el botón.

—Sí, dime.

No hubo respuesta.

A los pocos segundos, los tacones de la mujer se fueron acercando cada vez más por el pasillo.

La puerta se abrió y apareció Margarita.

—¿Cuánto te queda?

El forense levantó la mirada del informe.

—Pues un ratito aún.

—Eres incansable. No sé cómo lo haces —dijo ella con admiración—. Yo me voy. Apaga las luces, ¿de acuerdo?

Fosco sonrió mientras asentía.

—¿No queda nadie?

Ella asintió.

—Acuérdate de las luces, la última vez te las dejaste encendidas y me riñeron a mí —dijo mientras cerraba la puerta y su voz se mezclaba con la de sus tacones.

Fosco pensó que esa mujer se había tomado muy en serio su trabajo y el puesto de su predecesora. Eso le gustaba. Tenía que acordarse de apagar todas las luces. Pero lo que más le gustó fue que estaba solo en el edificio. Si no había emergencias, esa noche era para él.

Regresó a la ficha y continuó el informe.

Una vez acabado, lo guardó en el archivador y se sacó un sándwich que no había comido en la merienda; había decidido que

sería su cena, había aparecido un trabajo de última hora.

—Queso y pepinillos. Mis preferidos.

Acabado el bocadillo, se sintió satisfecho por haber concluido su jornada laboral. Pero ahora venía un extra que no era ni oficial ni legal.

Se dirigió hacia la morgue uno, la del veterano.

Si lo hubiese encontrado removiendo sus ficheros o apuntes, lo habría enviado a una morgue de las campiñas o a un pueblo de las montañas.

Deseó que no hubiera visitas esa noche.

Dejó el informe en su mesa y comenzó a estudiarlo.

Repasó las fotos. Lo más importante primero era estudiarlas. Dónde se había encontrado, cómo, qué llevaba, qué temperatura había en la habitación en la que estaba, para entender con base en la temperatura corporal cuánto hacía que se había producido la muerte. El padre de Emma estaba durmiendo. En las fotos, aparecía el cuerpo en posición fetal, girado hacia la izquierda. Lo primero que vio fueron agujeros de bala por todo el cuerpo. Contó seis perforaciones.

Pero no le extrañó tanto la cantidad de balas, sino que en, la primera foto, el cadáver aún tenía las mantas encima. Se notaba que eran viejas, sucias y que estaba en una vivienda humilde y dejada.

¿Por qué seguía cubierto con las mantas? ¿Nadie había intentado averiguar si estaba vivo? ¿Si podían hacer algo por él o llamar a una ambulancia?

Por la manera en que lo habían encontrado, ya sobresalía la primera anomalía.

Nadie había dado por buena la posibilidad de salvarlo. Seguramente, porque nadie quería salvarlo.

Fosco se apoyó en el respaldo. Cruzó las manos por detrás de la cabeza y estiró los brazos. El cansancio de estar allí todo el día ya se notaba.

Siguió con el informe.

Buscó la temperatura de la habitación y del cadáver en el momento en que se habían encontrado.

Pero no había ningún dato al respecto. Eso no le gustó.

No dudaba de la honestidad del compañero forense, pero sí de su *modus operandi*. Él era siempre muy pulcro, uno de los mejores de la ciudad, pero ese informe tenía más agujeros que un colador.

Estudió el resto de las fotos del escenario del crimen para identificar más elementos que lo ayudaran. Pero no encontró nada. Solo fotos de detalles de la estancia, seguido por fotos del cuerpo aún en la cama una vez apartadas las mantas.

El reportaje fotográfico era impecable, todos los detalles y ángulos habían sido tomados. Ese trabajo no había sido realizado por el forense, sino por el equipo de la científica de la policía.

Eso confirmó que hubiera tanto material fotográfico.

Buscó el número de la nevera y se dirigió hacia el cadáver. Estaba decidido a llevarlo a su morgue número dos para realizar una segunda autopsia.

Mientras iba hacia allí, en el silencio más absoluto del edificio, pensó que sería rápido y que le llevaría poco tiempo.

Fue a la nevera correspondiente y la abrió. Extrajo un par de palmos de la mesa extraíble y abrió parte de la cremallera para confirmar que era él.

Al abrirla, Fosco se quedó sin palabras.

27

Seguía lloviendo en Akeron City.

Los límites del barrio sur habían sido rebasados. Ya no era el distrito de Jensen, oficialmente. Pero al final de la vida y de la muerte no hay jurisdicción alguna.

Cuando el amigo entraba en esa zona, se acongojaba. Se sentía vulnerable, un pez fuera del agua. No dominaba ni las leyes no escritas ni el lenguaje de esa zona, de esa gente, de sus rituales. Le resultaba un lugar inhóspito y complicado de entender.

Max, en cambio, que había vivido siempre allí y en los últimos años era uno de ellos, esa zona se había convertido en su coto de caza.

Lo peor de una persona es no tener nada que perder. Y él casi no tenía nada más que perder.

Solo su hija y su mujer, luchaba y sobrevivía para protegerlas.

Pero desde que Corvo apareció en su vida, le había inyectado una nueva misión. La de Emma.

El coche avanzaba más lento que el resto del tráfico.

Pasaron varios semáforos en la avenida y, manzana a manzana, Max estudiaba qué calle era la mejor para activar su plan.

Jensen se estaba poniendo nervioso.

—Tranquilo. Solo tienes que hacer lo que te he dicho. Todo irá bien —afirmó con tono convincente al amigo.

Pasaron unas calles más y le dijo lo que estaba esperando.

—Esa, Jensen. Venga —dijo, y Max se pasó al asiento de la derecha sin que el coche de atrás lo viera.

El Titan viró rápido, casi perdiendo el agarre por la cantidad de agua que había en la calle.

Al girar, Max esperó unos segundos a que el coche frenara, abrió la puerta y salió del vehículo casi tropezando.

En cuanto consiguió recuperar la estabilidad, se escondió debajo de una escalera de emergencia.

Permaneció estirado sin moverse en el oscuro hueco.

Vio cómo pasaba el coche que los perseguía.

El callejón era estrecho y oscuro, solo iluminado por los coches que pasaban. Los dos edificios eran de ladrillo y no había ventanas a la altura de la calle.

No había transeúntes. Solo él.

Dejó que el coche diera la vuelta hacia la derecha y, en cuanto desapareció, corrió hacia la misma dirección.

Corrió con todas las fuerzas que tenía. La lluvia le mojaba la cara y el corazón le palpitaba con fuerza, fruto de los nervios y del ejercicio. Solo se detuvo un segundo en un contenedor de basura. Se quedó allí revisando los desechos y buscó lo que podía adaptarse a lo que necesitaba.

«Venga, venga —pensaba—. Esto no, esto no. Esto. ¡Esto!», dijo finalmente.

Había encontrado una media vieja de mujer. A pesar de que olía mal y que estaba rota, se cubrió la cabeza con ella y corrió de nuevo hacia el coche.

La escena era como se la había imaginado y tal y como había dado instrucciones al amigo.

Se había detenido en la calle, pocos metros después de girar a la derecha una segunda vez.

Jensen seguía en el coche, encerrado dentro. El coche que los perseguía lo tenía delante, justo detrás del Titan del policía.

No recordó ni reconoció el modelo. Podía ser cualquier coche. Solo anotó el número de la matrícula en su mente. Aún era bueno

en eso.

Sacó el revólver y fue acercándose con decisión pero con atención.

Cuando estuvo al lado de la ventanilla del conductor, rompió el cristal con el mango de la pistola convirtiéndolo en miles de trocitos que cayeron dentro. Al hombre no le dio tiempo de darse cuenta de nada, en un segundo, los fríos labios del revólver de Max le besaban las sienes.

—¿Quién coño eres? —gritó Max con suficiente fuerza para contrarrestar el ruido de la lluvia—. Apaga el motor.

El hombre levantó las manos.

Max lo cogió sin miramientos del pescuezo y lo arrastró fuera del coche.

Lo apuntó en la cara y se lo repitió.

—¿Quién coño eres, malnacido?

En ese momento, salió del coche Jensen. Al ver a su amigo agarrando al tipejo por el cuello, se había asustado aún más.

—Soy tu puta madre, vete a dar una vuelta —respondió con odio en sus ojos.

Max estaba protegido por la malla, fuera quien fuese ese hombre, no podía reconocerlo.

—¿No te han enseñado buenos modales, amigo? —preguntó Max.

—¿Buenos modales? Suéltame, hijo de puta, con esa malla pareces un atracador de tres al cuarto.

—¿Quién te envía, por qué nos seguías?

—Iba por donde me salía de los cojones, ¿vale? —espetó el hombre y, al concluir, le escupió en la cara.

A Max no le gustó ni un pelo.

Lo soltó con la izquierda y con un directo lo dejó inconsciente. Lo empujó sobre el coche y lo cacheó.

—Mierda, M… —dijo casi escapándosele el nombre—. Amigo, vamos. ¿Te has vuelto loco?

Max no encontró su cartera. Tenía su matrícula y con eso le bastaba.

Luego, le cogió las llaves del coche y las tiró al fondo del callejón, en dirección contraria a la salida. Cayeron en un charco, cerca del contenedor.

Disparó a las ruedas y añadió un disparo más al radiador. Si encontraba las llaves, estaría con las ruedas inservibles y, además, no podría arrancar.

Dio la vuelta y entró en el coche de Jensen por la puerta de atrás, empapado.

El compañero entró también. Sacó una toalla y se la pasó.

—Sécate un poco, amigo.

—Gracias.

Jensen no arrancó, se quedó mirándolo directamente a los ojos.

—Tío, te estás convirtiendo en uno de ellos —espetó, asustado.

—Ya no soy policía. Puedo hacer lo que crea oportuno.

—Lo digo por ti, este camino te llevará hasta el bando equivocado, y lo peor es que no tiene vuelta atrás.

—Déjalo, Jensen. Es demasiado tarde. Vámonos. Déjame en la primera entrada del metro y sal de este distrito.

El policía arrancó el Titan y se metió de nuevo en la avenida. Siguió en dirección hacia el centro, alejándose del río Caronte.

—¿Dónde has encontrado esa media?

Max bajó la mirada y se dio cuenta de que aún la tenía entre las manos.

—Fue lo primero que encontré.

—¿Y si no la hubieras encontrado? ¿Qué hubieras cogido, una caja de cereales para el desayuno? —Max no contestó—. Ya me lo imagino, mañana los titulares del periódico serán para ti: criminal asaltado por un hombre con el rostro cubierto por una caja de cereales —decía Jensen con un tono pomposo y haciendo un gesto en el aire—. Akeron City tienen un nuevo villano, se llama Cereal Killer.

—Eres muy gracioso.

—¿Y si fuera una caja de *pizza*? Te habrían llamado Pizzaman.

—Para, ya está bien.

—No, no, espera, si hubieras cogido el cubo de una fregona, te habrían llamado el Limpiador.

—¡Para! —ordenó.

—Vale, era para desdramatizar un poco.

Dentro de esa gracia, Jensen tenía razón, ¿se estaba convirtiendo en un villano para la ciudad?

Porque un héroe no se sentía.

—Tenemos que ir con cuidado, nos siguen. Ten cuidado mañana. Rastrea la matrícula de ese malnacido, que a lo mejor sacamos algo. A ver de quién es —dijo, e indicó la entrada del metro—. Déjame aquí, nos vemos mañana las ocho en la comisaría, iré yo. Iremos directos a la cárcel. Pensaré algo —aseguró, y abrió la puerta, pero, antes de bajar, se giró hacia Jensen—. Ve con cuidado, estamos en el ojo del huracán.

28

Fosco no encontró lo que esperaba.

En la bolsa negra que contenía el cadáver, no estaba el que buscaba. Estaba seguro, la número veinticuatro era la del padre de Emma.

Pero dentro había una mujer rubia de cabellos largos.

Un error, sin duda.

Maldijo el desorden y la falta de exactitud de la información.

No pensó en nada más que no fuera un error.

Miró la pared llena de neveras. Encontrarlo sería un galimatías, pero si no se espabilaba, esa autopsia habría tardado más de lo que pensaba y Margarita llegaría por la mañana y estaría allí aún.

Comenzó con la uno. Extrajo la mesa y abrió la bolsa. Un anciano que daba la sensación de haber muerto ahogado. La cerró.

Dos.

Abrió; un hombre con una señal en el cuello. No era el padre de Emma.

Tres.

Una anciana.

Cuatro.

Un niño.

Abrió todas las neveras. Cuarenta neveras. Algunas vacías y en el resto comprobó que el cadáver del padre de Emma no estaba.

¿Dónde estaría?

No le constaba que Jensen y el forastero le dijeran que habían devuelto el cadáver a la familia, en caso contrario, no habrían ido a pedirle una segunda autopsia.

Se quedó mirando las puertas cerradas de la morgue número uno.

Se fue a su morgue. Sabía perfectamente qué cadáveres había en sus neveras, no había ninguna más.

¿Dónde podía estar?

Si los hombres de la visita inesperada tenían razón, el otro forense no habría dejado, a la vista de todos, las pruebas de un fallo en el sistema.

Arrugó el ceño y se acordó de algo.

Hacía poco que trabajaba allí y se acordó de una ruta por las instalaciones en el primer día que aterrizó.

Margarita fue la responsable de llevarlo por todo el edificio. No era muy grande, pero sí que les llevó un buen rato, ya que ella, como asistente adjunta a la secretaria desde hacía poco y a punto de coger el timón del edificio, estaba muy eufórica por enseñárselo todo.

Comenzó con la parte superior, explicando los flujos y las salas. La uno, del veterano, que lo miraba desde su pedestal y solo se dignó a estrecharle la mano casi sin mirarlo. Y la dos, su futura sala de trabajo.

Luego, fueron a echar un vistazo a los demás departamentos, vestuarios, comedor, lavabos, almacén. Después, repasaron los planos con la vista en la parte de flujos de cadáveres.

Una vez repasado todo, Fosco le preguntó adónde conducían las escaleras y el montacargas.

Explicó que, antiguamente, el edificio había albergado un centro hospitalario de enfermos mentales, auxiliar a otro centro. Este último se había derruido y en el solar se había construido un centro comercial con pisos; el centro auxiliar se lo quedó la policía para reconvertirlo en lo que ahora era la morgue.

Recordó que en los sótanos había unas cámaras adicionales para posibles saturaciones de la morgue.

A Fosco lo recorrieron unos escalofríos en cuanto recordó ese lugar, que estaba justo debajo de sus pies.

¿Podías estar allí ese cadáver?

Solo había una opción: bajar al sótano.

Tragó saliva y suspiró.

Cogió una linterna que tenía en un cajón del escritorio y se apresuró. Cuanto antes fuera, antes volvería.

La puerta estaba cerrada con llave, pero el montacargas debería funcionar.

Apretó el botón, pero no respondió. La luz no estaba encendida. No funcionaba, estaba desconectado.

Pensó que era mejor dejarlo. Ayudar a un poli y a un forastero corriendo ese riesgo, ese salto al vacío oscuro, solo era contraproducente para su carrera recién comenzada.

Cuando se dio la vuelta, recordó las palabras de su mentor en la Lombroso: tenía que ser persistente. Y de la frase de Albert Einstein: «El mundo no será destruido por aquellos que hacen mal, sino por aquellos que observan sin hacer nada».

No podía dejarlo ahí.

Si el montacargas no funcionaba, tenía que buscar la forma. Si habían bajado el cadáver, tenía que haber una manera.

Dio la vuelta a todo el montacargas en busca de un maldito interruptor. Pero no lo había. Entonces buscó los cables de alimentación y siguió la canaleta, que lo llevó hasta un cuadro en otra habitación: el almacén de escobas y donde estaba el cuadro general.

Una etiqueta marcaba el montacargas. El grande y viejo interruptor estaba bajado.

Suspiró y miró al cielo, como pidiéndole ayuda a algún ángel de la guarda.

Lo levantó y fue a comprobar si funcionaba; las luces del montacargas se encendieron.

Apretó el botón y las puertas se abrieron.

Entró y apretó el único botón que podía elegir, el de bajar.

La luz parpadeó y, en cuanto las puertas se cerraron, Fosco sintió que le faltaba el aire.

29

Las puertas se abrieron hacia un túnel negro similar a un abismo.

El espacio de delante parecía no tener fin. Solo se iluminaban dos metros de la línea del montacargas por la tenue luz del cubículo, que de vez en cuando parpadeaba.

Encendió la linterna. Salieron un par de *flashes* intermitentes que duraron un destello.

Sacudió la linterna, maldiciéndolo todo.

Solo obtuvo como respuesta un traqueteo de las pilas dentro del tubo de plástico.

—¡Maldita sea! Justo cuando las necesitas, nunca funcionan —dijo al objeto que lo había abandonado.

Dirigió una mano hacia la pared, palpando en busca de un interruptor.

Se acordó que, cuando bajó con Margarita, no hizo falta porque la luz del sol, de alguna manera, entraba e iluminaba ese espacio que no recordaba lo grande que era.

Buscaba un interruptor con avidez.

Sentía en su cuerpo el miedo que, como un ratón hambriento, lo carcomía por dentro.

Cuando creyó haberlo encontrado, las puertas del montacargas se cerraron de repente, dejándolo en la más absoluta oscuridad.

El negro invadió el ambiente como un líquido que entró en sus ojos, en su boca y en sus orejas.

El silencio, solo molestado por un silbido constante. Lo conocía, pero en ese momento de pánico no supo reconocerlo.

Se preguntó cómo había acabado allí. Solo tenía que regresar al montacargas y volver a la primera planta. Todo acabaría en pocos segundos. Todo. Estuvo a punto de dejarlo y enviar esa misión suicida a la mierda, pero se recompuso.

Sacudió la linterna y apretó el botón.

El halo de luz iluminó por un segundo la habitación.

Sus retinas grabaron como un radar las formas y las distancias.

Sacudió de nuevo y apretó.

Otro segundo de visión.

Al fondo de la estancia, estaba la nevera. Allí podía estar. Pensó que ese era el único lugar posible.

—Ahora o nunca —dijo para animarse.

No podía ir hasta allí con ráfagas de luces esporádicas. Apuntó a la pared y buscó el interruptor. Tenía que estar. No recordó haber visto en el cuadro anterior que hubiera un interruptor de luces del sótano.

Los *flashes* hacían aparecer las paredes de cemento bruto al lado del montacargas.

Al quinto intento, entrevió algo.

Una caja con un interruptor como los de antaño.

Se acercó y, con avidez, lo conectó.

De repente, la estancia apareció en todos sus colores y formas delante de Fosco.

Suspiró y se llamó tonto.

No había nada que temer. Se preguntó qué podía haber pasado, ¿que apareciera un zombi? ¿Un vampiro?

Se llamó infantil, pero los miedos son lo que son, unos temores incomprensibles y muchas veces infundados.

Suspiró. Tomó aire y llenó los pulmones de oxígeno. Llevaba un buen rato con una respiración alterada.

Miró el reloj, era tarde. Tenía que acelerar el proceso, si estaba allí, iba con mucho retraso a lo que se había imaginado.

Se abalanzó sobre las neveras. Cuando tocó el metal frío de las neveras antiguas, entendió lo que era ese silbido constante. Los compresores.

Solo había cuatro. Tiró de la primera y estaba vacía.

«Mierda», pensó.

La segunda también.

La tercera, igual.

En la cuarta, la de la parte más alejada del montacargas y en la fila inferior, había una bolsa negra.

Sintió alivio y una fuerte curiosidad.

Sacó la mesa y abrió la bolsa. Allí estaba el cadáver del padre de Emma.

Entonces le surgió una tremenda pregunta.

¿Por qué el compañero escondió el cadáver?

Y las sospechas de la visita que había tenido ese día cobraron fundamento.

Ya era demasiado tarde, no se podía echar atrás. Tenía que llevarlo a la morgue dos y hacerle una segunda autopsia. Y así hizo.

30

A pesar de que era muy tarde, eligió música.

Se temió que esa noche se alargaría más de lo que pensaba, así que eligió un vinilo de casi una hora: las cuatro estaciones de Vivaldi.

Accionó el motor y dejó caer con suavidad la aguja del reproductor en los surcos del disco. Y las notas de la melodía endulzaron el ambiente frío y tenso.

Respiró con los ojos cerrados, disfrutando de las primeras notas, justo cuando empezaban a expandirse por la estancia.

Se acercó a la mesa central. El cadáver del padre de Emma estaba rígido y su piel era de color azulado.

El *rigor mortis*, esa propiedad de los cadáveres al ponerse rígidos, estaba en pleno auge. Eso confirmó que habían pasado menos de cuatro días desde que había fallecido.

Miró sus herramientas para la operación y estaban en perfecto orden. Vio un bisturí torcido y lo modificó para que estuviera alineado con los otros.

Lo primero que le llamó la atención fue lo más importante y lo que determinaba todo en esa autopsia: no había señales de haber sufrido ninguna otra autopsia. Ese era el signo más claro de que algo no iba bien.

Empezó sacando las balas del cuerpo.

Confirmó que había seis.

Le costó bastante tiempo, ya que estaban encajadas entre huesos y tejidos duros como piedras.

Y descubrió que las balas habían entrado sin salpicar. Las fotos de las mantas no mostraban gotas de sangre. Eso no era propio de la mecánica de los disparos. Cuando se dispara a alguien, se produce un salpicón de sangre. Sin embargo, allí no había y las heridas estaban limpias.

Fosco tenía un método de trabajo muy cuadriculado. Todo tenía que estar en su lugar, la música y un orden de ejecución.

Primero, saberlo todo sobre la persona. En ese caso, el fichero del otro forense y el informe de la científica fueron un buen punto de partida.

Acto seguido, lo observaba en general, daba vueltas a su alrededor para verlo desde todos los lados. Como se hace con un buen libro; se miran todas las partes, la portada, la contra, se lee el nombre y varios fragmentos de las solapas o del interior. Se analiza el índice y las notas de autor.

Mientras el forense daba la vuelta, le hablaba.

—¿Quién eres? —dijo sin esperar respuesta—. ¿Cómo has muerto? ¿Quién te ha matado? ¿Cómo te ha matado? ¿Cuándo te ha matado?

Las preguntas que siempre realizaba antes de una autopsia. A pesar de que sabía que el cuerpo no le contestaría, él las hacía por rutina.

Sabía quién era en ese caso, pero no sabía quién lo había matado, como no sabía nada del resto.

Ajustó la linterna sobre el hombre. En el ambiente, sonaba la primavera de Vivaldi. Esa música lo ayudaba también a no recordar que estaba solo en una morgue a altas horas de la noche y rodeado de cadáveres.

El cadáver era un despojo, pensó mientras ya estaba de nuevo al lado de sus instrumentos.

Hizo unas fotos del cadáver para que se viera que no se había producido ninguna autopsia.

La primera sospecha fue cuando se enteró del caso por la visita de los dos hombres; luego, la ocultación del cadáver; y, después de tantos preliminares, admitía que ese cadáver había sufrido la autopsia menos invasiva que nunca había visto, porque no se había realizado ninguna. El pecho estaba intacto, las balas seguían en su interior. El cráneo sin tocar.

Era un sinsentido colosal.

Así que comenzó a proceder a abrir el esternón cortando y apartando la piel y, con unas tenazas, cortando con toda su fuerza lo que era la caja torácica.

Recordó cuando cortó la primera, recién llegado de la academia. Aquello estaba tan duro que no pudo hasta que, con práctica y trabajando los músculos, pudo con eso y con más.

A pesar de que las balas eran la causa más obvia de la muerte, un forense no debía dar por sentado causas obvias. Más de una sorpresa se había llevado con las autopsias. Muchas veces, lo que parecía no era y viceversa.

En la Lombroso le habían enseñado que las autopsias se realizaban siempre con dos forenses a la vez y que se tenían que descartar todas las posibles causas.

Así que eso hizo con ese cadáver.

Lo de hacer las autopsias a cuatro manos era una utopía. La teoría se quedaba en la academia. En la realidad, el departamento de policía de Akeron City tenía un presupuesto tan apretado que el día que se lo dijo a su compañero se rio en su cara.

Había que hacer horas extraordinarias para seguir el ritmo de las muertes violentas de la ciudad.

Una vez abierto, confirmó que los órganos no habían tenido ningún problema visible. Solo vio cómo el hígado estaba al borde de la cirrosis. Nada más.

Tomó una muestra de sangre del corazón y la envasó para enviarla con carácter de urgencia a hacer analíticas. Las colocó al lado de las balas que sacó del costado para enviar a balística.

Una vez acabado con eso, cosió con disciplina la caja torácica y la piel. El resto del cuerpo estaba en orden. Sin rasguños, sin hematomas, sin nada que llamara la atención.

Así que pasó a la cabeza.

Cogió una sierra y, con una maestría fruto de la experiencia y de la pasión, comenzó a cortar.

Siguió la línea de la frente, donde empezaba el pelo, y fue hacia atrás, creando un amplio círculo alrededor de la cabeza.

Retiró el hueso y seccionó la duramadre, la capa exterior de fuerte tejido que cubre y protege el cerebro y la médula espinal que se encuentra más cerca del cráneo.

Al retirar esa parte, descubrió algo muy interesante.

En el espacio entre la duramadre y el cerebro, encontró una hemorragia subdural. Un coágulo de sangre de grandes dimensiones que envolvía el cerebro.

Cuando Fosco lo vio, se quedó sin palabras. Lo que tenía delante era una matriosca de misterios.

El origen de la ruptura del aneurisma se localizaba en el polígono de Willis, donde están las intersecciones de los vasos sanguíneos que irrigan el cerebro y distribuyen la sangre a varias partes.

Fosco, a pesar de haberlo estudiado, no lo había visto nunca en una autopsia real. En prácticas, sí, pero que le hubiera tocado en la vida real, no.

Esa zona de la cabeza era conocida por ser origen de aneurismas particularmente terribles. Estos solían provocar la muerte de las víctimas que lo padecían.

Fosco entendió que la hemorragia que había sufrido el padre de Emma había provocado una hiperpresión en el cráneo. Ese volumen inesperado comprimió el cerebro contra el perímetro del orificio de la medula espinal, quedando aplastado e impidiendo el flujo sanguíneo. Eso, a su vez, desencadenó una serie de consecuencias que acabaron con parada del corazón y la respiración. Lo que había sufrido el padre de Emma era una hernia cerebral.

La gran pregunta era saber si había sufrido eso antes o después de ser disparado. Esa era la gran cuestión.

Fosco se detuvo una vez acabada la autopsia y lo miró. Se preguntó si había sido un buen hombre, si había sido un marido devoto y un padre ejemplar.

Arrugó el ceño, a él eso le daba bastante igual, él se encargaba de hacer su trabajo, sin implicarse en lo personal.

Hizo unas fotos para que quedara constancia de lo que había descubierto y cerró el cráneo.

Eran las tres de la mañana y había acabado. Solo tenía que guardar ese cadáver donde lo había encontrado. Volver al sótano lo aterraba. Pero tenía que hacerlo.

Guardó el cadáver en la bolsa y se dirigió hacia el montacargas. Había dejado la luz encendida, eso hizo que la operación fuera más rápida y más liviana.

Cerró el cadáver en la vieja nevera que mascullaba y subió de nuevo a su sala, la número dos. Cogió las muestras y las dejó donde las recogían por la mañana a primera hora. Llevaban el sello de urgente para tener el resultado lo antes posible.

Se fue a casa después de limpiar y arreglar toda su zona de trabajo.

Pero cuando fue a buscar el coche en los aparcamientos de la morgue, vio que, en otro coche de los muchos aparcados allí, había un hombre en su interior. Lo vio por la luz de un cigarrillo cuando se genera la combustión al inhalar. Se sintió observado. Eso no le gustó y se sintió inseguro, vigilado. Siguió como si no lo hubiese visto, pero, en su mente, comenzó a germinar el pensamiento de que se había metido en un asunto que no le incumbía y más grande de lo que pensaba.

31

No había parado de llover en toda la noche.

El motel donde se hospedaba Max era un lugar casi acogedor.

Le había tocado una de las habitaciones mejores, dijo el dueño. Cortinas verde botella, moqueta burdeos, una televisión en blanco y negro, una silla incómoda al lado de la ventana y una neverita que hacía más ruido que frío. Un lavabo hecho solo para personas muy delgadas y una cama mucho más cómoda que el asfalto donde dormía delante de su casa.

Cuando regresó de ver al forense y de la peripecia con el hombre que lo perseguía, fue muy agradable entrar en un lugar cálido y seco. Se dio el placer de ducharse con agua caliente al regresar empapado. Se quedó envuelto en varias toallas, sentado en la silla, mirando por la ventana cómo seguía lloviendo. Y cómo le estaba costando digerir ese cambio de vida que había sufrido.

Pensó en Emma, dónde estaba, que al día siguiente la vería. Que, de ser la canguro de su hija, se había convertido en una colaboradora de los Corvino.

Cómo estaba cambiando todo y tan deprisa.

Se arrepentía cada día de haber tomado esa decisión, pero era lo mejor para ellas, para su hija y su mujer. Eso se repetía, ya casi sin mucha convicción. Cuanto más tiempo pasaba, más se iba esfumando ese convencimiento.

Cuando la espalda se empezó a quejar por la incómoda silla, decidió irse a la cama.

El teléfono lo despertó cuando el sol aún no había salido.

—¿Sí? —preguntó Max, dormido.

—Su despertador, señor. Son las seis y media —dijo al otro lado del teléfono una voz de pito.

Max no esperó que dijese nada más, colgó y su mente entendió dónde estaba y qué día le esperaba. Había dormido pocas horas, pero por lo menos en una cama, cortesía de Michael Corvo.

Se lavó los dientes y salió sin más. No le importó que la ropa aún estuviera húmeda a pesar de estar toda la noche apoyada en un radiador.

Corrió hacia la entrada del metro. Cogió la línea que llevaba al norte y salió del apretujado convoy en su estación.

Esperó a Jensen en una cafetería. El policía detuvo el Titan en doble fila y entró en el local.

Pidió un sándwich y una taza de café. Max estaba vigilando el tráfico y los coches, sujetando una taza de café entre las manos.

—Maldito tiempo.

—¿Aún no te has acostumbrado? —preguntó Max.

Jensen se sacudió la lluvia y se sentó.

La camarera llegó enseguida con el bocadillo y la jarra de café.

Dio las gracias y un sorbo al brebaje.

—¿Has averiguado algo del coche? —preguntó Max.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—Está a nombre de una sociedad de cemento. Fui a narcóticos y me han dicho que ni se me ocurra hacer nada con ese coche. Que me olvide —dijo el poli mientras Max arrugaba el ceño—. Les pregunté por qué y me han dicho que es de una sociedad tapadera del Grieco.

—¿Dijiste algo de anoche? —Jensen solo respondió con un gesto como si en su boca tuviera una cremallera—. Bien.

—¿Has pensado cómo presentarte? —dijo el otro con la boca llena después de haber mordido el sándwich.

—¿En la cárcel, te refieres? —preguntó Max, y el otro asintió—. Sí, lo tengo claro. En cuanto hayas acabado, nos vamos. Tengo un plan —afirmó, y se quedó analizando el tráfico por si los volvían a seguir.

Cuando Jensen acabó de comer, subieron al coche.

Después de lo que pasó la noche anterior, Max quiso prevenir que no volviera a suceder. Cogieron la autovía en dirección contraria a la periferia, alejándose de la cárcel federal donde estaba Emma.

Cuando llevaban unos diez minutos, tomaron una salida y recorrieron un par de intersecciones. Luego, dieron la vuelta y recorrieron la misma carretera en dirección contraria, de nuevo en dirección a la autovía.

En el último semáforo, el Titan encendió la sirena y pasó en rojo. Max, sentado en el asiento del copiloto, miró hacia atrás y sucedió lo que se esperaba. Un intento de seguirlos, pero quedó atrapado en el tráfico.

Sus sospechas seguían firmes, los Grieco los seguían.

¿Por qué los seguían?

¿Por qué ese caso era tan importante? Y si lo era, ¿no hubiese sido más fácil matar a Emma como hicieron con su padre?

Una vez liberados del séquito, se fueron directos a la cárcel.

El Titan entró por el portón vigilado por hombres con rifles de asalto. En el perímetro vallado, unas torretas de obra vigilaban la zona. En cada una de ellas, un francotirador estaba apuntando constantemente.

—Parece que entremos en la reserva federal —dijo Max.

—Ya sabes, aquí tenemos lo mejorcito de la casa. Los peores criminales de Akeron están concentrados aquí, en estos metros cuadrados.

—Ya te digo, haciendo *networking* y planificando los próximos atracos en la ciudad —bromeó Max.

Los agentes carcelarios les pidieron los documentos. Jensen dio su placa y Max sacó los documentos que el mafioso le dio junto al dinero.

«Aquí tienes para tus gastos y una identidad limpia», recordó que le dijo. Nunca esperó tanto que eso fuera cierto.

El agente miró la foto y el nombre. Luego, lo miró a él inquisitoriamente, sin mover la cabeza, solo levantando los ojos.

—Señor Timoteo, ¿a qué viene?

—El inspector Jensen y yo venimos a hablar con un preso. Soy de una ONG, Justicia Clara. Somos como un sindicato para la defensa de los presos y velamos por que tengan voz en temas importantes como…

—Está bien, no me interesa —dijo el agente, devolviéndole el documento.

—¿No le gustaría colaborar?

—Si le digo a mi mujer que me he metido en otro sindicato, me corta los huevos, venga, pasen —ordenó, y apretó un botón, este accionó primero una sirena corta y el desbloqueo de la puerta principal.

A la media hora, estaba en una salita esperando a Emma.

Su corazón latía fuerte. No sabía bien por qué. Un recuerdo se desbloqueó en su interior. Ese beso que pocos años antes, ella, en esa fatídica noche, le dio. Un beso ligero, casi inocente. Solo apoyó sus labios en los suyos. Se había olvidado, pero había estado latente en su interior y en ese momento pasó al consciente.

Miró su foto.

Tenía ganas de verla de nuevo. No supo si ella también, pero no estaba allí por eso, sino por lo que ella había, en teoría, cometido.

Los pensamientos se detuvieron con un ruido de llaves.

Se abrió la puerta y apareció ella. Llevaba un mono naranja y unas esposas. El pelo corto como un chico y su rostro triste; mostraba un moratón en pleno ojo.

Max se levantó de repente.

—Emma.

Al verlo, su rostro se iluminó.

—Ma… —espetó, y se calló mientras se acercaba para abrazarlo.

Él la abrazó como habría hecho con Olivia. El calor humano, y de una chica, lo transportó a cuando abrazaba a su hija.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella sin despegarse de su hombro.

—Necesito hablarte.

—Ya, y yo necesitaba verte.

Se quedaron en silencio un par de minutos hasta que Jensen carraspeó.

—No quiero interrumpir nada, pero tenemos pocos minutos —dijo en tono aguafiestas.

Los dos se sentaron, uno frente a la otra. Sujetándose las manos. El policía se sentó al lado del compañero.

—¿Por qué has venido? Quiero decir, ¿cómo lo has sabido?

—Corvo me explicó todo.

Ella bajó la mirada.

—¿Qué te ha explicado?

—Que te han tendido una trampa.

Ella movió los ojos hacia un lado, indicando a su acompañante.

—¿Es de fiar?

—Es mi excompañero de policía. Es legal.

Ella asintió.

—Estaba recopilando información de los laboratorios químicos del *potter*.

—¿Por qué? —preguntó el policía.

Ella lo miró a los ojos por primera vez.

—Porque Corvo no es como dicen, es consciente de lo que está haciendo el Grieco, está demoliendo ciudadanos. Está matando indiscriminadamente.

—¿Qué descubriste?

—Algo que no tenía que descubrir.

32

—¿Por eso te han metido aquí dentro? —preguntó Jensen.

—Por eso han matado a mi padre —confesó—. Aunque no me sabe mal, era un cáncer para su propia familia.

—¿Qué descubriste, Emma? —preguntó Max.

Ella le sonrió y le acarició el rostro, como si el tiempo se hubiera detenido en ese momento de intimidad que tuvieron hacía unos años.

—Grieco te ha arruinado la vida, Max. Como a muchos más. Ahora me ha tocado a mí… —dijo, y se giró hacia el policía—. Antes o después, nos tocará a todos.

En ese momento, Jensen no lo sabía, pero esas palabras fueron un presagio que se vería cumplido años más tarde cuando unos hombres del Grieco fueron a su casa con metralletas militares, arrasaron con su vida y con su jubilación. Jensen no se lo hubiera nunca imaginado en esa sala pequeña y despojada de todo tipo de personalidad en la cárcel federal de Akeron City.

—Emma, es importante, ¿qué descubriste para que te hicieran esto?

—Los lugares exactos donde están los laboratorios del Grieco y la receta del *potter*.

Max se echó hacia atrás, dejando las manos de la chica.

—En las manos adecuadas, ayudaría a fabricar una fórmula para que las personas que están enganchadas se desintoxiquen.

—Podría ser.

—¿Por qué no te mató y ya?

—Veo que no sabes bien cómo fueron las cosas —dijo ella, y el negó despacio—. Vinieron dos policías y me estamparon contra la pared. Me forzaron a decirles dónde había guardado la hoja.

—¿Qué hoja?

—Había interceptado el correo de un ingeniero que enseñaba la fórmula mejorada y los lugares. Hay que interpretarla, pero la escondí. Y me pillaron.

—Figo y Hastrich —dijo Max, y el compañero asintió.

—¿Los conocéis?

—Son famosos en el departamento —afirmó Jensen.

—Al no querer dárselo, se enfurecieron y pusieron patas arriba mi casa en busca de la nota. Me amenazaron con hacer daño a mi hermana, pero por suerte estaba fuera con mi madre, solo estaba mi padre; le dispararon y me pusieron en la mano la pistola. Llamaron a la central con la radio y dijeron que había sido yo —afirmó Emma.

—No pasa nada, estamos aquí para esto. Te vamos a sacar de esta, no te preocupes —dijo Max—. Te debo una. —Ella le regaló una sonrisa—. ¿Qué te ha pasado en el ojo?

Ella se tocó el moratón y se encogió de hombros.

—Una compañera de celda me quiso tocar en mis partes.

—Pues te ha pillado bien —dijo Jensen.

—Ya… —dijo Max, y le preguntó conociéndola—. ¿Y la otra cómo está?

Ella sonrió.

—La otra está en enfermería con un brazo roto.

Max bajó la mirada, intentando que no se viera que estaba riendo.

—Voy a sacarte de aquí, te lo prometo, Emma.

Ella sonrió de forma cínica.

—Gracias, Max, sé que lo haces de corazón, pero esos hijos de puta me la han metido bien metida. No creo que puedas hacer nada por sacarme de aquí, en pocos días, tengo el juicio y me van a retener aquí dentro toda mi vida.

—Estamos trabajando para que eso no sea así —dijo Max, mirando al compañero—. Ten fe. Te vamos a liberar.

—Tengo fe en ti, en el sistema no —replicó ella, y cambió de tercio—. ¿Cómo está tu familia? ¿Sigues durmiendo en el cajero?

Jensen lo miró como si fuera un extraterrestre.

—Sí. Bueno, en estos días ya no. Corvo me dio dinero para un motel. Estoy bien allí.

—Te dije que es una buena persona.

—Bueno, decir de un mafioso que es buena persona me parece algo exagerado —intervino Jensen.

—Lo es —dictaminó Emma sin dejar pie a contradecirla y callando al policía.

—Me encontró porque algo le dijiste tú.

Ella bajó la mirada y se pasó la lengua por los labios.

—Él sabe mucho de mí, y de ti, de tu familia. En fin, de toda la gente que me quiere —dijo Emma, subiendo por un instante la vista —. En algún momento, le dije lo que te había pasado y dónde dormías la mayoría de noches.

La puerta de la sala se desbloqueó y entró una guardia.

—Tiempo acabado. Tengo que llevarme a la prisionera a su celda de aislamiento —dijo con malas maneras.

Ella se encogió de hombros al darse cuenta de que Max se había enterado de dónde la habían metido.

La mujer se la llevó y, antes de pasar por la puerta, lanzó un beso al aire para Max.

—Nos vemos pronto, Emma —dijo cuando se cerró la puerta.

Mientras regresaban al coche, repasó la entrevista con Emma.

Miraba su foto y los coches que pasaban. La chica había sido una peonza en manos de los dos agentes de policía corruptos, los más famosos de la comisaría norte.

¿Cómo podía ser que aún sucedieran esas cosas?

Los dos agentes dispararon delante de la chica y luego, descaradamente, le pusieron la pistola en la mano.

Sin tapujos, sabiendo que podían hacer lo que se les antojara, respaldados por el comisario y, de rebote, por la mafia del Grieco.

El Titan lo dejó cerca de una entrada de metro.

—Llámame en cuanto sepas algo de nuestro forense —dijo Max.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Pronto, espero. Sobre todo, hazlo desde un teléfono público o sabrán dónde me alojo. ¿Has entendido?

El policía asintió y lo cogió de un brazo, impidiendo que bajara.

—Ve con cuidado, amigo. Estamos jugando con fuego.

—Lo mismo digo —afirmó, y se coló por la boca del metro, perdiéndose entre la gente que, en hora punta, cogía el transporte público.

33

Habían pasado varios días desde que Jensen lo había acompañado a la cárcel federal y por fin recibió su llamada.

Se había pasado todos los días en su habitación de motel. Solo pisó la acera para conseguir comida y algo de beber. El agua que salía del grifo era cloro puro, imbebible.

Había comprado comida preparada y café soluble que mezclaba con agua calentada sobre el radiador. Había evitado todo lo posible el contacto con el exterior. Su mimetización con ese lugar era total, solo con la excepción de salir al súper.

Pasaba los días recordando momentos felices y pensando en la estrategia que tenía que llevar a cabo en los días venideros.

Se había comprado incluso una libreta y un bolígrafo para escribir lo que pensaba, algo parecido a un diario, pero sin serlo exactamente. Incluso se había atrevido a diseñar y representar el rostro de su hija.

La echaba de menos, cada día más. Cuando estaba lejos de ella, cuando no hacía guardia en su casa, se añadía a la nostalgia el miedo a que le hicieran daño.

La llamada de Jensen llegó cuando menos lo esperaba.

—¿Diga?

—Soy yo.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde el teléfono de una cafetería —dijo Jensen, y lo confirmaba el ruido del ambiente que tenía detrás, gente que

hablaba, platos, vasos que chocaban y la televisión de fondo.

—¿Y bien?

—En el sitio de siempre en media hora, nos vamos a ver con quien tú sabes —informó, y colgó.

Max colgó también el teléfono y se quedó mirándolo. No se movió, saboreando el momento, ese instante antes de la tormenta, antes de que todo se ponga en marcha.

Cogió el abrigo y decidió salir por la puerta trasera, la que daba a un callejón donde tiraban la basura.

Caminó hasta el metro y salió justo donde había acordado con Jensen.

Sin decir nada, subió en el coche y se fueron hacia donde tenían la reunión con el forense.

En esa ocasión, también el Titan tuvo que hacer peripecias y despistes para dejar atrás posibles coches que los siguieran.

Llegaron al restaurante que había en una carretera que llevaba a las montañas. Un lugar concurrido por camioneros y comerciales que hacían ruta.

Comida casera, parquin grande y una gasolinera barata. El paraíso de los viajeros.

Fosco los esperaba en la última mesa del comedor.

En cuanto se sentaron, al camarero solo le pidieron un café cada uno y unos pequeños tentempiés.

—Creo que vuestras sospechas están bien fundadas —dijo Fosco justo después de saludarse.

—¿Qué quieres decir? —dijo Max, inclinándose hacia él.

—He realizado las comprobaciones pertinentes y el cadáver tiene varias incongruencias.

—Te escuchamos.

—Sí, veréis… —dijo Fosco, y se calló para que el camarero sirviera el café—. El problema es que el cuerpo no tiene signos evidentes de que le hayan realizado una autopsia. Además, estaba escondido en un sótano de difícil acceso.

—¿Y cómo lo encontraste?

—Pues sabía que allí había una nevera y, como no estaba en ningún otro lugar, no podía habérselo llevado a casa.

Max asintió con las cejas arrugadas. Comenzaba a tener afecto por ese doctor forense que lo estaba ayudando, jugándose su carrera.

—Eso quiere decir que el otro forense está compinchado en todo este asunto.

Fosco asintió.

—Me temo que sí.

—Entonces, el informe forense es falso. ¿Hiciste una autopsia?

—Sí, ya que no se había realizado. El informe es un copia y pega de otro o incluso inventado por completo. Difiere mucho de lo que encontré…

—¿Y qué encontraste? —preguntó el policía.

—Lo llamativo es que las balas que había en su cuerpo eran del calibre doce cuando la pistola que se incautó en manos de Emma es una nueve milímetros. Eso ya es de torpes.

—No, de chapuceros —dijo Jensen—. Figo y Hastrich, los más corruptos y los más descuidados.

—No, simplemente, sabían ya de primeras que no se haría la autopsia. Punto —confirmó Max, y con una sonrisa en sus labios preguntó—. ¿Entonces, ya lo tenemos?

—Espera, eso no es todo… —dijo el forense.

Esas palabras pillaron desprevenidos a los otros dos.

Se miraron entre ellos y regresaron la vista con curiosidad hacia el forense.

En el rostro de Max había una expresión de incertidumbre y de curiosidad incontenida.

¿Qué más había encontrado el médico?

Max creía que ya se podía demostrar que Emma no había matado a su padre. Que era todo una puesta en escena que habían teatralizado los dos policías corruptos.

—El hombre no murió por los disparos, sino por una sobredosis de *potter*.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono.

—He encontrado una hernia cerebral provocada por un derrame. Seguramente, por la droga en altas dosis en su sangre. He tardado tanto en volver a contactar con vosotros porque he tenido que esperar las pruebas balísticas y las analíticas del laboratorio.

Fosco sacudió la cabeza y colocó las manos adelante como si tuviera que detener un coche en marcha.

—Espera, ¿eso quiere decir que, cuando dispararon al padre, ya estaba muerto? —preguntó Max, y Fosco asintió—. Eso quiere decir que es más fácil de explicar a un juez…

—Bueno, eso de explicárselo a un juez no sé yo… —dijo Jensen, escéptico—. Yo seguro que no sabría explicárselo. Bueno, sí, si me apuras, de un calibre doce a un nueve hasta ahí llego, pero de sangre, que si drogas o no sé qué has dicho de la cabeza, eso son palabras mayores…

—Pues lo tenéis muy fácil, os lo vuelvo a explicar las veces que os haga falta y os lleváis la carpeta con todos los documentos —sonrió Fosco.

Max y Jensen se miraron de reojo, algo no iba bien, algo no los había convencido.

—¿Qué? ¿Qué pasa ahora? —preguntó el forense.

—Creo que deberías explicar tú al juez lo que has descubierto.

Max dejó perplejo a Fosco.

34

Fosco no tenía ni idea de que tuviera que explicar a un juez lo que encontrara.

Eso eran palabras mayores.

Mientras Fosco valoraba la idea en su cabeza, Max sentía una profunda gratitud hacia ese hombre. El forense tenía la llave para excarcelar a Emma. Había encontrado el fallo en el sistema, la prueba empírica de que todo era una farsa; la chapuza montada era perfectamente demostrable.

El problema era convencerlo y, peor, las posibles consecuencias que sufriría al hacerlo.

—¿Yo? ¿Al juez del caso? Creo que sería mejor que se lo expliquéis vosotros dos.

Max pensó que eso no era posible. Él no existía, había muerto. Mejor dicho, vivía con una falsa identidad que le había proporcionado un mafioso. Parecía un chiste.

No era factible.

—Fosco Merrell, no podemos correr el riesgo de fallar con esto. Tenemos solo una posibilidad de demostrar que el caso no se sustenta. Si fallamos en el argumento o explicándolo, todo lo que has hecho y lo que nosotros hayamos hecho no habrá servido para nada, ¿me entiendes? —preguntó con el mismo tono negociador que le habían enseñado en la academia y que no había perdido.

Fosco asintió, pero su expresión no era del todo convencida.

—¿Quién eres, forastero? —preguntó.

—Mejor que no lo sepas, es mejor para todos.

—Tú sí que eres policía, ya habíamos trabajado juntos, pero ¿y tú? —insistió Fosco con curiosidad—. Si eres uno de esos mafiosos de ahí fuera, es mejor que lo dejemos todo.

Max sonrió de forma amarga.

—No, no soy un mafioso. Eso dalo por sentado.

—Entonces, ¿quién eres?

—No sigas por ahí, no te lo voy a decir. Necesitamos que vayas a hablar con el juez. Emma necesita ser liberada. Akeron City necesita que se sepa la verdad. Fosco, ¿nos ayudas?

El forense suspiró y dio un trago al café amargo.

Esas palabras le sacudieron la conciencia. Los mismos valores que tenía ese hombre misterioso eran los que compartía Fosco y los que lo empujaron a entrar en la academia Lombroso.

Sintió que en el fondo eso era hacer el bien a pesar de las posibles consecuencias.

Akeron City sería un poco mejor al llevar a cabo esa misión.

Había realizado lo más importante: descubrir la verdad.

—Está bien, ¿cuándo vamos a hablar con el juez? —suspiró Fosco.

Los otros dos hombres se alegraron, demostrándolo con una sonrisa.

—Bien, vamos. Por cierto, no os lo he dicho, he hablado con el abogado de Emma, esta misma mañana es la primera vista del juicio —anunció Jensen, soltando la noticia como si no fuera tan importante.

Max miró el reloj.

—¿A qué hora?

—Pues a las once de la mañana.

—Eso es dentro de media hora y si es la vista inicial, puede durar muy poco. A lo mejor llegamos a tiempo —dijo Max.

—Seguro que sí, esto es pan comido —respondió, optimista, Jensen.

Fosco se levantó.

—Siéntate, Fosco, por favor —dijo, serio, Max con una cierta tranquilidad que solo te confiere la experiencia, y el forense se sentó de nuevo—. Tienes que considerar que entrar en esa sala del tribunal es meterte en el ojo del huracán. Tu nombre aparecerá en la lista negra de los Grieco y eso tendrá consecuencias. Quiero… —dijo, y sufrió un golpe de tos—. Espero que expliques esto al juez, pero tienes que considerar que John Grieco puede retorcerte como una pitón y estrangularte.

Fosco, sin dar señal de haberlo entendido, pensó en esas palabras. Se tomó unos instantes antes de contestar.

—Llevo pensando en ello todos estos días. Es más, hace un día que tengo todo esto y, antes de explicaros la verdad, lo he reflexionado. Y he decidido, si no, no estaría aquí.

Max sonrió mientras asentía.

Apoyó sus dos manos encima de las de Fosco, que sujetaban aún su importante y valiosa carpeta con el informe forense.

—Ahora sí, vámonos.

Se levantaron y, después de pagar la cuenta, se detuvieron debajo del toldo de la entrada para protegerse de la lluvia.

—Fosco, creo que será mejor que vayamos solo con un coche —afirmó, indicando el Titan del policía—. Deja aquí tu coche y ven con nosotros.

Fosco asintió y protegió con su anorak la carpeta.

Jensen conducía y Max se sentó en el asiento del copiloto. Fosco, en cambio, ocupó los asientos de atrás.

Una vez en marcha, de forma casi descarada, otro vehículo, un todoterreno, arrancó del aparcamiento. Cuando llevaban unos kilómetros y varias intersecciones, aún los seguía.

—Parece que tenemos compañía, maldita sea —espetó Max, mirando el retrovisor.

Fosco se giró hacia atrás.

—A mí también me han seguido estos días —confesó Fosco.

—Ostras, podrías habérnoslo dicho —ladró Max—. ¿Hay algo más que deberías decirnos?

35

El gato y el ratón.

Cuando Max y Jensen eran compañeros y dos detectives en acción, lo que solían hacer era perseguir a los criminales.

Nunca escapar.

Las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

Max había pasado por una situación que le había cambiado la vida y esa era la segunda vez que tenían que dejar atrás a la mafia que los perseguía.

En la primera ocasión, lo habían conseguido, pero esa vez era diferente, ese todoterreno era más potente de lo que aparentaba.

Con velocidad, no lo perderían. Por habilidad, dudó bastante; Max sabía que Jensen no era, precisamente, un piloto profesional. Así que la situación hacía aguas por todos los lados. Y, además, llovía con intensidad; recorrer esa veintena de kilómetros hacia el palacio de justicia se estaba poniendo difícil.

Siguieron por la avenida que llevaba hacia el norte de la ciudad.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Jensen.

—Podríamos ir hasta el puente Reynolds desde el lado sur y dejarlo atrás cuando cierren el puente. Quedaría atrapado —propuso Fosco—. Siempre lo he soñado.

Max estaba pensando y no le contestó.

—Tenemos que despistarlo como sea. Enciende la sirena y a lo que salga. Que nos siga. ¿Te sientes listo para correr como si estuvieras persiguiendo a alguien pero al revés?

—¿Como esa vez que perseguimos al repartidor de pizzas te refieres? —dijo Jensen burlándose de Max.

—¿Qué repartidor de pizzas? —preguntó Fosco.

—Es una larga historia, será para otro día —afirmó Max mientras el policía se reía.

Bajó la ventanilla, sacó la mano y enganchó una sirena redonda en el techo; antes de meter la mano de nuevo, enseñó el dedo corazón al coche que los seguía. Activó la luz azul y pisó el acelerador.

Fosco se apretó el cinturón y comenzó a susurrar como si estuviese rezando a su dios.

Como sospechaban, el todoterreno los siguió mientras el Titan serpenteaba entre los coches.

—Gira aquí, sal de la autovía, espera al último momento.

Jensen, con un ojo puesto en el retrovisor, adelantó un coche por la derecha, luego, por la izquierda y empalmó con el giro, saliendo de la autovía.

Al ver que el todoterreno no los alcanzaba, los tres hombres celebraron que lo habían despistado.

—Acelera, acelera —dijo Max—. Directos al palacio de justicia.

—No tan rápido, amigos —confesó Jensen, que seguía mirando el retrovisor.

El todoterreno, más potente pero más lento al virar, se pasó la parada y clavó las ruedas.

Metió la marcha hacia atrás y derrapó las gruesas ruedas por el asfalto mojado.

Los coches le pitaban, pero no cambiaron las intenciones suicidas del conductor.

Retrocedió los metros necesarios para girar por la misma salida del otro coche y siguió aún más rápido que antes al Titan.

Este zigzagueó entre unos coches y se metió por una calle que llevaba al centro con un tráfico terrible.

—Bienvenidos a Akeron City, el distrito norte os da la bienvenida… —dijo Jensen con un tono sarcástico mientras veía la

calle llena de coches atascados.

—¿Alguna idea? —preguntó Max.

—¿Y si seguimos caminando?

—Son demasiados kilómetros, Fosco, está lloviendo y tu informe es oro, se mojaría seguro.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Jensen.

Hubo unos minutos de silencio hasta que el coche empezó a hacer maniobras adelante y atrás, como si tuviera que salir de un aparcamiento estrecho. Con la sirena activa, invadió una pequeña zona ajardinada y fue al otro lado de la avenida, por donde venían coches en dirección contraria.

El todoterreno hizo lo mismo.

—Maldita sea, esta vez se está poniendo difícil la cosa —gruñó Jensen.

—Hagamos lo del otro día —dijo Max.

—Ya se la sabe…

—Pues tendrás que esforzarte más y darle caña al Titan —ordenó Max.

Ese comentario picó al policía, que apretó aún más el acelerador. Giró hacia la derecha en dirección contraria al juzgado y se metió entre el tráfico que circulaba en sentido sur. Cogió el carril interno y bajó la velocidad mientras apagaba la sirena y encendía el intermitente hacia la derecha.

—No, espera —dijo Max—. No gires, sigue adelante, tengo una idea.

El policía obedeció y siguió recto en el carril central. A los pocos metros, otro semáforo en rojo se encendió. Los coches estaban detenidos y, entre ellos, el Titan y el todoterreno un coche por detrás.

—¿Aún tienes ese cuchillo mil usos aquí? —preguntó Max, abriendo la guantera.

—Sí, lo tienes ahí, me lo regaló mi madre.

—Pues dile de mi parte que es un gran regalo —dijo Max, y, justo después de metérselo en el bolsillo, bajó del coche.

Caminó agachado, pasando desapercibido por la fila a la derecha de los coches. Primero, hacia la acera y luego, hacia atrás. Se coló por detrás del todoterreno y desplegó la hoja del cuchillo.

Con un golpe seco, lo clavó en la rueda enorme y realizó lo mismo con el otro neumático trasero.

A Max no le preocupaba que los otros conductores lo viesen, estaban acostumbrados a no meterse en asuntos ajenos.

Se levantó y pasó al lado de la ventanilla del todoterreno.

Lo miró a la cara.

Parecía un calco de Freddy, alto, corpulento, con el pelo corto al estilo militar y con una pistola apoyada en el asiento del copiloto.

Lo miró y el esbirro le devolvió la mirada, sin alterarse.

Siguió caminando y entró en el Titan justo a tiempo para que el semáforo se pusiera verde.

—Sirena y da la vuelta, este ya no nos seguirá tan rápido —aseguró Max.

Jensen no esperó a que se lo dijera dos veces. Conectó la luz azul y, entre bocinas, dio la vuelta para ir hacia el palacio de justicia.

El tiempo apremiaba y tenían que espabilarse.

Solo pudieron ver cómo, de forma patosa, el todoterreno culeteaba cuanto más aceleraba.

En pocos segundos, ya estaban lejos, pero los problemas no se habían acabado.

—Continúan siguiéndonos —dijo Jensen.

—Pero si le he pinchado dos ruedas, eso es imposible —dijo Max, mirando por el retrovisor, y vio cómo dos motos los perseguían—. Mierda, Fosco, pase lo que pase, quédate agachado.

El forense obedeció, apretando contra su pecho con los dos brazos la carpeta del informe.

Jensen volvió a serpentear. Esa vez, las motos, que eran negras al igual que la vestimenta y los cascos de los hombres, no tenían intención de dejarlos escapar.

—¿Alguna idea? —preguntó Jensen.

—Estoy pensando —respondió Max.

Y la primera ráfaga de balas alcanzó al coche. Alcanzó el maletero y el cristal posterior.

—Mierda. ¿Fosco, todo bien? —preguntó Max.

—Sí, bueno, lo que sea.

—Quédate agachado —insistió Max—. Jensen, deja que uno te adelante por la izquierda.

—¿Por qué?

—¡Hazlo!

Jensen sorteó el tráfico y bajó la velocidad cuando llegó la segunda ráfaga de lo que parecía una metralleta semiautomática.

Entonces este se colocó del lado que había dejado libre y, cuando Max lo vio por el retrovisor, ordenó frenar.

Max abrió la puerta y la proyectó dándole una patada.

El motorista no pudo evitarla, al chocar con ella, saltó por los aires y aterrizó más adelante del coche.

—Uno menos —afirmó Max mientras cerraba con fuerza la puerta, que quedó un poco desencajada.

—Mi pobre coche —se lamentó Jensen a la vez que llegaba una tercera ráfaga desde el otro motorista que transformó la luna posterior en añicos.

Fosco, agachado y sujetando la carpeta como si su vida dependiera de ello, estaba lleno de trocitos de cristal.

—Sigue recto haciendo zigzag entre los coches —gritó Max, y esperó a que adelantara un coche para pasar a los asientos de detrás—. ¿Todo bien? —gritó hacia Fosco.

—¿Cómo quieres que esté todo bien? —gritó Fosco.

Max sacó su revólver y comenzó a disparar.

Tenía pocos disparos, solo seis en su tambor.

El primero fue de persuasión y, en respuesta, recibió otra ráfaga que casi pinchó una rueda.

El expolicía apuntaba, pero los movimientos continuos del coche no le permitían afinar la puntería.

A pesar de ser ya un nombre desaparecido del mapa, la formación de inspector de policía permanecía dentro de él. Eso hacía

que no pudiera disparar como si eso fuera el medio oeste, con el peligro de alcanzar a un inocente.

Pero, al mismo tiempo, estaba decidido a detener al motorista.

—En un par de kilómetros, estaremos en el palacio de justicia. Tienes que derribar esa moto sí o sí —ordenó Jensen.

«Vamos, Max, tú eras muy bueno en esto», se dijo en su fuero interno.

Apuntó, sintió el movimiento del coche y disparó un seguro tiro.

La bala pasó cerca del motorista y lo esquivó. Estaba a punto de responder con una ráfaga de la metralleta cuando Max sujetó su mirada y no se protegió detrás de los asientos: disparó una tercera bala directa a la rueda.

La bala no alcanzó al vehículo porque el motorista desvió la trayectoria de la moto. Sin embargo, el agua de la calzada lo hizo perder el control hasta acabar en el suelo.

—¡Vamos! Grande Ma… —gritó Jensen, interrumpiéndose a tiempo.

Este se sentó en el asiento y recuperó la respiración.

—Puedes incorporarte, Fosco, ya ha pasado. No te preocupes —dijo Max, y luego se pasó de nuevo al asiento de delante.

Jensen no paró de alabar al pistolero durante los pocos metros que quedaban para llegar hasta el juzgado.

Clavó las ruedas y se detuvo justo delante de la puerta. Habían llegado.

36

El palacio de justicia de Akeron City tenía una fachada de cemento pulido, como si fuera un estratosférico cubo.

Veinte metros de alto y solo tres gigantescas fisuras de cinco metros por casi la altura total, que eran las entradas.

No tenía ventanas. Un edifico blindado y de máxima seguridad, construido para hacer frente a la criminalidad como respuesta para gestionarla.

Max dejó la pistola en la guantera y dio las órdenes de dejarlo entrar un minuto antes a él, y luego, ellos.

Justo antes de salir de la cafetería, habían repasado el plan.

Max salió primero del coche y, a los sesenta segundos, salieron los otros dos del coche.

El expolicía pasó por el estricto control de metales y, en cuanto entró, buscó la sala donde se estaba procesando a Emma. Una vez localizada, fue directo hacia ella. Delante, otro policía lo cacheó y le pasó un detector de metales de mano.

La audiencia se había iniciado.

Se sentó en la última fila, como una persona más.

En ese momento, la jueza estaba hablando con el secretario. No se escuchaba lo que decían. En cuanto acabaron, la jueza se acercó al micro.

—Puede empezar el abogado de la defensa para exponer los hechos.

Un hombre de unos cincuenta años, en forma física y trajeado, se levantó y se acercó el micro.

—Gracias, su señoría —dijo, y se abrieron las puertas de par en par.

Las figuras de Jensen y Fosco aparecieron. El ruido hizo que el abogado callara y todos se giraran. Max vio dónde estaba Emma, cerca del abogado que estaba hablando. Al girarse, las dos miradas se clavaron como por una fuerza magnética.

Mientras Jensen entraba escoltando a Fosco, los otros dos no dejaron de mirarse.

—¡Orden! ¿Quién es usted? —preguntó la jueza Leine.

Jensen siguió hacia el estrado con una carpeta en la mano.

—Soy el inspector Jensen, de la comisaría de policía del distrito norte, y vengo con unas pruebas irrefutables que darán a esa chica la libertad.

Max pensó que como entrada en escena no fue de las mejores, pero, siendo Jensen, le salió muy bien, un poco teatrera, pero sirvió.

—Inspector, ¿sabe que estamos en medio de un juicio y que no puede interrumpir a la brava de esta forma?

Jensen ya estaba delante del estrado con la carpeta en la mano, sujetándola como si fuera la bandera de un equipo o de una nación.

—Lo sé, su señoría, con todo mi respeto, creo que debería escuchar lo que tiene que decir este hombre —dijo Jensen mientras dejaba caer ruidosamente la carpeta encima del estrado de madera maciza.

—¿Y quién es usted? —preguntó con un tono entre desorientado y aliviado.

—Este hombre es… —empezó Jensen, y lo interrumpió la jueza.

—Puede dejar que se presente él.

—Me llamo Fosco Merrell, soy el forense de la morgue número dos del distrito norte, su señoría —dijo con humildad.

—¿Qué demonios hacen ustedes aquí interrumpiendo un juicio público? —espetó la jueza.

—Señoría, soy consciente de que esta incursión no es justificable, pero le pedimos cinco minutos para que vea la autopsia que he realizado al cadáver de la víctima.

Ella lo miró con desconfianza. Se mojó los labios y buscó una carpeta.

—Ya tengo el informe forense, no me hace falta otro.

Fosco miró a la jueza con intensidad.

—Creo que… debería escucharnos cinco minutos, sería lo mejor —respondió con autoridad y un toque de misterio.

La mujer de la toga se tomó unos instantes para pensar y decidir qué hacer.

Una vez decidió, se acercó al micrófono.

—Suspendemos un cuarto de hora este juicio. Me retiro a estudiar estos documentos —dictaminó. Se extendió un murmullo por toda la sala, pero la decisión ya estaba tomada.

37

—Espero que este informe valga la pena —dijo la jueza, escéptica.

Fosco suspiró y abrió la carpeta.

—Yo creo que sí.

—Pues empiece, no tiene mucho tiempo.

El despacho de la jueza estaba forrado de madera y no tenía ventanas, por eso, había cuadros y pósteres que reproducían obras de arte con vivaces colores.

Librerías y un escritorio de madera maciza.

Jensen, la jueza Leine y Fosco estaban sentados en una mesa redonda de reuniones.

La mujer daba la impresión de ser primeriza en juicios de esa índole, no por la inseguridad, sino por la edad que mostraba.

—El problema surge porque encontré casi por error el cadáver del padre de Emma —explicó, y lanzó una mirada a Jensen; ella lo vio, entendiendo que era mentira.

La reunión no empezaba bien.

—Aceptaré que lo ha encontrado por error. Siga, forense.

—Bueno, en fin, cuando lo vi, pensé que era reciente porque no se había realizado aún la autopsia, pero no tenía constancia de que hubiera entrado un varón blanco de esa edad con esas lesiones. Así que busqué el informe de mi compañero… —dijo Fosco, acompañado de un suspiro por las complicaciones que destapar eso podía conllevar—. Y no coincidía la autopsia con la realidad. Todas las fotos eran de otros cuerpos.

Fosco sacó las primeras fotos. En ellas, se veía perfectamente cómo el cuerpo conservaba los proyectiles dentro con la cabeza intacta y el abdomen sin inspeccionar.

—Como puede ver, estas fotos son de después de la fecha de su informe.

El rostro de la mujer mostró curiosidad combinada con una cierta desaprobación.

—Espere, déjeme que asuma que la autopsia que la policía me entregó es papel mojado, ¿es así?

Jensen y Fosco se miraron.

—Por esto estamos aquí, jueza —respondió el policía—. Espere, que aún no ha empezado lo bueno.

Ella respondió con una cara que no disimulaba que estaba cabreadísima con ellos.

—Siga, forense.

—Bien. Realicé la autopsia a pesar de que mis superiores no me lo pidieron, pero…

—No quiero saber el porqué, así no tendrá que mentirme de nuevo. Siga.

—Está bien. Hay dos problemas principales. El primero es que el cuerpo fue alcanzado por balas de una pistola de calibre doce y el arma incautada, en teoría, con las huellas de la imputada, es una nueve milímetros. Eso quiere decir que es posible que no haya sido la muchacha quien disparara.

—¿Perdone? ¿Entonces, quién ha disparado?

Fosco se encogió de hombros.

—Eso yo no lo sé, es un problema que la medicina forense no puede solucionar, lo que sí puedo decirle es que esa pistola no realizó ni un disparo que alcanzara el cuerpo.

—Entiendo. Pero esto no es todo, ¿verdad?

—Efectivamente. Los disparos no generaron hemorragias ni salpicaron, ni livideces propias de esas heridas.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que los disparos fueron realizados *post mortem*.

—¿Cómo?

—Sí, el padre de Emma ya estaba muerto.

La mujer se quedó desconcertada y se apoyó en el respaldo.

—Siga.

—De esta manera, cuando vi que el cadáver presentaba esas heridas, procedí a su estudio. En el abdomen y en los órganos internos, no había nada que destacar. Pero en la cabeza, allí encontré un premio —dijo, atreviéndose a llamarlo de esa forma tan trivial.

—¿Qué encontró? —preguntó ella.

—Una hernia cerebral.

—Soy jueza, no médico, ¿qué quiere decir?

—Pues que tuvo un derrame cerebral. La sangre tenía una cantidad masiva de *potter*, esa droga que está haciendo estragos…

—Sí, sé muy bien qué es el *potter*.

—Perfecto, es posible, es decir, creo y remarco… que una sobredosis provocó el derrame y la muerte posterior.

—Es decir, el hombre se metió una moneda de *potter* mal cortada y murió. Luego, le dispararon. No siendo suficiente con eso, inculparon a la hija. ¿Por qué? —preguntó ella.

—No lo sé, esto lo tendrá que descubrir usted —afirmó Fosco.

Ella bajó la mirada.

—Usted, como médico forense, ¿se atrevería a afirmar que este hombre no ha muerto por arma de fuego, sino como consecuencia de haber consumido la droga?

—Hay que puntualizar que no es incompatible una cosa con la otra. Puede que hayan coincidido en espacio y tiempo, pero sería mucha casualidad. Lo que sí le digo es que murió porque su corazón se detuvo. No por nada más.

Ella asintió.

—Está todo claro. Creo que nos ha ayudado muchísimo. El juicio acaba de dar un giro de ciento ochenta grados —confesó la jueza, levantándose—. Tenemos que ir otra vez a la sala. Les aconsejo que no vuelvan allí, váyanse por la puerta de atrás. Nunca se sabe.

—Gracias —dijo Fosco, y lo repitió Jensen.
—Gracias a ustedes, Akeron necesita más personas así.
El forense se encogió de hombros.
—Y como usted —concluyó.

38

Cuando el juicio se reanudó, Jensen y Fosco ya se habían marchado.

Solo quedaba Max en la sala. Al fondo, mimetizado entre el público, se quedó a mirar cómo procedía el juicio y si el pequeño cónclave había tenido efecto.

Durante la mayoría del tiempo, se había estado mirando con Emma. Como si tuvieran que recuperar el tiempo perdido de esos años que habían permanecido alejados.

Eran los mismos ojos que esa lejana noche lo ayudaron a resolver la situación en la que se había metido Max. Hacer desaparecer a Freddy y teatralizar la puesta en escena de su muerte.

Sentía una fuerte deuda hacia esa chica. En el momento que Michael Corvo le propuso devolver el favor de esa manera, se despertó ese sentimiento de compromiso hacia ella.

Allí estaba, en el banco de los imputados sin haber cometido ningún delito, solo el de ayudar a su familia y colaborar con una mafia para el bien.

El murmullo se interrumpió cuando el secretario se levantó.

—¡En pie! —ordenó—. ¡Entra la jueza Leine!

Todos se levantaron y entró la mujer.

Se sentó y dejó en el estrado lo que llevaba.

Max sintió que algo había ido bien. Lo dedujo porque lo que dejó era la carpeta de Fosco.

Si la tenía era un buen auspicio.

—Siéntense —indicó la mujer, y se quedó callada por unos instantes.

A Max, desde la última fila, le hubiera encantado saber qué demonios pensaba en esos momentos mientras confabulaba en su fuero interno cómo reanudar el juicio.

—Hay novedades que no esperábamos en este caso. Se me ha presentado y se me ha puesto a disposición una información nueva que deja este juicio sin causa —dijo, y se extendió un pequeño murmullo entre los abogados y el fiscal—. Me veo obligada a declarar nulo este juicio por falta de pruebas y por inconsistencia de la acusación.

—Pero, su señoría, no he presentado mis pruebas ni me ha escuchado —intervino el fiscal.

—Le agradecería que no me interrumpiera, fiscal. Recibirá una copia de las pruebas que dejan este caso completamente nulo. Cuando las haya examinado y estudiado, será libre de actuar como crea oportuno y, si considera que este juicio se deba plantear de otra forma, cosa que no creo, o incluso apelarlo, tiene todo el poder de la ley de su lado, ¿me ha entendido?

El fiscal se quedó atónito, sin entender lo que estaba sucediendo.

—Doy por concluido este juicio. Se pondrá en libertad a la acusada y se procederá a compensarla por los errores judiciales de este procedimiento —dijo con tono amable, y luego continuó con un tono severo—. En cambio, ordenaré una investigación interna para comprobar posible mala praxis del forense que entregó el primer informe y de los agentes que, según ellos, cogieron in fraganti a la implicada. Con esto, ordeno que sean suspendidos de sus trabajos y sueldos en el acto y que Asuntos Internos lo investigue. Esta es mi resolución —dictaminó, y se levantó.

—Se levanta la moción. ¡En pie! —gritó el secretario, y el público, perdido por lo que estaba sucediendo, obedeció.

El fiscal se acercó a la jueza.

—No puede hacer esto. Hay un procedimiento, hay unas normas, tenemos un imputado y unas pruebas. ¿Qué farsa es esta? —gritó a

la mujer que se estaba retirando.

Ella se detuvo y se giró.

—No me obligue a expulsarlo de mi sala y Dios sabe que soy capaz de hacerlo —amenazó la jueza.

Fiona Leine se quedó un segundo para ver qué hacía el fiscal y, al comprobar que no pretendía enviar su carrera personal al abismo, desapareció hacia su despacho.

Cuando los guardias penitenciaros la levantaron, las miradas de Emma y Max se volvieron a entrelazar.

Una sonrisa apareció en sus rostros. Ella dio «gracias» antes de que el guardia se la llevara.

El hombre del otro lado de la sala pudo leer sus labios y entender lo que había dicho.

Emma desapareció por la puerta y Max se sentó.

Lo habían conseguido.

A pesar de estar oficialmente muerto, con ese caso, había podido seguir haciendo su trabajo de inspector de policía.

Sintió como el fuego de la pasión y de la justicia se encendía en su interior.

Como en una misa después de la ceremonia, todos se fueron marchando.

Podría haber salido, pero quiso conservar esa sensación de satisfacción y ayuda, sentir y apreciar el momento.

Se quedó un buen rato más.

Se preguntó qué sería de él ahora. Corvo le había entregado una misión y la había cumplido. Debería volver a dormir en el hueco del cajero automático, seguramente. Pero no tenía ningunas ganas de levantarse de allí. Quería sentir el placer de la victoria, eran demasiados años sin apreciarla en sus venas, bajo su piel.

Solo cuando un trabajador del juzgado le pidió que se marchara, se levantó.

Se detuvo a un paso de la salida.

Se dio la vuelta y observó cómo las dos puertas de madera maciza cortaban su vista hacia el estrado.

Se sintió vivo otra vez.

Se sintió útil otra vez.

A pesar de tener un futuro incierto, fue optimista. Como hacía mucho tiempo.

39

Ya se había servido el café y postre.

Todos los comensales habían acabado de comer.

Por la ventana, el mar se había tranquilizado después de la noche y mañana de oleaje intenso. La ciudad flotante de los Corvino se estaba estabilizando y la vida en el buque volvía a su actividad normal.

—Pues esto es todo, Olivia —concluyó Michael Corvo.

—No tenía ni idea…

—Obviamente. Por eso quise, ya que nos había encontrado, que supiera la verdad —confirmó Corvo.

—Tengo una pregunta. Bueno, de hecho tengo muchas, pero… ¿qué pasó después?

—¿Después de qué?

—Después de ese juicio.

Corvo torció la boca y miró a Emma. Esta se limpió los labios y dejó la servilleta plegada al lado del plato del postre.

—El fiscal no dio su brazo a torcer —dijo ella.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia.

Emma sonrió y miró a Corvo.

—El fiscal se encabezonó con mi caso. ¿Sabes cuando alguien te usa como diana y hace de todo para que te destrocen la vida? Pues eso. Siguió acusándome e inventando más cosas sobre mí.

—Sabemos que ese fiscal estaba en nómina del Grieco —aseguró Corvo.

—Me hizo la vida imposible hasta que encontró a un juez que quiso volver a abrir el caso y se sacó de la manga que el forense real había sido el otro y no Fosco, así que desmanteló la defensa y volvieron a intentar meterme en la cárcel por un homicidio que no había cometido.

Olivia, que no se perdía ni una palabra de lo que le explicaba, arrugó el ceño.

—Pero volviste a ganar el juicio, ¿no? —preguntó Olivia.

—El segundo juicio nunca se realizó. Nos fuimos antes —dijo Corvo.

—Michael me acogió y me convertí en su ayudante.

—No, en mi Consejera.

—Bueno, pues eso. Y él me planteó qué podíamos hacer. Así que tuve la idea de desplazar toda la organización a un barco —dijo Emma.

En su manera de decirlo se vio que había un punto de orgullo en haber pensado esa idea tan descabellada.

—Emma pensó en un crucero. No era un problema comprar un crucero de segunda mano, son baratos y tienen todas las comodidades, y para nosotros hubiera sido perfecto, mucho más práctico y listo para subir y zarpar y no volver —indicó Corvo del otro lado de la mesa, que hablaba mirado a Emma con cariño y admiración, como si entre los dos estuvieran recordando viejos tiempos.

—Pero… —añadió Emma— el problema es que un crucero en medio del mar casi siempre parado no pasa desapercibido. Así que optamos por un barco mercante y lo convertimos en una ciudad flotante. De esta forma, un barco que parece uno como otros detenidos en el mar a nadie le llama la atención.

—Menos a usted —dijo Corvo, indicando a Olivia—, que nos ha encontrado.

Oliva se encogió de hombros.

—Así que Max vino con nosotros —dijo Emma mientras apoyaba la mano encima de la suya con un cariño similar al de una hija a su

padre.

A Olivia le gustó ese trato porque, a pesar de todo, ese buque y esas personas se habían convertido en la familia de su padre.

Olivia sabía que la vida podía cambiar en un instante. Ella lo había vivido y sufrido.

De la misma manera que de golpe y porrazo tu familia se desvanece, de pronto, aparece otra. Y esas personas habían cuidado a su padre, sacándolo de la calle y dándole lo que más se pudo parecer a un hogar.

Sintió pena por no haber sido parte de esa familia nueva que había tenido su padre. Y del mismo modo, sintió agradecimiento por haberlos conocido.

—Creo que ahora lo entiendo —dijo Fosco, interrumpiendo la historia—. Nunca había relacionado las cosas. John Grieco mató a mi familia. El francotirador de la masacre del Stark Arena no disparó de forma aleatoria, era bien calibrada. Sabían que era el momento de vengarse y matar a mi familia. Los Grieco sabían que estarían allí y sabían que era lo peor que me podían hacer. Hoy lo he entendido, una venganza consumida en frío después de tantos años. Porque estropeé el juicio contra Emma. Ese fue el coste personal que tuve que pagar —murmuró Fosco a punto de llorar.

—Lo siento en el alma, Fosco —dijo Max—. Cuando estuvimos en la cafetería y te pregunté si estabas dispuesto a seguir y tú me dijiste que sí, y que lo más importante era poner orden en Akeron City…, pues ese discurso venía por eso. Antes o después, los Grieco devuelven el sablazo. Y esto nos ha pasado a todos, todos estamos implicados en lo mismo y a todos nos ha quitado algo y modificado nuestras vidas. Lo siento, es lo que me temí en ese momento. Pero yo tampoco llegué a relacionarlo —concluyó Max.

Fosco miraba fuera de la ventana, hacia el infinito. Una lágrima bajó por su mejilla y la quitó rápidamente, casi avergonzado. El pensamiento de haber sido el artífice de la muerte de su familia le cruzó el costado como un cuchillo ardiente.

—La carta del francotirador decía que había sido aleatorio. Pero no fue así, esa carta quiso hacerme sentir mejor, por eso la buscaban los Grieco, para que yo supiera la verdad y no una excusa barata.

—Fosco, lo que pasó, pasó. ¿Cuánto has ayudado a Akeron para que fuera mejor con todas tus autopsias? Siéntete orgulloso.

—Lo siento, es imposible ver una parte positiva en esta situación —dijo Fosco, se levantó y se giró hacia Corvo—. Gracias por la comida, me retiro a mi camarote.

Todos los comensales se quedaron callados, solo Olivia se levantó para seguirlo.

Cuando Fosco cerró la puerta del camarote donde había comido, se alejó por el pasillo.

Sintió la venganza corroerle como ácido sulfúrico. La sangre le hervía y las uñas se le clavaban en las palmas de las manos.

Percibió que eso le había abierto los ojos. Después de haber recordado ese día, se juró que el caso de la masacre del Stark Arena no se había acabado, faltaba el último acto para concluir esa tragedia y estaba dispuesto a llevarlo a cabo él mismo.

40

No consiguió pegar ojo.

En esa ocasión, no fue debido a la tormenta, que ya había acabado, sino por una idea fija.

Decidieron regresar con la zódiac el día después. Pasó la tarde en el camarote y dando paseos con Olivia por las zonas ajardinadas de popa.

Fosco parecía enfadado, pero nadie imaginaba lo que se estaba fermentando en su interior. Olivia, a pesar de estar a su lado y de animarlo, no concebía lo que estaba maquinando.

A la mañana siguiente, Donati, que se había quedado todo el tiempo en su camarote, estaba listo.

Fosco y Olivia, recién desayunados, habían ido directos a la escalera que bajaba y llegaba hasta la pequeña embarcación.

A despedirse de ellos fueron Emma y Max. A Michael Corvo no le gustaban las despedidas, prefirió hacerlo el día anterior.

A Max se le escaparon varios lagrimones al ver cómo de su vida volvía a salir su pequeña Olilì, pero tuvo que aceptarlo.

—Os hemos llenado el depósito de carburante. Además, hemos puesto dentro algo de comida y bebida. Creo que iréis bien —dijo Emma.

—Gracias —respondió Olivia.

—Gracias a vosotros por la visita. Aquí tenéis vuestra casa —confirmó Emma, y se despidió de la inspectora de policía con un abrazo.

Mientras estaban las dos mujeres abrazadas, Olivia le susurró al oído:

—Cuida de mi padre.

—Llevo casi treinta años haciéndolo —respondió Emma.

Al separarse, Olivia fue a saludar a su padre y Emma, a Fosco.

Fosco fue a abrazarla, pero ella le hizo un gesto con la cabeza. Se apartaron un par de pasos de Donati y de los otros dos.

—Teníamos un trato, Fosco —dijo la Consejera—. Cuando te quedaste para resolver el caso del hombre acuchillado, me dijiste que lo harías con una condición.

Fosco asintió. Estaba serio, la versión más rígida y dura que había visto en esos días la Consejera.

—Me acuerdo, pero pensaba que no podías averiguar dónde estaría.

—El tercer hermano, como se llame, no está vivo. Lo mataron en una reyerta. Lo siento.

—Ya no es mi objetivo, ese hombre era un títere, ya no me interesa.

—Lo sé, por eso vengo a decirte que tienes una ventana de oportunidad para verte con el otro. Sabemos que estará en este lugar a esta hora con esta persona. Es una información sensible de primera mano, la hemos conseguido después de mucho tiempo de trabajo de campo.

—Me lo imagino.

Emma le pasó una nota de papel con un nombre, una dirección, una fecha y una hora.

—Lo hubiera ordenado hacer yo, pero…

—¡No! Quiero ser yo, tengo que ser yo, no hay otra manera. Esto ha llegado demasiado lejos, Consejera. Gracias.

Emma sonrió.

—Si cambias de idea…

—No lo haré. Gracias.

—Te echaré de menos.

Le hubiera gustado decirle que él también la echaría de menos, pero no sintió decírselo. Tenía una misión y solo pensaba en eso. No había lugar para nada más.

Emma se acercó y lo abrazó.

—Suerte con cualquier cosa que tengas en mente.

Él esperó a que ella dejara de abrazarlo y entonces se separó.

Sin decir nada más, Fosco fue el primero que bajó hasta la lancha de la policía fluvial de Akeron City.

Detrás de él, fueron Donati y Olivia.

La mujer arrancó la lancha y, después de desatarla con las cuerdas, se empujaron para coger distancia. Accionó los motores y se separaron. Olivia no fue directa hacia la costa, sino que dio la vuelta al barco. Primero, hacia mar adentro, como si hubiera perdido el norte, pero fue para ver la ventana del camarote de Corvo. Desde allí, él los vio pasar y levantó la mirada de su libro, vio cómo Olivia dirigía la mirada hasta la ventana. Al pasar, sintió la mirada del hombre. No era una despedida al uso, pero era una manera de demostrar agradecimiento hacia ese hombre esquivo.

Recorrido el lado derecho del barco, aceleró los motores hasta ponerlos a su potencia máxima con dirección a la costa. Después, recorrió el río Caronte para dejar la lancha en la base de la policía fluvial, concluyendo así la aventura que pocos días antes había realizado al revés para buscar a Fosco.

Olivia, en ese viaje, sintió como una misión finalizaba.

Fosco, en cambio, sintió como una nueva misión recién comenzaba.

41

Varios días después.

El día empezó tarde para John Grieco.

La noche anterior había trasnochado como hacía muchas veces. Clientes, alcohol, mucha comida y negocios.

Como siempre, desayunó *croissants* de una pastelería de Akeron, que se los llevaba calientes, y café con *whisky*. Cuando el café se acabó, añadió a la taza *whisky* solo.

Escuchó en el canal informativo de Akeron City las noticias y miró un informe contable sobre las ventas del día anterior, de todos los tentáculos que tenía extendidos por la ciudad.

Luego, se metió en el *jacuzzi* una hora con una botella de *champagne* caro y miró la televisión de gran tamaño que tenía en su cuarto de baño.

Cuando pasó la hora, salió y se vistió.

Bajó al parquin subterráneo con su guardaespaldas y entraron en un todoterreno con los cristales tintados. Al mismo tiempo, su limusina se ponía en marcha para salir antes que el todoterreno.

La doble protección era algo normal en los Grieco: él se iba con su coche y otro parecido se iba en otra dirección completamente diferente. Metido en los negocios en que estaba, nunca estaba de más un extra de seguridad.

La limusina fue hacia el norte, él, en cambio, fue hacia el sur.

El todoterreno se abrió paso entre la lluvia torrencial de ese día. El puente Reynolds se cerró justo a su paso, levantando las dos partes para dejar pasar un barco.

Siguió por la avenida Montessor y se coló por la compacta y tupida red de callejones más oscura del distrito sur.

Cuando llegaron al destino, se detuvo delante de un edificio igual a los que había en esa calle.

Uno como otro.

Bajó un guardaespaldas y entró en el edificio. Pasados unos minutos, salió y fue a buscar al mafioso. Este entró escoltado por él. Los esperaba una señora de grandes dimensiones y voz estridente. Hizo los honores de la casa, saludándolo y mintiendo sobre qué guapo estaba el invitado. Lo acompañó hasta la estancia donde lo tenía todo preparado.

Ella se detuvo en la puerta, junto al guardaespaldas.

John Grieco entró en la estancia, saboreando lo que había dentro y dejando el mundo fuera de allí.

Las dos chicas, su capricho, lo esperaban en la cama con forma de corazón. Las dos, gemelas y con rasgos extranjeros, lo miraron con lujuria y perdición.

En cuanto lo vieron, como dos víboras, se lanzaron hacia él para quitarle la ropa. Él se dejó y, en pocos segundos, se encontró en la cama rodeado por las dos chicas. Una se sentó en su cara para que le diera placer sexual mientras la otra le practicaba una felación.

La mujeres gemían y gritaban con voz aguda y casi infantil, tal y como le gustaba a él, un placer que se concedía una vez a la semana.

De repente, la chica que le estaba dando placer se apartó. Ya lo sabía, era porque quería que él la penetrara, pero se resistía a sentarse sobre sus atributos.

Tardaba. Interpretó que quería jugar, esas dos gemelas eran lo peor, le encantaban. Pero la chica que estaba sentada sobre él también se alejó.

La segunda se colocó al lado de la primera. Miraban hacia la pared, temblando.

John Griego arrugó el ceño.

—¡Qué coño hacéis ahí, guarras, venid aquí! —ordenó, y sus gritos solo provocaron que ellas temblaran aún más.

Los dos cuerpos esbeltos, de piel muy blanca y fibrada, estaban atemorizados por algo que tenía el hombre a su lado.

El mafioso se giró y vio la figura de un hombre de pie. Se asustó. Pero lo hizo más cuando vio que tenía una pistola con silenciador en la mano.

—Joder. ¿Quién coño eres?

—Cállate o te prometo que te mato —espetó.

—¡Ed! —gritó el mafioso.

—Ed ha muerto y la señora que regenta este puticlub de lujo también. Y pronto tú también si no me escuchas.

El hombre levantó la mano, era la primera vez que tenía miedo desde hacía tiempo.

—¿Quién… quién eres?

—Mataste al padre de Emma hace casi tres décadas y quisiste meter en la cárcel a su hija, que investigaba el *potter*.

—¿Quién eres?

—Mataste a mi familia en las puertas del Stark Arena hace cinco años.

—¿Qué?

—¿No te acuerdas de mí? ¿En serio? Sé que sabes quién soy, porque mandaste matar a mi mujer, Claire Merrell, y a mi hija, Lèa Merrell. ¿En serio no te acuerdas? —dijo con un tono de voz de vengador.

El mafioso esperó unos instantes para pensar hasta que entendió quién era.

—Fosco Merrell, el forense. Por fin nos conocemos en persona.

—Por desgracia, nuestros caminos se han cruzado.

—Eso parece…

—¿Por qué mataste a mi familia y no a mí?

El mafioso rio de forma despreciable.

—Sería demasiado fácil matarte, tenías que sufrir. Todos lo que ponéis una zancadilla a los Grieco os enfrentáis a una consecuencia aplastante.

—Mi hija tenía trece años y mi mujer no tenía nada que ver con esto.

—Era lo que más apreciabas, eso para mí era lo importante. No me interesaba nada más. Que sufrieras en el momento menos pensado. Cuando la gente olvida, nosotros ejecutamos.

Fosco lo apuntó con una pistola con silenciador. Llevaba un chándal oscuro, una cazadora negra y la venganza en las pupilas.

Le temblaba el arma. De miedo. Nunca había hecho eso antes. No quería hacerlo, no era de su gusto. Él estudiaba los cadáveres y hablaba con ellos para entender cómo se había producido la muerte y, sobre todo, quién les había quitado la vida.

Nunca habría pensado que él enviaría un cadáver a una morgue.

—Fosco Merrell, no es fácil disparar, ¿verdad? Es más fácil pensarlo. Cuando tienes delante la realidad, es otra cosa, ¿verdad?

Fosco miró el reloj, ya era hora.

—Déjalo, eres un gallina. Estás a tiempo, forense, te voy a cubrir de oro si dejas la pistola. Te doy mi palabra.

Fosco tuvo como una epifanía. Del mismo modo que las personas que pasan por una situación cercana a la muerte tienen una secuencia de sus momentos vitales más importantes, a él le pasó lo mismo. Antes de quitar la vida de otra persona, él probó lo que nunca se habría imaginado: todos los cadáveres que pasaron por su mesa de autopsias vinieron a su cabeza, como si quisieran advertirle de que no pasara la línea, de que no se convirtiese en un asesino. Pero la policía llegó a la puerta y Fosco soltó un suspiro de alivio.

—Ya es hora, malnacido.

—¿Qué? ¿Es la poli? ¡Socorro!

—Hijo de perra, la he llamado yo para que tus guardaespaldas no me maten y que la gente sepa lo que has hecho.

—No te entiendo. ¿Qué coño dices, forense? ¡Ed!

—¡Policía! Echaremos la puerta abajo como no abran.

—No tienes que entender nada, hijo de perra.

Hubo un golpe sordo del otro lado de la puerta. La policía quería entrar como fuera.

Fosco sintió que era el momento, apuntó y, sin más dilaciones, apretó el gatillo y se liberó de un peso. La bala fue directa al centro de la frente de John Grieco, matándolo al instante.

El mafioso cayó sin fuerzas en la cama con la boca abierta, los ojos mirando al techo sin un punto fijo y un orificio en la frente.

Fosco descargó la pistola y la dejó desarmada en la moqueta de la habitación.

Se arrodilló de cara a la puerta y cruzó las manos detrás de la cabeza.

Al segundo golpe, la puerta cedió y entraron los agentes. Apuntaron y gritaron al hombre de negro, pero era innecesario. Él mismo había llamado para advertirlos de lo que iba a hacer y que fueran a buscarlo. Los agentes solo pudieron confirmar lo que había advertido por teléfono y certificar la muerte.

El plan de Fosco, para su *vendetta* personal, se había cumplido. Se sintió un criminal, pero, al mismo tiempo, había hecho justicia, su justicia. Antes de salir, esposado, se giró a ver al mafioso, que yacía como en su momento lo hicieron su mujer y su hija. Por fin, había conseguido su *vendetta*, por fin, había sentido paz después de tantos años.

42

Varios meses después.

A Fosco solo le quedada explicar los hechos que había cometido.

No había explicación. No había redención.

Él había realizado esa monstruosidad. Él era culpable, vieras la situación desde el lado que quisieras verlo.

Nunca se hubiera imaginado estar allí explicando ese homicidio desde el banco de los imputados y menos de un asesinato que cometió él.

—Como he dicho, lo hice, tenía que hacerlo, él había ordenado matar a mi familia después de tanto tiempo. Cuando, si se acuerda, su señoría, entré por esa misma puerta hace casi dos décadas con una carpeta para salvar de una imputación injusta a una chica, no me di cuenta de que entraba en la lista negra de la mafia de John Grieco. Desde entonces, me vigilaron. No me mataron a mí, el directo responsable, esperaron. Esperaron a que tuviera algo importante, algo que valiera la pena perder. Así lo hicieron, así fue la masacre del Stark Arena. Por eso he matado al mafioso John Grieco.

En la sala se hizo silencio.

Los ojos de la jueza Leine estaban firmes sobre él y no se perdían una sola palabra. Su expresión difería mucho del primer día que se habían conocido en su despacho, escuchando sus teorías del informe forense que no se había llevado a cabo de forma legal.

Todo había cambiado. En veinte años, Akeron había cambiado y, con ella la justicia, la criminalidad y, por supuesto, el forense.

Las circunstancias esculpen nuestro carácter. Siempre se lo decía Fosco a su hija. Y solo entonces se dio cuenta de que esa frase era para él y no para ella.

—No tengo nada más que decir —finalizó Fosco.

—Señor Merrell, ¿seguro que no quiere que le hagamos un análisis psicológico para estudiar las consecuencias de perder a su familia? —dijo la jueza, mirando de forma alternada al imputado y a su abogado—. Podríamos buscar la incapacidad cognitiva.

—Protesto, su señoría, está claramente ayudando al imputado —gritó el fiscal.

—¡Cállese, fiscal! —cortó al letrado.

El abogado de la defensa miró a Fosco.

—No. No estoy loco ni tengo secuelas psicológicas por lo que me ha sucedido. Estoy lúcido y en el pleno uso de mis facultades. Pero gracias por la ayuda, su señoría —confesó Fosco.

La expresión de la jueza transmutó en condescendiente y en pena.

Por los altavoces de la sala, se extendió un suspiro profundo que emitió la jueza.

A punto de jubilarse después de una intensa y larga vida con la toga, ese era uno de los más dolorosos y últimos juicios que tuvo que realizar.

Se lo pensó un segundo y lo preguntó.

—¿Algo más, abogado? —dijo la mujer, mirando al letrado.

—Nada más, gracias.

Luego, se lo preguntó a Fosco y este contestó lo mismo.

—Entonces, me retiro a deliberar —confirmó.

Toda la sala se levantó cuando salió la jueza, que se encerró en su despacho para la resolución del juicio.

Fueron los minutos más largos de Fosco en esa sala. Incluso más de los que estuvo escondido debajo de la cama de las dos gemelas esperando a John Grieco.

Se hicieron eternos y por delante se pasaron muchas opciones de todo lo que haría en su tiempo libre en la cárcel.

Cuando salió la jueza Leine, de nuevo, todos se levantaron y esperaron ansiosos el veredicto.

Se aclaró la voz y bebió un trago de agua.

—He llegado a una conclusión. Con todo el rigor, la responsabilidad y el peso de la ley que represento, declaro culpable de asesinato al acusado Fosco Merrell, por haber dado muerte a John Griego. A pesar de que sobre la víctima recaían múltiples imputaciones, entre ellas, tráfico de armas, estupefacientes, prostitución y varios juicios aún en curso, su presunta conducta delictiva no había sido todavía demostrada ante esta corte. En consecuencia, seguía siendo un ciudadano libre y con plenos derechos en Akeron City —dijo la jueza, y por la sala se levantó un murmullo. Por detrás, los medios de comunicación estaban haciendo fotos y grabando el juicio del año—. Por el poder que me ha sido conferido por el Estado y por esta jurisdicción, condeno a Fosco Merrell a veinte años de prisión con revisión a los diez años, en caso de demostrarse buena conducta durante el cumplimiento de la pena.

—Protesto. Eso es muy poco —gritó el fiscal.

—Cállese, fiscal, o lo expulso de la sala —respondió la jueza gritando—. Esta es mi decisión y así se hará. Puede usted recurrir, señor Merrell.

Fosco se acercó al micro y dijo:

—Gracias, pero no pienso recurrir —concluyó, y se separó del micro.

—El juicio se ha acabado —concluyó, y se levantó.

La jueza, antes de desaparecer, intercambió la última mirada con Fosco. En esa mirada había un «perdona» y un «suerte». Luego, desapareció y esa fue la última vez que Fosco vio a la jueza Leine.

Bajó la cabeza Fosco y ni siquiera escuchó lo que le dijo su abogado. Solo se dejó llevar por los guardias carcelarios para devolverlo a la prisión, donde pasaría mucho tiempo pagando su pena.

43

El convoy de traslado de Fosco Merrell empezó bien.

Tranquilo.

Todo tenía que salir bien, no había peligro de que ese hombre abatido escapase, ni cometiera ninguna locura. Parecía un prisionero modélico.

Los agentes que lo desplazaban iban confiados.

El convoy estaba formado por una furgoneta, donde se transportaba al preso, y un coche patrulla delante. Punto, nada más.

Desde que salieron desde los subterráneos del palacio de justicia, los dos agentes que estaban del otro lado de la reja no paraban de hablar del partido del día anterior.

El chófer escuchaba lo que decía el otro. Este criticaba la defensa y al entrenador con una conciencia de conocimiento de causa. No daba margen a que el otro agente hablara ni que hubiese otro tipo de opinión.

Fosco iba esposado y con los ojos cerrados.

Solo se quedaba con alguna palabra que escuchaba, solo porque las decía más efusivamente. No quería saber nada más del mundo, solo llegar a lo que sería su casa muchos años. Lo único que le importaba era cuánto de provista estaba la biblioteca. Lo único que echaría de menos era a Olivia y lo único que se reprochaba era no haberlo hecho antes. Muchos inocentes no habrían muerto para nada.

El viaje a la ciudad flotante de Corvo fue una epifanía para él y para la ciudad. Él acabaría en la cárcel, pero la ciudad podría tener una segunda oportunidad sin ese mafioso.

El convoy cogió la variante hacia el oeste, desde allí, hacia la cárcel de máxima seguridad, la más grande y poblada de Akeron City.

El tráfico se fue haciendo cada vez más denso y una orden de la central indicó que tenían que tomar la próxima salida para desviarse y evitar ese tráfico.

Una vez tomada la salida, los vehículos se desviaron por una carretera que, por un tramo, pasaba debajo de la anterior a través de un túnel. Parecía abandonado y algo oscuro, pero los coches circulaban fluidos por allí.

Los agentes que iban en el habitáculo de la furgoneta seguían hablando de deporte y el copiloto había dejado de mirar la carretera. Pasaba con avidez las fotos de una red social cuando al compañero le llamó la atención algo.

—Oye, ¿te has dado cuenta de que del otro lado no viene ni un coche?

—Estarán trabajando —contestó sin mirar—. Están siempre con obras en esta maldita ciudad. Te lo he dicho, me quiero comprar una casa en la playa.

El que conducía hubiera reído, pero no estaba atento a lo que decía.

Un camión hormigonera los adelantó a una velocidad más alta de lo aconsejable, llamando la atención del conductor.

Cuando lo adelantó, dejó de acelerar y se colocó paralelo al coche patrulla, se quedó así por unos segundos.

—¿Qué demonios? Oye… —dijo el conductor, dando un codazo al compañero—. Mira ese camión, no lleva matrícula.

Este levantó la mirada y le dio el tiempo justo de ver lo que estaba pasando.

En el tiempo de parpadear, el camión empujó el coche patrulla, que desapareció entre el asfalto y el lateral, como una hamburguesa

entre panes. Fue tan rápido que el conductor de la furgoneta no se dio cuenta de que las luces del resto del túnel que le quedaba delante se habían apagado y que enfrente tenía un muro hecho por un camión cruzado.

Frenó clavando las ruedas, pero solo pudo reducir el golpe que estaba predestinado.

La furgoneta chocó de frente y la luna se rompió con el impacto.

Fosco, que estaba atado, solo se enteró cuando los cinturones lo sujetaron tras el choque. El accidente le provocó un gran susto y un miedo se le extendió por todo el cuerpo.

No podía fallar, los hombres del Grieco habían ido a buscarlo. No se andaban con chiquitas, golpear a la mafia tenía un coste mucho más alto que pasar veinte años en la cárcel.

Deseó que lo mataran enseguida y que no le hicieran sufrir, ya que él tuvo la misma cortesía para su jefe.

Empezaron a gritar y dejó de ver lo que pasaba porque tiraron dentro bengalas que soltaban un humo espantoso.

El conductor y el otro agente, cuando recuperaron la conciencia, se encontraron con un fusil de asalto en las sienes.

Los esposaron uno contra el otro, espalda con espalda. Un hombre encapuchado entró y fue a buscar a Fosco. Le quitó las esposas para sacarlo de allí y lo empujó por la puerta trasera. Allí había un todoterreno, como los de los mafiosos, con los cristales tintados.

Este arrancó a toda velocidad hacia la misma salida donde la hormigonera había neutralizado el coche de policía. La luz del sol duró muy poco, porque enseguida le cubrieron la cabeza con una capucha.

El coche dejó de correr en cuanto se alejó del lugar del siniestro.

Fosco no escuchó ni una palabra de esos hombres que lo habían raptado, ni él quiso hablar. Estaba listo para asumir las consecuencias de sus hechos.

El trayecto en coche duró casi una hora, hasta un lugar donde lo bajaron. Cuando tocó tierra, pensó que ese era el punto donde le

meterían una bala en la cabeza y lo enterrarían hasta convertirse en un fósil.

Sin embargo, lo empujaron hasta que la tierra acabó y percibió madera. Luego, le indicaron que saltara y aterrizó en una estructura que se movía mucho, demasiado.

No era una fosa, era una lancha.

Y todas las teorías que se había creado en su cabeza desaparecieron, no quiso creer que podía ser verdad. El hombre misterioso, el mafioso bueno, había ido a buscarlo una vez más.

EPÍLOGO

Unos días después.

El sol le daba en la cara.

Estaba sentado con Olivia en la popa del barco mercante, transformado en ciudad flotante para la organización Corvino.

Habían pasado muchas cosas desde que había conocido a Olivia, pero ella seguía allí, a su lado.

Fosco, mirando el mar en un día de calma, pensó en cómo había acabado su historia. Desde tenaz cumplidor de la ley a un forajido. Sentía un cierto placer en vivir allí con Olivia, pero al mismo tiempo tenía, de vez en cuando, unas punzadas de dolor, de arrepentimiento por haber aceptado vivir en esa ciudad que no existía.

—Olivia, ¿estás segura de tu decisión? —preguntó Fosco.

Ella, que tenía los brazos cruzados y los ojos cerrados tomando el sol, se incorporó.

—¿Otra vez? Perdí a mi padre y aquí lo he vuelto a encontrar en los últimos años que le quedan. Ya perdí a una persona que quería, no pienso perder a otra —afirmó con una mueca.

—Me sorprende que tú, después de haber luchado contra la criminalidad, quieras estar conmigo después de lo que he hecho.

—No te juzgo por eso. Yo misma no sabría qué haría por mis seres queridos, es más, si hubiera sufrido lo que has sufrido tú, seguramente, habría hecho lo mismo. Muchas personas habrían hecho lo mismo que tú.

—Pero la venganza no es la respuesta correcta.

Ella se giró hacia él.

—Lo que has hecho ha sido muy valiente. A la muerte no se le responde con la muerte, pero John Grieco no era cualquiera. Has realizado más limpieza tú con ese acto que lo que podía hacer yo en cien vidas de inspectora.

Fosco bajó la mirada por un segundo y luego, regresó a mirar los rosales y el horizonte. Ese día era como aquellos que le había confesado Emma que le generaban nostalgia. En esos días tan claros y limpios, se distinguía el bosque de rascacielos de Akeron City. Él sintió lo mismo, una sensación como un veneno que se difundió por sus venas. Una sensación de pertenencia y añoranza. De placer y nostalgia. De vida y de muerte.

Suspiró pensando que a Michael Corvo le debía la libertad; en lugar de estar en esa ciudad flotante, podía estar en una ducha impidiendo que lo violaran.

Al ver el resultado de su generación de héroes cotidianos, sintió que habían fallado. Dejaban en manos de las generaciones futuras que arreglasen Akeron City, pero con una ventaja, la misma generación se había cargado al temible John Grieco.

Las nuevas generaciones empezarían de cero, sin él ni su organización criminal. Eso hacía que Akeron City tuviera una posibilidad más para que algún día se convirtiera en una ciudad justa, respetada y, sobre todo, habitable.

Fosco se levantó y cortó dos rosas blancas. Una para Claire y otra para su hija Lèa y las lanzó a la mar en su memoria.

Al hacerlo, Fosco se encontró en paz consigo mismo. Hacía tanto que no se sentía así. Vio cómo las dos flores se alejaban del barco juntas y, con ellas, el sentimiento de culpabilidad por haber matado al mafioso.

Cuando ya las flores estaban tan lejos que ya casi no se veían, sintió como la mano de Olivia se apoyaba en su hombro.

—¿Estás bien?

Fosco tuvo que contener lo que sentía, no quiso compartirlo. Ese dolor que era suyo y que se había alejado con las rosas no quiso compartirlo. Era un sentimiento personal, íntimo, solo para él.

Tragó saliva y contestó.

—Sí, estoy bien, gracias.

—¿Vamos?

Fosco asintió. Se cogieron de la mano y regresaron hacia la proa.

—¿Sabes que la Consejera y Corvo están buscando un buque más grande?

—¿Ah, sí?

—Nos hemos hecho muy amigas Emma y yo. A lo mejor nos dan un camarote más grande, ya sabes, si un día somos más de familia… —dijo Olivia mientras se acariciaba el vientre.

Fosco se giró hacia ella y le sonrió.

—Ojalá, Olivia —dijo, y se acercó a ella—. Ojalá… —repitió, y la besó.

FIN DE LA SERIE

Gracias por haber leído la serie completa de El Forense.

Akeron City continúa con la siguiente serie corta de 3 libros, cuya protagonista es la investigadora Olivia Wolf. A continuación, encontrarás un anticipo.

¡ADELANTO GRATIS!

La serie de **Akeron City** continúa con:

EL PRIMER CASO DE LA INSPECTORA OLIVIA WOLF

ASESINATO EN LA ACADEMIA



RICCARDO BRACCAIOLI

A continuación puedes leer en EXCLUSIVA el **primer capítulo** de la primera entrega de la inspectora Olivia Wolf, un pequeño adelanto antes de su lanzamiento:

PRIMER CAPÍTULO

Akeron.

Academia Lombroso.

Cuando Olivia y Valentino encontraron el cadáver, se dieron cuenta de que esa fiesta se acababa de convertir en la más trágica de la Academia Lombroso.

Los cadetes solían celebrar los finales de trimestre con eventos privados por las habitaciones de la residencia y música hasta altas horas de la noche en los comedores.

Era una tradición para desinhibirse después de muchos días de estudio, pruebas y tensión.

En esas fiestas, que en ciertas ocasiones rozaban el desenfreno, música, alcohol y sexo, se pasaban de la raya numerosas veces. Sin embargo, nunca en la historia de la academia había sucedido nada parecido como en esa noche. No tanto por el posible exceso de diversión, sino por la paradoja de encontrar un muerto en la mismísima cuna de la futura policía.

—¡Está muerta! —dijo Olivia, asombrada después de poner los dedos en el cuello y mirar aterrorizada a Valentino.

Este se acercó y le colocó su reloj delante de la boca. El cristal no se empañó. La compañera tenía razón, la chica había muerto.

Valentino se pasó una mano por la cara.

—¡Hace unos minutos estaba abajo con nosotros! ¿Cómo puede estar muerta? —preguntó él con tono de desesperación.

—No tengo ni idea, estaba contigo, ¿cómo quieres que lo sepa? —espetó la chica.

Valentino se fue hacia la puerta y miró el pasillo. La música, que provenía de la sala común, seguía altísima. Los compañeros cadetes salían y entraban por las estancias sin ser conscientes de lo que había pasado.

Se paraban en el pasillo y charlaban, bebían los combinados que sujetaban y reían.

En el umbral, Valentino no supo entender si alguien de los que representaban esa fauna festiva sería el asesino de la joven compañera.

Podía haber sido cualquiera. Podía estar fingiendo y dar la impresión de ser uno de la fiesta o, simplemente, disimular bailando en medio de ese pasillo que por una noche se transformaba en un escenario.

Valentino volvió a entrar en la habitación.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó él.

—¿Cómo que qué hacemos? Tenemos que pedir auxilio. ¿No te parece? —respondió ella, segura y contundente.

Se levantó ante la consternación del compañero.

El cuerpo sin vida de la cadete de policía se encontraba boca arriba. Tendida en la alfombra al lado de la cama.

Cuando Olivia volvió a mirar a la chica, le saltaron las lágrimas. Valentino no tardó en acercarse y abrazarla. La besó en la mejilla y la apretó en un abrazo amoroso. Este se extendió y cuando la iba a soltar, Olivia se adelantó.

—Espera —dijo casi susurrando.

Al soltarse, se agachó, algo le había llamado la atención.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Déjalo, no lo toques. No contaminemos más la escena.

A ella le dio igual. Sacó un pañuelo del bolsillo y abrió con cuidado los dedos de la chica. En su interior había un objeto inquietante: una figurita.

La cogió con el pañuelo. Al levantarla, se dio cuenta de lo que podía ser: un caballo tallado en madera. Brillante, negro, casi espantoso.

«¿Por qué tenía eso en la mano la compañera antes de morir?», pensó ella.

—Olivia, no podemos modificar este escenario.

—Me da igual.

—Tenemos que llamar a la policía.

Olivia alzó la mirada hacia Valentino.

—Nosotros somos la policía.

Él puso los ojos en blanco.

—No, tú aún no lo eres y yo estudio para detective privado. Como nos pillen con eso substraído de la escena del crimen, nos echan de este chiringuito por interferir en una investigación. ¿Te das cuenta?

—Me da igual, han matado a una amiga y esto no es un detalle, es el quid de la cuestión. Pienso resolverlo —dijo ella, guardándose la figurita—. ¿Piensas ayudarme?

Valentino la miró fijamente. Olivia no era solo era la cadete más atractiva y guapa de la promoción, era una amiga, y por mucho que él lo intentaba, nunca conseguía que la relación cruzase esa línea. Decirle que no, aparte de los inconvenientes legales, era perder ese puesto de privilegio que tenía: ser el cadete más cercano a la chica más guapa de la academia.

Bufó y se encogió de hombros.

—Bien, ahora llama a la policía —dijo ella, indicando el teléfono de la habitación con la barbilla.

Él obedeció. Descolgó el teléfono y marcó el número de la policía de Akeron City.

Esperó un par de tonos y una voz respondió.

—Policía de Akeron City, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy un cadete de la Lombroso, hemos encontrado un cadáver en la habitación doscientos treinta y cuatro del edificio cuatro.

—¿Puede repetir eso? —pregunto la voz femenina, algo asombrada.

Él lo repitió.

Hubo unos segundos de perplejidad en su voz, pero enseguida le dio instrucciones para comprobar si estaba de verdad muerta o era una falsa alarma, un coma etílico, por ejemplo.

Valentino insistió.

—Lo hemos comprobado. ¡Maldita sea, está jodidamente muerta!

—Enviamos una patrulla ahora mismo. Mientras, avisad a vuestros instructores y a dirección. No perdáis tiempo —ordenó la mujer, y colgó.

Valentino colgó el auricular.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Olivia.

—Que tenemos que avisar a la dirección de Lombroso.

—Claro, ¿llamas tú o yo?

—Ya llamo yo —respondió él, y cuando fue a llamar, Olivia apretó el teléfono, impidiéndole descolgarlo.

—¿Qué pasa?

—Espera, necesitamos tiempo.

—¿Para qué?

—Mira la habitación, aquí falta una cosa.

¿Te ha gustado?

Descubre "Asesinato en la Academia", la primera entrega de la inspectora Olivia Wolf.

IR AL LIBRO

El asesinato de la cadete Lina Spenser sacude los cimientos de la prestigiosa Academia Lombroso.

Olivia Wolf, una aspirante a inspectora, con un agudo ojo analítico y una rebeldía innata, se encuentra en el centro de la tormenta. Junto a su compañero Valentino, Olivia descubre un enigmático caballo de ajedrez que lleva a desenterrar secretos oscuros y una organización secreta.

Mientras Olivia navega por un laberinto de traiciones, venenos invisibles y figuras enigmáticas, deberá enfrentarse a fuerzas más poderosas de lo que jamás imaginó. En una carrera contra el tiempo, con su vida y la de sus seres queridos en juego, Olivia y Valentino se adentran en una peligrosa conspiración que amenaza con desmoronar la misma esencia de la justicia que juraron proteger.

Con un asesino aún libre y una red de corrupción que se extiende por la academia, Olivia deberá utilizar toda su inteligencia y valentía

para desenmascarar al verdadero culpable y proteger el honor de la academia.

¿Podrá Olivia desentrañar el misterio antes de que sea demasiado tarde?

En un lugar donde las alianzas entre cadetes se rompen y las lealtades se ponen a prueba, la verdad puede ser la mayor amenaza de todas.

Asesinato en la Academia es un thriller policíaco de la serie El Forense, dónde encontramos las orígenes de la inspectora Olivia Wolf, por su paso por la Academia Lombroso en Akeron City.

Si disfrutaste los thrillers llenos de suspense, investigaciones y de misterio, como Reina Roja de Juan Gómez-Jurado, Joël Dicker, Roberto Martínez Guzmán, Carmen Mola, Michael Connelly, no podrás dejar de leer El Forense.

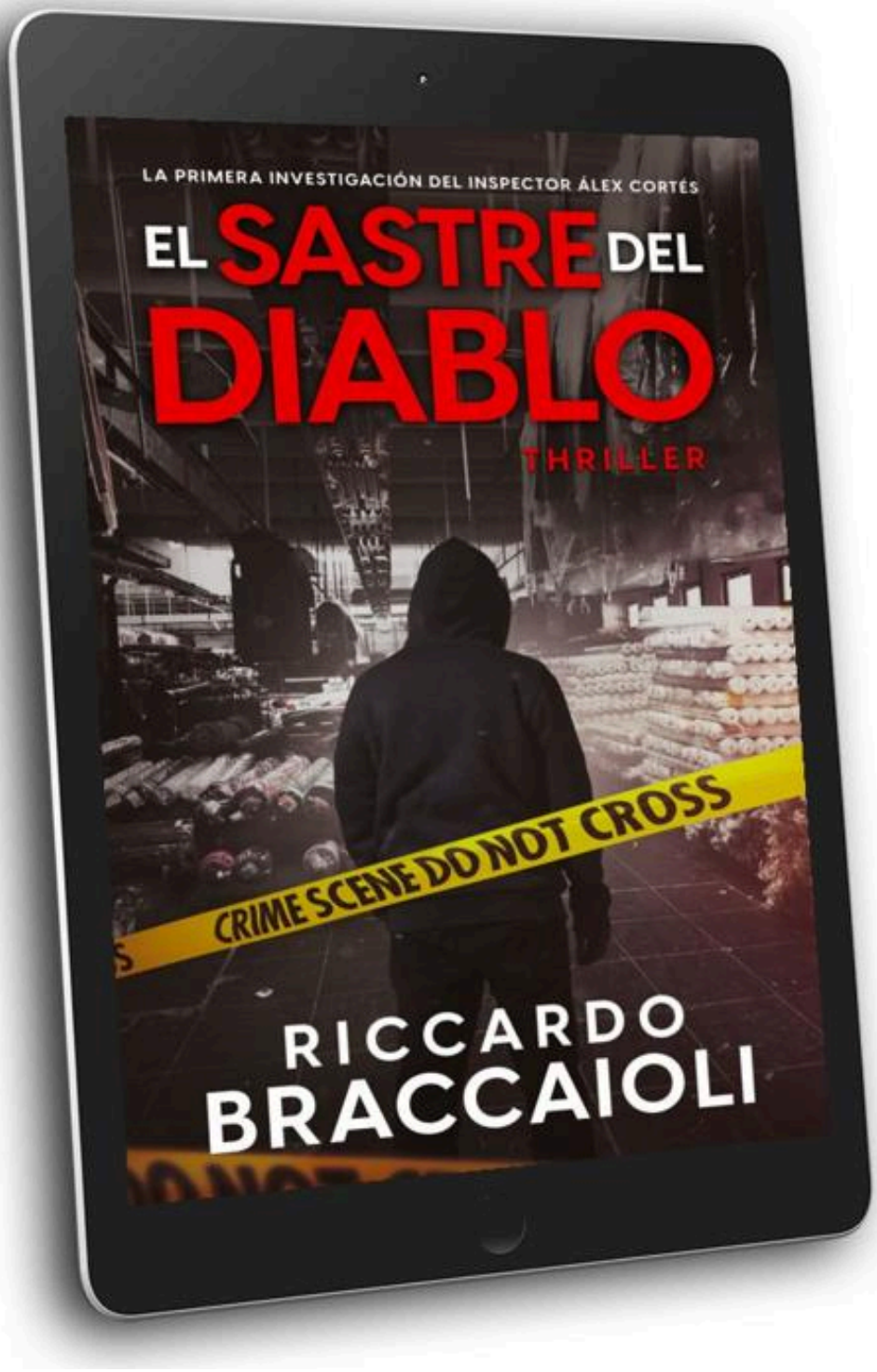
Si disfrutaste de los anteriores thrillers policíacos llenos de suspense e investigación de este autor, no podrás dejar de leer *Asesinato en la Academia*.

¡CONSÍGUELO AHORA antes de que cambie el precio!

IR AL LIBRO

Saga Álex Cortés

Comienza a leer gratis la saga del sargento Álex Cortés con:



Conoce la historia de lo que realmente ocurrió en la **primera**

investigación del inspector Alex Cortés en Barcelona.

Una **PRECUELA EXCLUSIVA**, ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Álex Cortés!

¡ÚNETE AQUÍ!

MIS OTRAS NOVELAS

Serie Álex Cortés

RESUMEN DE LA SERIE:

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

La serie de **Álex Cortés**, protagonizada por un sargento de la policía**, está ambientada en una Barcelona fría, lluviosa y peligrosa.**

Todo empezó con una furgoneta abandonada delante de una comisaría, llena de cadáveres. Paquetes con sorpresas, criptogramas que resolver y giros inesperados; el asesino del criptograma tiene a la ciudad condal en tensión y sumergida en el terror.

Junto a la explosiva inspectora Karla Ramírez realizan investigaciones al límite para resolver los complejos casos.

***El Hedor de la Verdad* es un thriller policíaco que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.**



[El Sastre del Diablo (Gratis en este link)]

[El Hedor de la Verdad]

[Asesino a Bordo]

[El Diablo Nunca Duerme]

[Cuando Barcelona Perdió la Cordura]

[El Vampiro de Barcelona]

[El Último Criptograma]

[Un Cadáver en Llamas]

[El Secreto del Pantano]

[Vivo Porque Mato]

[A Rey Muerto, Rey Puesto]

[Piscina de la Muerte]

Serie Gildo Falcone

RESUMEN DE LA SERIE:

La vida es incierta; cómete el postre primero.

La serie de **Gildo Falcone**, protagonizada por el inspectro chef **Gildo Falcone,** resuelve en cada thriller culinario un caso que nace con un asesinato relacionado con la cocina o la cultura italianas. Con los consejos y ayuda de su madre, su mentora en la cocina y en la vida, resuelve los casos con astucia y deducción analítica.
Las investigaciones están ambientadas en **Roma**, la ciudad eterna que Gildo surca con su inseparable Vespa Primavera 125 de color rojo.

Los ingredientes de la serie de Gildo son crímenes, italianidad, humor y cocina.



Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)
Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado

por la sorprendente Rita De Angelis**,** resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.



El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

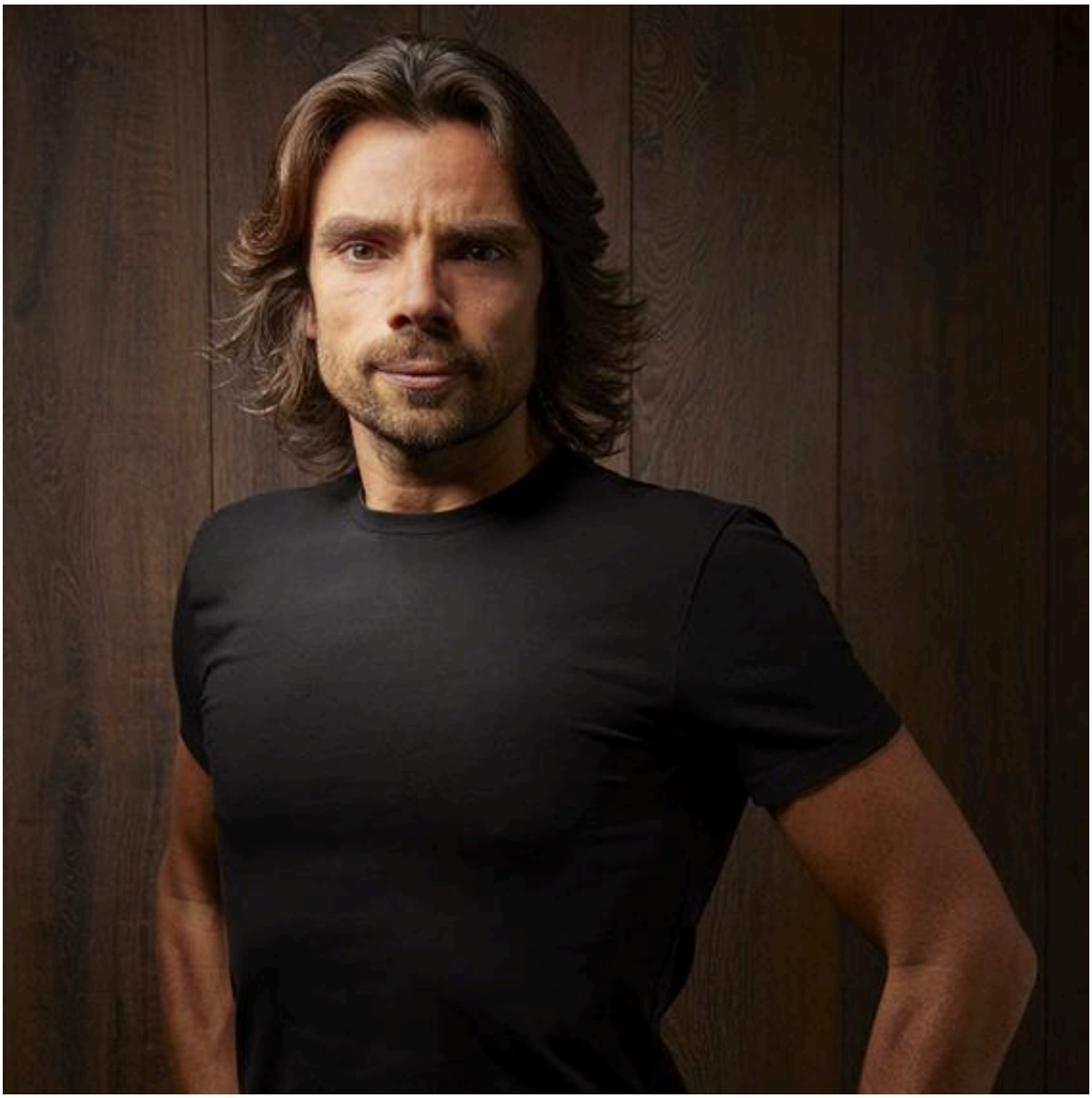
Festival de Muerte

Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)

El Hedor de la Verdad

Asesino a Bordo

El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura

El Vampiro de Barcelona

El Último Criptograma

Un Cadáver en Llamas

El Secreto del Pantano

Vivo Porque Mato

A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)

Asesinato en el Rally Costa Brava

El Plan Mónaco

Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta

El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte

Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos

Spaghetti, Albóndigas y Venganza

Funeral en Roma

Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Recetas de Thriller (Recetario Gratis)

Serie El Forense

El Forense

Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras

Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia

Gambito de Rey

BIBLIOGRAFÍA

SERIE ÁLEX CORTÉS

0. EL SASTRE DEL DIABLO
1. EL HEDOR DE LA VERDAD
2. ASESINO A BORDO
3. EL DIABLO NUNCA DUERME
4. CUANDO BARCELONA PERDIÓ LA CORDURA
5. EL VAMPIRO DE BARCELONA
6. EL ÚLTIMO CRIPTOGRAMA
7. UN CADÁVER EN LLAMAS
8. EL SECRETO DEL PANTANO
9. VIVO PORQUE MATO
10. A REY MUERTO, REY PUESTO

SERIE BRUNO MALATESTA

0. LA MUERTE DEL MENTOR
1. ASESINATO EN EL RALLY COSTA BRAVA
2. EL PLAN MÓNACO
3. LOS SECRETOS DEL COLECCIONISTA
4. MALATESTA VS MALATESTA
5. EL SECUESTRO FERRARI
6. FESTIVAL DE MUERTE
7. ÚLTIMA SALIDA

kindle unlimited amazon

SERIE GILDO FALCONE

1. MUERTE EN ROMA
2. MUERTE ENTRE VIÑEDOS
3. SPAGHETTI, ALBÓNDIGAS Y VENDETTA.
4. UN FUNERAL EN ROMA

+ CONSPIRACIÓN EN ROMA (CUENTO DE NAVIDAD)

SERIE EL FORENSE

1. EL FORENSE
2. LOS MUERTOS TAMBIÉN DISPARAN
3. UN MUNDO DE SOMBRAS
4. LAS MARCAS DEL PASADO

+ ASESINATO EN LA ACADEMIA

RICCARDO BMXUSIONI

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

